LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

GISELA POU

edebé

periscopio

LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

GISELA POU

LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

edebé

Título original: *La noia de la mitjanit*

© Gisela Pou, 2015

© de la edición: Edebé, 2015
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.tienda.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
© Traducción: Anna Carreras
Fotografía de cubierta: Getty Images

Conversión digital: eBookBurner Technologies

Primera edición: septiembre 2015

ISBN: 978-84-683-2604-7
Depósito Legal: B-18636-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. No era una mentira
2. El delirio de Dora
3. Amigos de infancia
4. La ciudad habla
5. ¿Dónde está el periodista?
6. El miedo crece
7. El infierno está en la esquina
8. La explosión
9. La noche en Berlín
10. No busques más
11. Una sorpresa inesperada
12. Entre dos mundos
13. La huida
14. Friedrichshagen
15. La entrevista veintiuna
16. El secreto de Müggelsee
17. Volver a casa

Su estómago se encogía y aparecía aquel dolor que le reventaba las entrañas. Apretaba los labios y se tragaba el miedo. Los dedos de la mano quedaban agarrotados, el brazo se inmovilizaba, el cuerpo se revolvía y se negaba a comer. Pero tenía que hacerlo, estaba allí para hacerlo. No podía detenerse. Gertrud Grass asía el tenedor con fuerza; ante ella, un plato de picadillo de patatas y verdura aliñado con salsa de queso desprendía un aroma exquisito. Pinchaba una patata tostada, ligeramente jugosa. Temblaba. Los movimientos eran extremadamente lentos. El trayecto que iba del plato a la boca era el preludio del martirio. Los labios se abrían, la comida se posaba en la lengua. No degustaba el sabor, ni el olor. El terror de saber que podía ser su última comida le paralizaba los músculos de la garganta. La sangre se demoraba, la respiración se hacía más pesada, el miedo se convertía en compañero. Tragaba.

Respiraba profundamente; una, dos, tres veces, y empezaba la espera. Esperaba que apareciese el dolor, que llegase el vómito, que se le detuviese la sangre. Esperaba.

1. No era una mentira

Álex encajó mal que no me fuese con él a Londres. «Si no te apetecía, podrías haberlo dicho», me reprochó con rabia. La discusión duró más de una hora. No conseguí darle a entender que para mí era imprescindible viajar a Berlín. Quería hablar, pero él no me dejaba. Quería que comprendiese que cambiar los planes del viaje no era un capricho, pero él no escuchaba, se liaba en un monólogo inacabable y convirtió mi negativa en una traición. Hacía seis meses que salíamos juntos, y aquel mediodía de junio nuestra relación se columpiaba, peligrosamente, en la cuerda floja.

Nunca habíamos tenido una pelea tan intensa. Álex me dejó con la palabra en la boca y se fue. Quise creer que cuando se tranquilizase me escucharía. Durante tres días le llamé, le envié mensajes, incluso fui a su casa un par de veces, pero todo fue inútil. Álex Giró era orgulloso y obstinado, y no soportaba no salirse con la suya. «Tranquila, Sira», me repetía cuando la impaciencia me empujaba a actuar. Estaba convencida de que el día del estreno haríamos las paces y todo se arreglaría.

*****

Aquella noche, Joana Llach, mi madre, se estrenaba interpretando a Lady Macbeth en el teatro Romea. Mientras duraron los meses de ensayo, tuve que aguantar sus ataques de nervios, sus descensos al infierno, y aquella inestabilidad permanente en la que vivía mientras interiorizaba todo aquello que concernía al personaje. El estreno de la obra siempre era el punto de inflexión. Después de tantos nervios y quebraderos de cabeza, mamá se relajaba, y si la crítica era medianamente positiva, entonces Lady Macbeth se convertiría en la madre más enrollada del mundo.

Hacía más de dos años que mi hermano, con la excusa de estudiar el grado de traducción e interpretación, se había ido a vivir a París con papá, y yo tenía que aguantar en solitario las turbulencias emocionales de mamá. A mí el teatro me importa un rábano; y aunque

debo aceptar que los amigos de mamá —en su mayoría actores— son divertidos, amenos y gente especial, tanta efusividad y egocentrismo me agobia. Sin embargo, a Álex le sucedía todo lo contrario: le entusiasmaba el teatro y era capaz de vender su alma al diablo para ir a un estreno. Nada le exaltaba más que tener actores a su alrededor, y yo, ingenua de mí, estaba convencida de que, a pesar de nuestra pelea, él no se perdería el estreno de *Macbeth*.

*****

Le esperaba con el discurso aprendido, pero a medida que pasaba el rato y él no aparecía, la decepción me borró la sonrisa. Cuando ya no quedaba nadie en el vestíbulo del teatro y el timbre avisó del comienzo de la función, acepté la evidencia: Álex no vendría.

Me senté en la butaca en el momento en que apagaban las luces y dejé el bolso en el asiento de al lado para sentirme menos sola. Después del eco de un repique de tambores, siguió un denso silencio que rompieron las voces de las brujas de *Macbeth*. Fui incapaz de seguir la obra. Ante mí, mamá se paseaba vestida de época, pero a mí me daba la impresión de que ensayaba en el comedor de casa. Imposible concentrarme en la historia. Imposible seguir el discurso de Macbeth. Imposible no hacer nada más que dar vueltas a una idea que se había convertido en un hecho: Álex y yo habíamos roto.

Cuando la obra terminó, no me quedé a felicitar a mamá. Para evitar reproches y preguntas incómodas, le envié un whatsapp donde le decía que había sido genial. Llegué a casa arrastrándome como un gusano, me comí un paquete entero de galletas de chocolate, y me pasé dos horas de reloj concentrada ante el ordenador.

Conseguir resumir en mil trescientas veintisiete palabras todo lo que quería decirle a Álex sin revelar el secreto de mi abuela no fue fácil, pero lo hice, y sin pensármelo dos veces, le envié el mensaje. Era mi último intento.

Mamá no apareció hasta las cinco de la madrugada. En el momento en que se abrió la puerta de la calle, apagué la luz y me metí en la cama. No quería que ella me viese con los ojos enrojecidos. Si me descubría, interpretaría su papel de madre responsable, me abrazaría como cuando era pequeña para consolarme diciendo que todo se arreglaría, pero era inútil, no había nada que arreglar.

En cuanto los ronquidos de Lady Macbeth se expandieron por el pasillo, volví al trabajo. Había escrito tres correos al periodista que había descubierto la noticia de Gertrud Grass. Le decía que iba a Berlín y que necesitaba hablar con él. El verbo *necesitar* ayuda a abrir puertas; sin embargo, aunque lo repetí tres veces, él no respondió. No me di por vencida y le envié un cuarto mensaje. Cuando las primeras

luces del nuevo día emergieron en el horizonte, yo acababa de comprar un vuelo de ida y vuelta a la capital alemana. Había pagado siete noches en un hotelito lo suficientemente económico como para poder estar allí una semana entera. Me puliría los ahorros de un año; aunque me arruinase, valía la pena.

*****

El nombre de Gertrud Grass había aterrizado en mi habitación hacía cuatro días. Era mi primer día de vacaciones. Después del último examen, lo único que quería era dormir, descansar, no pensar, y dejar que mi cuerpo recuperase la energía que el exceso de estudio le había robado. Me autorregalé una mañana para holgazanear. No me levantaría de la cama hasta que el cuerpo me dijera basta, pero a pesar de los buenos propósitos, no me acordé de apagar el despertador de la radio. A las siete en punto, el informativo me dio los buenos días y la voz grave del presentador retumbó por toda la habitación recitando las noticias. El despertador estaba encima de la estantería de los libros; una posición estratégica que me obligaba a levantarme para pararlo. Aquella mañana, mientras me maldecía por haber sido tan estúpida, me tapé la cabeza con la almohada, pero fue inútil: aquella voz profunda y perfectamente modulada se obstinaba en obligarme a que me levantara. Estaba a punto de lanzarle la botella de agua que tenía encima de la mesilla, cuando lo escuché:

«Gertrud Grass, una nonagenaria que vive en Berlín, ha revelado al joven periodista encargado de entrevistarla que ella fue una de las doce chicas catadoras de las comidas del dictador. El Líder tenía miedo de un envenenamiento y, cada día, las jóvenes se exponían a morir para salvar la vida de aquel hombre al que llamaban el Monstruo. Gertrud Grass no había confesado su secreto a nadie. El miedo a sufrir represalias la había obligado a guardar silencio, un silencio que rompía a los noventa y cinco años».

«¡No puede ser!», grité al mismo tiempo que daba un brinco y saltaba de la cama. La emoción, la perplejidad y la sorpresa se mezclaban a partes iguales. Sentía que volaba, me elevaba y escuchaba la voz de mi abuela que me repetía una y otra vez que escuchase su secreto. «¡No puede ser!», repetí, y creí que era un sueño, que el despertador no había sonado, que la radio no había dado la noticia. Y para comprobar que no era producto de mi imaginación, corrí a consultarlo en la red. Tecleé el nombre de Gertrud Grass y apareció el rostro de una mujer de pelo blanco, cejas pintadas, arrugas profundas y collar de perlas a ras de cuello. Miraba a la cámara y sonreía. La mujer que durante dos años había arriesgado su vida para salvar la del Monstruo estaba viva.

2. El delirio de Dora

Descubrir que el delirio de mi abuela no era un desvarío senil, confirmar que el secreto que me había confiado no era fruto de un cerebro que confundía realidad y ficción, me dejó en estado de *shock*. Mi abuela Dora, la madre de mi padre, tenía ascendencia alemana por parte de padre y francesa por parte de madre. Nació en un pueblo a las afueras de Berlín y allí vivió hasta finales de la década de los años cuarenta, cuando su familia se trasladó a Francia. Años más tarde se enamoró de un barcelonés que vivía en París, y poco después de casarse viajaron a Barcelona, donde se instalaron.

Mi abuela era una mujer estricta, obsesiva del orden y la puntualidad. Su hijo se alejó de ella tan deprisa como pudo y yo no la conocí hasta después de cumplir los trece años. Hasta entonces, la abuela Dora era una fotografía colgada en la pared. Una mujer alta, de aspecto severo y solemne, que miraba a la cámara con expresión seria. Ella y mi padre rompieron la relación después de una discusión que terminó con reproches personales justo después de la muerte de mi abuelo. Madre e hijo dejaron de hablarse cuando yo tenía pocos meses. Crecí convencida de que no tenía abuela hasta que ella escribió a mi padre para exigirle conocer a sus nietos. Mi padre cedió. No fue exactamente una reconciliación, pero aceptó que nos conociésemos. Viajamos a París —después de enviudar, mi abuela había regresado a Francia—, y aquella mujer elegante y estilizada con expresión eternamente fría se plantó delante de mí y me repasó de arriba abajo. «No eres muy alta», dijo sin una brizna de afecto. Ella era así, seca como un bacalao y dura como una viga de hierro. Me lo tomé como un cumplido y obvié el trato distante de aquella abuela desconocida que se pasó la tarde explicándome la historia de la familia. Después de aquel día nos vimos en contadas ocasiones. Dos años más tarde, cuando mi abuela empezó a perder la cabeza, poco a poco se convirtió en otra persona.

Su último verano, cuando la enfermedad hacía imposible que viviese en su casa, mi padre la ingresó en un centro geriátrico. Hacía un año que mis padres se habían separado. Mi padre vivía en París, cerca de aquella madre senil que pasaba sus últimos días con una

alegría desbordante. La degeneración de sus capacidades la convirtió en un personaje amable y parlanchín. La contención y la rigidez habían desaparecido y mostraba una imaginación sin límites. Sin moverse de los jardines de la residencia, viajaba por todo el mundo. Podía comer con el presidente de los Estados Unidos, conversar con la reina de Suecia, tener intimidad con un espía de la antigua Unión Soviética. Aquel verano yo lo pasaba con papá; él tenía trabajo en la universidad donde daba clases de economía y yo me dedicaba a pasear por la ciudad y a visitar a mi abuela. Durante trece años estuve convencida de que era la única niña en el mundo que no tenía abuela, y ahora que la había encontrado quería aprovecharlo.

Aunque tenía más de ochenta años, mi abuela Dora era bastante más alta que yo. Caminaba con la espalda erguida y hablaba todo lo que no había hablado a lo largo de su vida. Aquella tarde, después de explicarme que había comido con el presidente de la República, añadió que había recibido una carta de una vieja amiga. Mi abuela vivía la ilusión de que cada día recibía cartas, cuando en realidad no recibía ni una. Empezó a llover y nos cobijamos en el cobertizo donde hacía un par de meses habían florecido las hortensias. La humedad del ambiente y aquel olor intenso de tierra mojada propiciaban las confidencias.

Mi abuela Dora miró unos segundos el viejo tilo que había en el centro del jardín y me confesó una de sus historias: «Me ha escrito la chica que escondimos en casa mientras en Berlín se libraba la batalla final».

Mi abuela me agarraba las manos y las apretaba entre las suyas. Sus manos eran largas, con la piel transparente y llena de venas abultadas como serpientes moribundas. Después de un breve silencio, prosiguió:

«Una noche, cuando mi madre, la sirvienta y mi hermano pequeño dormían, mi padre entró en mi habitación y me despertó. Vivíamos en un pueblecito a pocos kilómetros de Berlín. Mi padre era el médico del pueblo y cuando estalló la guerra era demasiado mayor para ir al frente. Bueno, lo que te decía, aquella noche, acompañé a mi padre al consultorio que tenía en la planta baja, me hizo sentar en la butaca donde habitualmente se sentaba él y me ordenó que no contase nada a nadie, ni siquiera a mamá. Me puso la mano en el hombro y me confesó que teníamos a una chica escondida en la bodega y que yo me encargaría de cuidar de ella. Mi padre buscó un par de mantas y me las dio. Sin añadir nada más, atravesamos el jardín. En casa teníamos un amplio y bonito jardín; en un extremo había una especie de sótano que antes de la guerra se utilizaba como bodega y que era mi refugio siempre que necesitaba estar sola. Mi padre se detuvo delante de la puerta y me advirtió de que la joven estaba asustada y que era mejor

no preguntarle nada. Bajamos los treinta peldaños que conducían a la bodega y allí, iluminada por la luz esmirriada de una bombilla, la vi por primera vez. Tenía la piel más pálida que había visto nunca, llevaba una larga trenza dorada que enrollaba alrededor de la cabeza y nos miraba con sus ojos inmensamente azules. Mi padre, con ese tono amable con el que se dirigía a sus pacientes, le dijo que yo era Dora, su hija».

Y entonces, mi abuela se detuvo un momento, como si volviese a tener quince años y tuviese a esa chica delante.

«Estaba orgullosa de ser la cómplice de mi padre. Cada noche, cuando todos dormían, bajaba a la cocina, preparaba un plato con un poco de todo, procurando no sustraer demasiado de una misma cosa para evitar que mi madre se diese cuenta. Atravesaba el patio iluminado por la luz de la luna y abría la puerta del sótano con la llave que tenía escondida debajo de la plantilla del zapato. Durante ocho noches hice lo mismo. La chica, a pesar de que los primeros días no me dijo nada, poco a poco se fue relajando y empezó a explicarme quién era y de dónde venía. Tenía la mirada tan asustada que daba lástima y comía con tanta lentitud que el plato le duraba horas. Primero pensé que era su manera de ser, pero después comprendí que aquella lentitud era consecuencia del miedo que la paralizaba. Masticaba con los ojos cerrados, no para saborear la comida, sino para contener el terror».

Mi abuela Dora me contó la historia de aquella mujer como si fuese la suya. Al principio yo no la escuchaba con demasiada atención, pero a medida que sus delirios se hacían más interesantes, la historia me atrapó.

«Una noche, cuando bajé al sótano, escuché sus gritos. Bajé las escaleras de tres en tres, se me derramó un poco del plato de sopa que le llevaba y la manzana que me había guardado de la comida rodó por las escaleras. Cuando entré, Gertrud acababa de despertarse. Había tenido una pesadilla. Me tomó las manos y me hizo prometer que nunca contaría su historia a nadie».

Días más tarde, mi abuela se obsesionó con ir a Berlín a buscar a aquella mujer, la joven de la medianoche.

*****

Era un relato inquietante. Tenía todos los ingredientes para convertirse en un magnífico guion, pero no le hice demasiado caso. Estaba convencida de que todo aquello era un delirio más de mi abuela. El día antes de morir, ella musitó:

—Búscala, niña. Búscala, y dile que cumplí mi promesa. Dile que nunca revelé su secreto a nadie.

Mi abuela hablaba lentamente y me hizo repetir, palabra por palabra, todo lo que tenía que decirle a aquella chica cuando la encontrase. Juré que la buscaría y le contaría todo lo que ella me había dicho. Lo juré para que ella muriese tranquila. Mentí.

Y aquella mañana, la radio me anunciaba que la historia que había creído fruto de un delirio senil era una historia verdadera, y que aquella chica que mi abuela visitaba pasada la medianoche tenía nombre y apellido.

3. Amigos de infancia

El mundo cada vez se hacía más pequeño, los coches se convertían en diminutos puntos de colores, los bloques de pisos eran casas de juguete y en un instante el paisaje desapareció engullido por una espesa capa blanca. Las nubes se mantenían en el aire como gigantescas bolas de algodón, luminosas y suaves, que invitaban a saltar encima de ellas. Volaba hacia Berlín con la esperanza de encontrar a una mujer que se había escondido en el sótano de la casa de mi abuela. No sería fácil llegar hasta Gertrud Grass, y, sin embargo, estaba convencida de que lo conseguiría.

Mamá estaba exultante. Su interpretación de Lady Macbeth había sido elogiada por la crítica. Había recortado todos los artículos que hablaban de ella y los leía diez veces al día. Sobra decir que su felicidad siempre es la mía. Cuando la vida le sonríe, todo le parece perfecto y yo he aprendido a aprovecharme de sus explosiones de euforia. Lady Macbeth aplaudió la idea de que me marchase unos días a Berlín. Estaba tan centrada en sí misma que no preguntó nada y no fue necesario decirle ninguna mentira.

No le había contado a nadie los motivos que me empujaban a ir hasta la capital alemana. Ni tan solo se lo había confesado a Álex. En aquellas mil trescientas veintisiete palabras le exponía que la urgencia de ir a Berlín era para hablar con una amiga de mi abuela que tenía los días contados. Mientras esperaba que él me dijese algo, yo ensayaba todo lo que tenía que decirle. Pero él no respondió, ni una llamada, ni un mensaje, nada de nada. Su indiferencia me dolió. Descubría a un Álex insensible y orgulloso. El ruido del motor del avión se convertía en un rumor que me repetía que Álex era un imbécil. Más decepcionada que enfadada acepté que no podía hacer nada, que se había terminado, que él ya no formaba parte de mi vida, y en un arrebato de rabia borré su contacto del móvil.

—¡Vete a la porra, Álex Giró! —exclamé mirando aquel cielo que me devoraba.

El avión pegó una sacudida. La señora que se sentaba a mi lado se apoyó con las manos en el asiento de delante. Cerró los ojos mientras musitaba una especie de plegaria. Yo la miraba por el rabillo del ojo y

con mucho gusto habría dicho algo para tranquilizarla, pero no encontraba las palabras. Cuando el avión recuperó su posición horizontal, cuando todo el mundo ya se había desabrochado el cinturón de seguridad, ella abrió los ojos, inmensos y redondos como si fuesen de lechuza, relajó los brazos, los dejó caer a lado y lado y me miró.

—Me horroriza volar —dijo con una sonrisa forzada, y con un gesto de dolor se tocó las orejas.

Me apresuré a sacar un par de caramelos del bolso y se los ofrecí.

Aquella mujer se llamaba Margot Schoger; era de Girona, pero había perdido el apellido cuando se casó con un alemán y dejó de llamarse Margarida para convertirse en Margot. Hacía más de cuarenta años que vivía en Berlín y era bibliotecaria en la Staatsbibliothek. Se sentía tan berlinesa como su marido y sus hijos, y resultó que el miedo a volar le disparaba la lengua y durante las dos horas y media de viaje no se calló. Yo la miraba, asentía, y deseaba que una agitación del avión la hiciese enmudecer, pero fue un vuelo tranquilo. Su rostro perdió el color y la respiración se le hizo más intensa cuando la azafata anunció que estábamos a punto de aterrizar. Llegábamos a Berlín.

*****

—¿Sira Burg Llach? —dijo una voz densa y cálida que pronunciaba mi nombre con una familiaridad que me sorprendió.

Justo detrás de mí había un chico que no reconocí. Hombros anchos, más de metro ochenta, cuerpo atlético, ojos negros, nariz recta, labios carnosos.

—¡Hola! —exclamé con una cordialidad forzada, y me tragué aquello de: «lo siento, pero no sé quién eres».

En una milésima de segundo mi cerebro funcionaba a toda marcha. Mis archivos mentales buscaban la identidad de un rostro que no reconocía. Aunque tengo buena memoria, fui incapaz de saber quién era; me quedé con una sonrisa entumecida a ras de los labios y no me di cuenta de que la señora Schoger me saludaba.

—Precisamente antes de ayer vi la foto de tu madre en el periódico —me dijo el chico que caminaba a mi lado y me hablaba con una familiaridad afectuosa.

—Ahora vivo con Lady Macbeth en casa —le respondí mientras mi cabeza daba vueltas.

Resultaba incómodo comprobar que él lo sabía todo de mí y yo ni tan siquiera sabía cómo se llamaba.

—No has cambiado en absoluto —me dijo con un deje lleno de admiración.

—¿Eso es un cumplido? —le contesté para disimular mi ignorancia —. ¿Quieres decir que antes me veías mayor de lo que era? ¿O es que ahora aparento menos edad de la que tengo?

El chico me miró un instante y su expresión se iluminó.

—¿Cómo puedes acordarte? —me dijo entusiasmado—. ¡Hace mil años!

¿Acordarme? Si precisamente mi problema era que no me acordaba de nada.

—Has dicho exactamente la misma frase que le decías al gato con botas —me aclaró—. Gracias a tu madre, que nos echó una mano para aprendernos el papel. De no ser por ella, yo no habría sido capaz de memorizar nada. ¿Qué curso era? ¿Tercero?

—Cuarto —le respondí al mismo tiempo que se abría el cielo y resonaban un millar de trompetas.

Un rayo de luz iluminaba la imagen de un grupo de niños de diez años. ¡Lo había encontrado! ¡Por fin sabía quién era! El montón de chicos que en aquellos momentos tenía en la cabeza quedaron reducidos a dos niños de diez años. El que hacía de rey era muy blanco de piel, tenía el pelo rubio y los ojos azules, y el que hacía de gato era Nico Vidal, un niño rebolludo, gordito, con gafas de montura de colores que sostenía con una goma. Me tragué una exclamación de sorpresa. Mi amigo de la infancia se había convertido en otra persona. Hacía años que no le veía y me emocionó tenerle delante. La cola de gente avanzaba con lentitud, y tuvimos tiempo de ponernos al día. Él iba a estudiar alemán todo el mes de julio, y viviría en el piso de su hermana.

Intentaba reaccionar, decir algo inteligente y resarcirle de la frialdad con la que lo había tratado, pero me limité a contarle que iba a Berlín a visitar a una amiga de mi abuela.

Cuando miraba hacia atrás y rememoraba mi infancia, en el centro de todo siempre estaba Nico Vidal. Bajito y rechoncho, con unos inmensos ojos negros y unas gafas que fueron cambiando de color conforme pasaban los años. Nico Vidal era Nico para todos, y Vidal para mí. Yo era la única que le llamaba por el apellido, porque el nombre de Nico me recordaba al vecino del tercero primera, un pesado insoportable que no paraba de venir a quejarse porque hacíamos demasiado ruido. Vidal y yo nos pasábamos las horas del recreo sentados en las gradas de la pista, y mientras los otros jugaban al fútbol, nosotros pasábamos el rato contándonos historias que inventábamos, que leíamos, o que imaginábamos. Cuando sus padres se separaron y cambió de colegio, le perdí la pista. Habían pasado siete años y poco teníamos que ver con aquellos niños que fuimos.

El aeropuerto de Schönefeld era un aeropuerto pequeño donde todo era sencillo y fácil. Tenía las horas contadas porque pretendían

cerrarlo y que todos los vuelos se concentrasen en el aeropuerto internacional de Berlín-Brandeburgo. En un santiamén estuvimos en la zona de equipajes y, sin embargo, me parecía que Vidal y yo hablábamos desde hacía horas. Era afable y cercano; en un momento de la conversación me explicó que salía con una compañera del instituto desde hacía meses, y que ella iría a Berlín a finales de mes.

—A mi novio le han obligado a ir a Londres con su familia —mentí —. Por eso he venido yo sola.

Las mentiras son como los chicles, se alargan, se enganchan, y cuando lo han embadurnado todo, ya es imposible librarse de ellas.

No me apetecía dar pena confesando que acababa de cortar con el chico por quien había suspirado desde tercero de la ESO. Álex Giró nos gustaba a todas. Todas nos moríamos por estar cerca de él; y yo también, aunque lo disimulaba. Siempre me ha parecido patético babear por un chico. Fue por eso por lo que él se fijó en mí, porque era la única que no le reía las gracias, la única que no había ido detrás de él, la única que le desafiaba, y eso lo puso en marcha y no paró hasta que le dije que sí. Salir con él hizo que dejase de ser Sira la Combativa para convertirme en Sira la Pava. Un error. Pero eso ya era historia.

La señora Schoger pasó por mi lado arrastrando una enorme maleta roja y me dijo adiós mientras se ponía bien las gafas.

Cuando Vidal tuvo su bolsa, me dio su número de móvil y nos prometimos que volveríamos a vernos. Quizás en Berlín, quizás en Barcelona, o quizás no volveríamos a coincidir durante los próximos diez años. Sea como fuere, había sido agradable reencontrarnos después de tanto tiempo.

*****

Me había quedado sola delante de la cinta que escupía los equipajes. Todo el mundo se había ido. Solo quedábamos yo y una maleta verde que aparecía y desaparecía. No tenía ningún sentido seguir esperando. Era absurdo negar lo que era evidente: aquella maleta no era mía y mi maleta no estaba. Resultaba premonitorio que mi viaje empezase perdiendo el equipaje. Fui hasta el mostrador de reclamaciones. Me atendió una chica muy amable que me dijo que en cuanto encontrasen la maleta me avisarían. Decidí no ponerme nerviosa. Podía subsistir un par de días sin ropa, pero los nervios aparecieron de golpe cuando me di cuenta de que todo el papeleo de la reserva de hotel y la manera de llegar hasta allí estaban en el bolsillo exterior de una maleta que volaba vete a saber dónde.

Salí de la terminal. Con mucho gusto me habría puesto a llorar allí mismo si mi orgullo no me lo hubiese impedido. Me senté en el suelo

y para intentar calmarme respiré pausadamente. Con mucho gusto habría dado media vuelta y hubiera regresado a mi casa. Me sentía tan sola y desvalida como si tuviese diez años. Necesitaba que alguien me consolase y me dijese qué debía hacer. Sin embargo, yo no conocía a nadie en Berlín. En un acto de desesperación llamé a Vidal. Le expliqué lo que me pasaba con la voz a punto de romperse.

—No te muevas. Ahora voy —dijo sin dudar.

Veinte minutos más tarde estaba a mi lado. Cuando lo vi, se me humedecieron los ojos. Era el Vidal de siempre, mi mejor amigo. Me sinceré: había ido a Berlín a buscar a una amiga de mi abuela, pero no tenía ni idea de cómo encontrarla.

—Puedes venir conmigo al piso de Emma —me dijo con esa sonrisa que le empequeñecía los ojos y le iluminaba la mirada.

4. La ciudad habla

Vidal no me había dicho toda la verdad. El estudio donde supuestamente tenía que pasar el mes de julio con su hermana resultó ser una habitación en un piso compartido en la calle Libauer, en Friedrischain, un barrio popular de la ciudad que había sido Berlín Oriental. Libauer era una calle tranquila paralela a Simon-Dach Strasse, una zona de bares y restaurantes con mucho ambiente. Tres puertas más abajo del número trece estaba la Trattoria donde Emma Vidal servía pizzas para poder llegar a fin de mes sin tener que pedir dinero extra a sus padres.

Nos abrió la puerta una francesa de pelo largo hasta la cintura y unas piernas que no terminaban nunca. Noëlle Valéry tenía un aspecto etéreo, caminaba como si sus pies no tocasen el suelo y tenía una voz tan suave que más que hablar parecía que recitaba. Nos dijo que Emma había tenido que ir a la facultad y que no llegaría hasta la noche. Atravesamos la sala sin decir nada. Había un chico durmiendo bocarriba en el sofá. A sus pies, una retahíla de cervezas en formación como si fuesen una colección de soldaditos de plomo.

La habitación era amplia, tenía una gran ventana que daba a la calle y un balcón lleno de plantas. La cama estaba encima de un altillo, y debajo quedaba una especie de sala-estudio de veinticinco metros. Además de un armario que ocupaba toda una pared, había una inmensa mesa de trabajo y un sofá-cama de color verde oscuro. Todo estaba muy ordenado, no daba la impresión de que allí viviera una estudiante de veintidós años.

Emma Vidal había aterrizado en Berlín para hacer un Erasmus, pero cuando le tocaba regresar a su casa decidió que se quedaba otro año y convenció a sus padres de que era fundamental para su futuro perfeccionar la lengua alemana.

Encima de la mesa estaban las llaves del piso, un mapa de la ciudad y una nota:

Nos vemos por la noche. Instálate y disfruta de Berlín, hermanito.

—A Emma siempre le salen imprevistos. Tenía que venir a

buscarme al aeropuerto, y me envía un whatsapp para decirme que no puede, que me espera en casa. Y llego a casa y resulta que no está —dijo Vidal indiferente a un recibimiento tan poco acogedor. Dejó el papel donde lo había encontrado, se metió las llaves en el bolsillo y tomó el plano—. ¡Qué te parece si vamos a conocer a esta ciudad!

Yo no había viajado hasta Berlín para hacer turismo, pero tenía que digerir que había perdido a mi novio, que no tenía maleta, que los ahorros de todo un año habían servido para pagar un hotel que no sabía dónde estaba y que los mensajes que enviaba a Lucian Epstein —el periodista que había entrevistado a Gertrud Grass— no obtenían ningún tipo de respuesta. Un paseo por la ciudad me ayudaría a no pensar en nada y a relajarme.

*****

El metro nos dejó justo delante de la Puerta de Brandemburgo, el lugar exacto donde, desde hacía siglos, se encontraba una de las dieciocho puertas de la muralla que rodeaba la ciudad. Con seis columnas a cada lado y coronada por una cuadriga, la puerta se había convertido en el símbolo de Berlín y de toda Alemania. Cuando el muro dividió la ciudad por la mitad, la puerta se quedó en un extremo del Berlín comunista y se abría a un muro de piedra imposible de franquear.

—¡Encantado de saludarte, Puerta de Brandemburgo! —exclamó Vidal y se inclinó para hacer una reverencia.

Vidal había depurado un especial sentido del humor y aquella ocurrencia me hizo reír. Quise creer que la risa era el principio de mi recuperación. Hacía más de dos horas que no tenía que esforzarme en no pensar en Álex. Al lado de Vidal paseé por Unter den Linden, una avenida con tilos que emanaban un aroma intenso y dulce. Las ramas de los árboles estaban llenas de flores diminutas y amarillentas. Aquella fragancia era el perfume de la ciudad.

Había estado demasiados días concentrada en mí misma como para leer algo de Berlín y me dejaba llevar por mi amigo. Bajo la sombra de los tilos, nos comimos un gofre que chorreaba chocolate y me sentí casi feliz.

—El Monumento del Holocausto está aquí mismo.

Me callé para no evidenciar mi ignorancia; no tenía ni idea de qué me hablaba y dejé que hablara él:

—¡Me han dicho que es impresionante!

Vidal tenía razón, además de impresionante era inquietante. Una especie de laberinto hecho con dos mil setecientos bloques de hormigón gris oscuro de diferentes alturas que ocupaba toda una manzana de casas. El suelo subía y bajaba para simbolizar la

progresión del holocausto de los judíos. Un inmenso campo de bloques de piedra que podían llegar a medir cuatro metros de altura. Se podía entrar desde cualquier parte. A pie de calle los bloques eran bajos, pero cuando te ibas adentrando en él parecía que penetrabas en un bosque de piedra denso y claustrofóbico.

Vidal caminaba delante de mí con paso lento. Una sensación de soledad y desesperanza iba creciendo hasta notar que costaba respirar, un ahogo producido por estar rodeados de piedra negra. Allí dentro se concentraba el horror de la guerra y escuché la voz de mi abuela que, sentada en el jardín del geriátrico, con la mirada clavada en el inmenso tilo que tenía delante, hablaba de Gertrud Grass, la chica del sótano, la joven de la medianoche.

*****

Habían asegurado que Berlín era una ciudad segura, pero les mintieron, como en todo. Las primeras bombas cayeron en agosto del año 1940 y ya no pararon. Aquel verano abría la puerta a una catástrofe que duraría cinco años. Gertrud Grass se había casado hacía un año, pero la felicidad se terminó de pronto cuando llamaron a su marido para ir al frente.

Gertrud se quedó sola en la ciudad. No tenía padres, ni hermanos, ni parientes de ningún tipo, y la familia de su marido vivía en Dresden —años más tarde, todos morirían en el último ataque de los Aliados—. Ella trabajaba como secretaria y vivía pendiente de que llegase una carta, pero hacía meses que no llegaba ninguna. Se entretenía con el trabajo y cada noche escuchaba la radio para estar informada de todo lo que pasaba en el frente; cuando las sirenas anunciaban un bombardeo, se tragaba el miedo y corría al refugio. El chillido de las sirenas, los gritos de la gente, las carreras para bajar a las estaciones de metro formaban parte de la vida. Nunca se acostumbró al ruido infernal de las bombas; cuando ya no podía soportarlo más, cuando el miedo rezumaba por todos los poros de su piel, cuando creía que todo terminaba, entonces, con los oídos tapados con las manos para amortiguar el ruido, rezaba. Hacía años que había dejado de creer en Dios, pero en aquellos momentos le necesitaba y le tendía la mano para tenerlo más cerca y dejar de sentirse tan sola. Los edificios se derruían como si fuesen de barro, y el paisaje de la ciudad quedaba reducido a la nada. El cielo caía sobre la ciudad y lo destruía todo. Y cuando los aviones habían desaparecido, quedaban el silencio, el humo y el polvo que apestaba el aire. La ciudad se iba desmoronando. Pasaban los meses, y ella no se acostumbraba a esa destrucción que venía del cielo.

La voz de mi abuela regresaba cálida, tenía los ojos fijos en el inmenso tilo. La historia de Gertrud y sus propias vivencias se trenzaban para crear una sola. El viejo tilo la miraba; aquel árbol también había sido testimonio de una guerra que ya solo quedaba en

la memoria de los mayores.

Cuando Gertrud salió del refugio, corrió hacia la casa. Quería creer que después del horror llegaría un momento de felicidad. Quizás aquel día tendría carta de su marido. Quizás anunciarían que la guerra había terminado. La esperanza era lo único que la mantenía viva. Aquel día, el polvo y el fuego la advirtieron de que una bomba había caído demasiado cerca. Aún faltaban unas cuantas calles para llegar a la suya; pero al girar la esquina un puñetazo en el estómago la detuvo. La desolación se había convertido en tragedia. Todo había desaparecido; no había edificios, ni jardines, ni aceras, el paisaje se había convertido en un montón de escombros. Caminó en silencio, convertida en sonámbula, y llegó hasta donde hacía un momento estaba su casa. No quedaba nada de ella. Lo único que se sostenía medio en pie era la chimenea, que se mantenía, inestable, como un centinela malherido que se niega a abandonar su puesto. Se quedó allí, sola, en medio de una casa que ya no existía. El dolor era tan intenso que no sentía nada. No tenía nada. Ni marido, ni ciudad, ni recuerdos. Quería desaparecer. Durante dos días se quedó entre los escombros esperando no sabía exactamente qué, y al tercer día supo que debía irse de Berlín.

*****

Salí del Monumento del Holocausto con una sensación de adormecimiento. Caminaba al lado de Vidal sin decir nada hasta que él se volvió hacia mí.

—¿Qué piensas hacer para encontrar a la amiga de tu abuela? —me preguntó en el momento en el que una procesión de turistas se adentraba en aquel laberinto de bloques de hormigón.

—Iré a ver a Lucian Epstein, el periodista que la entrevistó.

—¿No sería mejor intentar contactar con ella directamente? —dijo Vidal.

—Ya lo he hecho. He llamado a todos los Grass que salen en la guía telefónica, pero nadie conoce a ninguna Gertrud o, si la conocen, no quieren hablar de ella.

—O sea que ese periodista es tu único camino.

—Supongo que sí.

Decirlo en voz alta hizo que me diera cuenta de mi ingenuidad. Lucian Epstein no había mostrado ningún tipo de interés en mis mensajes, y si él no quería ponerse en contacto conmigo, era probable que tampoco accediese a hablar. Un montón de dudas me agobiaban, pero no pensaba darme por vencida antes de empezar. Sin embargo, si el periodista me daba la espalda, ¿cómo podría encontrar a esa mujer en una ciudad de tres millones y medio de habitantes?

No había ido a Berlín por un afán de aventura. Había ido por mi

abuela Dora. Ella consideraba a Gertrud una buena amiga. El carácter seco y estricto de mi abuela había conllevado que muy poca gente le abriese su corazón. No obstante, aquella desconocida que se escondía en el sótano le había contado su secreto. Día a día, detalle a detalle, aquella joven narraba la historia de dos años de sufrimiento.

Vidal me invitó a comer en uno de los restaurantes de Simon-Dach Strasse. Al día siguiente empezaba las clases y aquella tarde iría al centro a informarse. No había terminado la frase cuando recibió otro mensaje de Emma. En un texto lacónico, le informaba de que había tenido que acompañar a un amigo a Hamburgo y que estaría fuera unos cuantos días, quizás una semana.

—Cada vez que da señales de vida es para decir que no está —exclamó Vidal—. Me dijo que se tomaría unos días de vacaciones para estar conmigo y, cuando yo llego, ella se pira.

5. ¿Dónde está el periodista?

Me sentí una estúpida al darme cuenta de que la plaza París era la plaza que se abría tras la Puerta de Brandemburgo. Aquella mañana había pasado cerca del edificio donde estaban las oficinas del periódico y no me había percatado de ello. Mi sentido de la orientación siempre ha sido nulo y me admiraba la facilidad con la que Vidal se movía por una ciudad que visitaba por primera vez.

—Una ciudad es un organismo que vive —decía con una pasión que se contagiaba—. Nace, crece, se transforma y muere un poco cada día. Berlín es un gran ejemplo de ello. La guerra la redujo a escombros, pero consiguió rehacerse y, mientras lo hacía, la dividieron por la mitad, como aquel que reparte una tarta, y durante casi tres décadas ha sido una ciudad duplicada. Desde que recuperó la unidad, han intentado que vuelva a ser una sola, a pesar de que ella se resiste.

Quizás Berlín sí era una ciudad acogedora tal y como decía Vidal, pero como resulta que mi alemán es un poco escaso, todo me parecía extraño y lejano. Por suerte, mi nivel de inglés era más que aceptable y en aquellos momentos agradecí a mis padres que me hubiesen obligado a pasar tres veranos en Inglaterra mientras mis amigas se divertían en el *camping* de la playa.

*****

Caminaba sola por una ciudad que me era desconocida, y me sentía con la fuerza necesaria para conseguir lo que quería. Antes de entrar en la redacción del periódico, me retoqué un poco para tener un aspecto más adulto: una raya negra en los ojos con el lápiz que le había birlado a mamá; el pelo recogido en un moño para verme más alta, e incluso ensayé una de aquellas sonrisas encantadoras que soltaba mi mejor ex mejor amiga Daniela cuando quería conseguir lo que se proponía.

Me presenté como una amiga de Lucian Epstein y después de que la chica de recepción respondiese «Espérese un momento, por favor»,

el latido de mi corazón se aceleró y me preparé para tener una charla con el periodista. Todo iba mucho mejor de lo que esperaba, pero aquella explosión de optimismo quedó reducida a nada cuando, después de consultar el ordenador y hablar con no sé quién por teléfono, me notificó que el señor Epstein hacía un par de meses que no trabajaba en el periódico. Me quedé helada. En un intento desesperado, imploré que me dijese dónde vivía o que me diese su número de móvil. Para dar más verosimilitud a una desesperación que no era en absoluto fingida, se me enrojecieron las mejillas y añadí que había volado expresamente hasta Berlín solo para verle. Fue inútil, cuanto más insistía, más se cerraba aquella chica que había sido toda amabilidad, hasta que soltó:

—Señorita, será mejor que se vaya o me veré obligada a llamar al guardia de seguridad.

Además de humillada, me sentí perdida. Me daba la impresión de que mi viaje había terminado. Volví a la calle Libauer siguiendo el camino de ida y, milagrosamente, lo conseguí. Me abrió Noëlle con una de sus cálidas sonrisas y crucé la sala donde el chico de las cervezas estaba sentado en el sofá, rodeado de libros y viendo la tele con tanta concentración que ni se dio cuenta de mi llegada. Lo único que sabía de él era que se llamaba Karl, que estudiaba filosofía y que el piso era suyo.

Necesitaba pensar, decidir qué hacer. Sin embargo, por más vueltas que le daba no encontraba ninguna salida. Entré en el blog de Lucian Epstein y me di cuenta de un detalle que, en mi fijación por Gertrud Grass, me había pasado por alto: hacía exactamente dos meses que no lo actualizaba. Aunque probablemente no serviría para nada, le envié otro mensaje: «Estoy en Berlín, me gustaría hablar contigo. ¿Podemos vernos?».

En las fotos que había colgadas en su blog, aparecía un chico de veintitantos años con una mata de pelo oscuro y con unos pequeños ojos tras unas gafas de pasta negra. Podía pasearme por Berlín toda la vida y esperar que un golpe de suerte hiciese que me cruzara con él, pero solo tenía siete días y estaba a punto de agotarse el primero.

*****

Tumbada en la cama miraba al techo y me preguntaba si me había precipitado. «Siempre tenemos que pensar antes de actuar, Sira», me repetía mi padre, y yo le creía, porque mi padre era el héroe a quien yo adoraba, hasta el día en el que preparó las maletas y se fue. «Me ha salido un trabajo en París», nos dijo a mi hermano Marc y a mí. «Volveré pronto». Y durante tres meses llamó día sí, día no, y nos vino a buscar para pasar un par de semanas de vacaciones. Un año más

tarde supe que aquel trabajo que le había alejado de casa tenía quince años menos que mamá. No sé si mi padre pensó lo que hizo; en todo caso, aquella jovencita por quien había perdido la cabeza le duró poco tiempo. Al parecer, el exceso de impulsividad me viene de familia. Yo intento ponerle freno, pero los genes se me revolucionan y a menudo terminan ganando la batalla.

Pensaba en mi mala suerte cuando un mensaje de Daniela me obligó a regresar al mundo real. Hacía meses que Daniela y yo no nos hablábamos. Bueno, en realidad era ella quien se negaba a hablar conmigo. A pesar de que durante más de tres años fuimos íntimas, no me perdonó que saliese con Álex. Fue imposible hacerle entender que yo no tenía la culpa de que él me hubiese escogido a mí y no a ella. No lo aceptó y empezó a ignorarme. El mensaje que me enviaba era una carta cargada de mala leche.

Querida Sira:

Ahora ya sabes qué se siente cuando el chico del que estás enamorada se va con otra. Me ha dicho tu madre que te has ido de viaje; bien hecho. Para el mal de amores no hay nada mejor que poner distancia. No, no pienses que me alegro de ello; ya imagino que debes de estar fatal y no me extraña. Que Álex te plante para irse con la pelirroja de cuarto C no tiene que ser nada fácil, y si encima la parejita se pasa el día morreándose delante del Bar de la Perla, entiendo que tiene que dar rabia. Pero no te preocupes, consuélate pensando que ni eres la primera ni serás la última a quien Álex Giró planta. Lo que sí tiene que molestarte es que se la lleve a Londres, al viaje que tenía que compartir contigo. Cómo cambian las cosas de un día para otro, ¿verdad, querida? Como diría la profe de Lite: «A rey muerto, rey puesto».

Hala, bonita, que pases unas felices vacaciones.

Daniela

—¡Será zorra! —exclamé.

Si la hubiese tenido delante, le habría encastado el móvil en la cabeza y de un puñetazo le habría hecho saltar todas las muelas.

Me costaba entender que alguna vez hubiese sido amiga de un ser tan malvado. Me había equivocado con ella. Me había equivocado con Álex. Me había equivocado volando hasta Berlín para encontrar a un periodista y a una mujer de noventa y cinco años. Mi padre tenía razón, el exceso de impulsividad es un calentón que debe aprender una a detener mordiéndose la lengua y mirando hacia otro lado.

Era absurdo mentirme a mí misma. Hablando en plata, lo que

verdaderamente me dolía no era que la malnacida de Daniela se regodeara con mi desgracia, sino que Álex no hubiese tardado ni una semana en buscarse a otra. De pronto, todo se iba al carajo. Había conseguido no pensar en Álex, pero aquel mensaje hizo que una sacudida de mal humor hiciese añicos mi autoestima.

Estaba cansada, sudada, abatida, desconsolada. Con gusto me hubiese puesto bajo la ducha durante un rato largo, pero mi desgracia era tan absoluta que ni siquiera tenía ropa para cambiarme. Llamé al aeropuerto para saber si se sabía algo de mi maleta, y una voz mecánica me confirmó que la maleta continuaba extraviada.

Vidal apareció a las siete y media. Parecía feliz. La escuela era mucho más interesante de lo que esperaba.

—¿Te pasa algo, Sira? —me preguntó cuando se percató de mi cara de pocos amigos.

—Nunca encontraré a ese periodista —le respondí—. Y si no encuentro a Lucian Epstein, no la encontraré a ella.

—Ha dejado el periódico, pero no ha desaparecido, mujer.

—¿Y si se ha ido de la ciudad? ¿Y si ha muerto? Antes de venir rastreé su nombre por toda la red. Tiene Facebook, pero no me ha aceptado como amiga. Tiene un blog con la dirección donde le escribo y no me responde. Ha publicado una porrada de artículos, pero todo se ha parado después de darse a conocer la entrevista a Gertrud Grass —hice una pausa para tomar aire—. No es que me ahogue en un vaso de agua; lo que me pasa es que ya no hay agua y no puedo nadar.

—Quizás ahora trabaja para otro periódico.

—Ya lo he pensado, pero si fuese así, saldría en la red.

—La red no es el mundo. No sale todo. Si quieres un consejo, yo que tú iría a la biblioteca y hurgaría en todos los periódicos; seguro que en alguno encuentras su nombre.

De pronto, mi desesperación se hizo un poco más ligera. La idea de Vidal tenía sentido.

—Ahora lo que puedes hacer es ducharte y después cenamos. He ido a comprar provisiones —me dijo señalando las bolsas del supermercado que se habían quedado al lado de la puerta.

—Primero tendré que lavarme esta ropa —le respondí mirando la camiseta sudada, arrugada y con una mancha de chocolate del gofre de la mañana.

—Usa la ropa de Emma. Yo diría que más o menos usáis la misma talla.

—¿Seguro? —le dije titubeando.

—Si prefieres ir con esa camiseta hasta que te traigan la maleta, tú misma.

El armario de Emma era inmenso, y la ropa estaba amontonada en una montaña de un metro de altura. Comprendí que el orden de la

habitación solo era una fachada tras la cual se escondía el caos. Cuando Vidal se fue a la cocina, avivada por las ganas de chismorreo, abrí unos cuantos cajones. Dentro de cada uno había una sorpresa. En el primero, aparecieron un tazón de leche y unos Crispis resecos. En el segundo, libros y libretas mezclados con ropa interior. En el tercero, unas gafas de sol al lado de un secador de pelo. En el cuarto, latas de refresco dentro de unas zapatillas de deporte. No seguí abriendo cajones para no marearme. Si Lady Macbeth viese aquella habitación, se daría cuenta de que yo soy megaordenada. Dejé los cajones como estaban, y me dediqué al armario.

No era fácil encontrar nada en medio de aquella montaña de ropa arrugada; así que, mientras Vidal estaba en la cocina hablando con Noëlle, me dediqué a doblar y colgar la ropa de Emma. Hacer un trabajo mecánico te deja la mente libre. Me obligué a no pensar en Álex y, casi sin darme cuenta, la historia de Gertrud Grass apareció en medio de jerséis, pantalones, camisas, vestidos, camisetas, pijamas, bragas, sujetadores, calcetines y biquinis.

*****

Gertrud Grass solo había estado un par de veces en el pueblo donde había nacido su madre. Comparar aquel pequeño pueblo de la Prusia Oriental con Berlín era lo mismo que comparar un gorrión con una jirafa. La madre de Gertrud se había ido de casa sin el consentimiento paterno. Al llegar a Berlín, trabajar como ayudante de camarera en el hotel Esplanade le permitió borrar el pasado y empezar la vida que ella quería.

Gertrud sabía poco de su familia del pueblo. Conoció a su tía —la única hermana de su madre— solo después del maldito accidente. El padre y la madre de Gertrud cruzaban la plaza Postdam y un autobús que circulaba a más velocidad de la recomendada los aplastó. La distracción de un instante los envió al otro barrio. Gertrud tenía dieciocho años y comprendió que la crudeza de la vida puede aparecer en cualquier momento. Su tía acudió al entierro de su hermana y su cuñado. Después del oficio, con los ojos bañados en lágrimas, tomó las dos manos de su sobrina y le dijo que, aunque no hubiesen tenido trato, era la hermana mayor de su madre y que si alguna vez la necesitaba solo tenía que decírselo.

Después de que la bomba reventase la casa, Gertrud buscó refugio en el pueblo de su madre. La casa familiar quedaba aislada a un par de kilómetros del pueblo. Su tía vivía sola; su marido y sus dos hijos estaban en el frente desde el principio de la guerra. Aquella mujer huraña y poco expresiva solo hablaba con las gallinas que campaban a su aire tanto por el campo como por la casa. Su tía la recibió con una amabilidad forzada; las muestras de afecto se redujeron a un beso en la mejilla y a mostrarle la

habitación que había ocupado su madre mientras vivió en esa casa. Aquella mujer de mirada esquiva se pasaba el día trabajando; la tierra le daba lo esencial para sobrevivir sin pasar hambre y estar ocupada le ayudaba a no pensar.

En cuanto el señor Herbst, el alcalde del pueblo, supo que había llegado una joven secretaria, le ofreció trabajo. Necesitaba a alguien para escribir a máquina, redactar cartas, poner al día la contabilidad, repasar discursos, rehacer actas, contestar al teléfono, ordenar el papeleo y hacer todos los encargos que él no podía atender personalmente. Gertrud recuperó la tranquilidad. El empleo la obligaba a estar concentrada. Y tener la cabeza ocupada la alejaba de la guerra. Durante unas horas se olvidaba de un marido que no contestaba a sus cartas y de una casa que había quedado reducida a escombros. Gertrud ignoraba que estar cerca del señor Herbst la llevaría al infierno.

El alcalde era un gran devoto del régimen y el Líder era su Dios. En el despacho tenía una fotografía del Canciller que ocupaba toda una pared. La expresión severa, el bigote cercenado, el pelo relamido con la raya a un lado, el uniforme planchado… hacían del Líder una presencia omnipresente.

Muchas noches, el alcalde cenaba en su despacho, ponía la mesa de cara a la fotografía y entre bocados y sorbos de vino conversaba con aquel retrato en blanco y negro que se había convertido en su mejor compañía. Las malas lenguas decían que el señor Herbst había enloquecido, porque estaba convencido de que el Líder le hablaba y de que eran grandes amigos.

A menudo al alcalde le daba por las arengas repletas de frases grandilocuentes. Estaba convencido de que los alemanes ganarían la guerra y de que él ocuparía un cargo destacado en el nuevo imperio.

Hacía tres meses que Gertrud había llegado al pueblo, cuando una llamada personal al señor Herbst cambió el destino de la chica. Cuando el señor Herbst escuchó la voz del Líder se levantó de la butaca, puso la espalda recta, hizo repicar los tacones de las botas, y con voz grave exclamó:

–¡Sí, señor! ¡Mañana mismo, señor! ¡Será de toda confianza, señor!

Cuando colgó, las mejillas del señor Herbst estaban encendidas como dos granadas.

—Mañana empezarás en un nuevo trabajo, Gertrud —le dijo solemnemente.

Ella no dijo nada. No podía decir nada. Su vida estaba en manos de los demás y no tenía ánimo para sublevarse. Su destino era obedecer.

Al día siguiente, el propio señor Herbst la acompañó hasta un cruce cerca del pueblo. No habían esperado ni cinco minutos cuando un coche negro y reluciente paró delante de ellos.

—La vida de nuestro Líder está en tus manos —le dijo el señor Herbst

antes de que ella cerrase la puerta—. Tienes que estar orgullosa de ello, Gertrud. Con mucho gusto yo haría lo que harás tú.

El coche la llevó hasta un barracón de madera. Dentro de él encontró a una docena de chicas. El hombre que la acompañaba hizo que se sentara delante de una larga mesa de madera. Nadie decía nada. Se escuchaba el aullido del viento que movía las ramas de los árboles. El presagio de la desgracia se acercaba mientras Gertrud se preguntaba qué hacía allí. En aquel momento no sabía que el barracón estaba cerca de la guarida del Líder, el cuartel general del Canciller.

Gertrud se quedó inmóvil, con la mirada clavada en la mesa, incapaz de romper el silencio, incapaz de darse cuenta de que en el fondo de los ojos de aquellas chicas emergían chispas de terror.

A las diez y media, unos hombres uniformados llenaron el barracón de platos humeantes. Un aroma exquisito se esparcía por el aire. A Gertrud se le hizo la boca agua y su estómago se revolvía inquieto. Hacía años que no comía nada tan suculento. No se preguntó qué hacía allí, qué sentido tenía todo eso, qué lógica tenía que un coche la hubiese llevado hasta en medio del bosque para ofrecerle comida.

«¡Podéis empezar!», dijo el guardia, y un ligero ruido de tenedores rompió el silencio. Gertrud degustó el sabor ligeramente áspero de los espárragos; los descabezaba con las puntas de los dientes y dejaba que se deshicieran en su boca. Admiró el pastel de verdura, el color verde de las espinacas, el naranja de la zanahoria, el blanco de la patata, la montañita de arroz guarnecida con una mancha de salsa de tomate. Gertrud dejó que la textura suave y cremosa del pastel se esparciera por su paladar. Cerró los ojos para saborearlo y disfrutó de la comida sin preguntarse nada. Casi había terminado todo lo que tenía en el plato cuando se dio cuenta de que las otras chicas comían con una lentitud exagerada. La chica que tenía delante contemplaba el plato con miedo, cada bocado era una tortura y cada vez que tragaba cerraba los ojos y en su rostro se dibujaba una mueca de dolor.

El miedo del dictador a ser envenenado había provocado que no comiese nada que antes no hubiese sido probado. Después de la comida debían esperar cerca de tres horas para comprobar que no había consecuencias. Mientras esperaban, Gertrud supo por qué estaba allí. El descubrimiento la hizo palidecer, el pánico le creció en el centro del estómago y una bocanada de vómito le ensució los zapatos y le salpicó las piernas. Un sabor agrio se propagaba por la lengua y los dientes.

El médico corrió a examinarla y certificó que el vómito lo había provocado un ataque de pánico.

A partir de aquel día, siempre que el Líder estaba en la guarida, ella dejaba su trabajo con el señor Herbst y se adentraba en el bosque. El horror de que cada bocado fuese el último le recordaba que estaba prisionera en la casa del terror y que no era lo bastante valiente para huir

de allí.

6. El miedo crece

Plantada delante del espejo, la chica que me miraba desde el otro lado no era yo. Vestida con blusa negra y pantalones rojos —los únicos que encontré de mi talla—, reconocía mi rostro, mi pelo, mi cuerpo, mi voz, pero dentro de mí algo había cambiado. Poco a poco, el dolor de descubrir que Álex pasaba de mí ya no era tan intenso. A base de irme repitiendo que él no me quería, la rabia de saber que me había sustituido por otra se hizo más fácil de digerir.

El mal humor y el sentimiento de humillación acabaron de diluirse después de zamparme un inmenso plato de pasta y una ensalada de patata, una salchicha de Frankfurt y un helado de vainilla. Aquella comida hipercalórica amenazaba con hacerme pasar una mala noche; y cuando Vidal me propuso salir a pasear no me lo pensé dos veces.

Era agradable haber reencontrado a mi mejor amigo. Los años que habíamos estado separados se habían borrado sin dejar ningún tipo de rastro. Volvíamos a tener la misma complicidad que cuando nos sentábamos en las gradas del patio para sumergirnos en un mundo que nos pertenecía solo a nosotros. La voz cálida, el trato atento y la facilidad de palabra hacían que todo lo que explicaba fuese interesante.

La noche era espléndida. En medio del cielo colgaba una luna inmensa y nosotros nos poníamos al día mientras caminábamos en dirección al río. El Spree atravesaba la ciudad de arriba abajo y los barcos llenos de turistas dejaban detrás de ellos una huella de espuma. Nos detuvimos al llegar al puente Oberbaum y desde allí contemplamos las aguas oscuras y tranquilas del río.

—El primer Oberbaum era todo de madera, pero a principios del siglo pasado lo rehabilitaron de cabo a rabo —explicó Vidal, y a continuación señaló la edificación de ladrillo rojo que se alzaba un piso por encima de los arcos y por donde circulaba el metro—. Al final de la Segunda Guerra Mundial, lo dinamitaron para evitar que las tropas soviéticas lo utilizasen como lugar de paso.

—La historia te fascina —bromeé mientras contemplaba los arcos que se abrían al otro lado del río.

—Todo es historia, Sira: la ciudad, el puente, el río, nosotros —me

dijo con la voz cada vez más baja.

—Cuando éramos pequeños, te pasabas el día contándome historias —le dije al mismo tiempo que le ponía la mano en el hombro con gesto de camaradería.

—Lo hacía para impresionarte —me replicó y, tras un breve silencio, añadió—: Cada noche leía como un loco para encontrar algo que contarte al día siguiente.

—¿Lo dices en serio?

—Estaba enamorado de ti.

Una sacudida dentro de mí hizo que me agarrase con fuerza a la barandilla. Nunca hubiese pensado que el pequeño Vidal, mi mejor amigo, el niño a quien había hecho depositario de todos mis secretos se hubiese colgado de mí.

—Nunca me lo dijiste.

—Te lo digo ahora —me dijo pasándome su mano por mi pelo.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me temblaron las piernas. Incapaz de decir nada, nerviosa por una caricia que me había llegado hasta los tuétanos. El ruido del metro retumbó sobre nuestras cabezas y lo aproveché para cambiar de conversación. La historia de Gertrud Grass sirvió para escaparme de un momento más extraño que incómodo, y durante diez minutos hablé de aquella desconocida, de lo que me había contado mi abuela, de la noticia en el periódico, del verdadero motivo por el cual había ido a Berlín.

—¡Es una historia impresionante! —me dijo Vidal con los ojos abiertos como platos.

—Ya lo sé. Por eso estoy en Berlín —dejé pasar un rato antes de seguir hablando—. Lo cierto es que tengo la sensación de que con esta historia soy un poco friki.

—No te engañes, tú y yo ya éramos dos frikis cuando teníamos diez años —replicó Vidal, pero no se dejó llevar por la nostalgia, sino que señaló una pared de casi tres metros de altura que empezaba en el cruce del puente—. Es lo que queda del muro que dividió a la ciudad.

—Y resulta que te mueres por ir —bromeé.

—Si estás cansada podemos volver a casa.

—Resistiré.

Entonces entendí que el paseo no había sido al azar. Vidal se moría de ganas de visitar el East Side Gallery, el kilómetro y medio de muro que quedó en pie después de la unificación. No era solo una pared pintada con murales de diferentes artistas; allí se condensaba la memoria de la ciudad. Una especie de museo al aire libre donde confluían el pasado y el presente. Berlín había sido una ciudad dividida durante veintiocho años y aquel trozo de muro era el testimonio de ello.

Caminábamos a paso lento, el uno al lado del otro, sin decir nada.

Delante de nosotros, las pinturas y los dibujos mostraban la unificación de dos mundos. Colores intensos, figuras humanas, geométricas, un solo color, muchos colores a la vez. Aquel fragmento de la historia que ahora se convertía en reclamo turístico había sido una frontera infranqueable que impedía a los ciudadanos de la Alemania comunista huir a la Alemania occidental. Un muro que había fragmentado la ciudad en dos mundos opuestos.

Vidal se detuvo. Delante de nosotros había una pintura donde dos hombres de más de sesenta años se besaban en la boca. Me sabe mal admitirlo, pero la escena me pareció repugnante.

—El de las gafas es Honecker, el presidente de la Alemania del Este y el otro es Breznev, el líder de la Unión Soviética, dos comunistas de los pies a la cabeza. Es uno de los besos más famosos de la historia. Era a finales de los setenta y ambos creían en un mundo que estaba a punto de hundirse. Yo lo titularía *el beso del naufragio*.

A pocos metros de donde estábamos, una pareja se besaba.

—Hace una noche fantástica —dijo Vidal con aquella serenidad con la que lo decía todo, y me puso la mano en el hombro.

—Volvamos a casa —le respondí, contundente.

Con tres palabras había decapitado un momento lleno de magia.

*****

El pequeño pueblo donde había nacido la madre de Gertrud estaba a unas cuantas horas en tren desde Berlín. Sus habitantes ignoraban que, escondido en medio del bosque, se hallaba uno de los cuarteles militares del Canciller. Los días en los que él y sus oficiales hacían estancia allí, una llamada al despacho del alcalde le avisaba para que la chica se desplazara hasta el cuartel. Después del primer día, ya no hubo ningún otro coche para acompañarla. Ella sola atravesaba el bosque, se adentraba entre los árboles y llegaba hasta un claro donde uno de los guardias le decía por dónde tenía que continuar. A menudo, un mismo pensamiento la atormentaba. Podía empezar a correr. Podía intentar huir. Podía terminar con ese tormento y, sin embargo, no era capaz de hacerlo. Tenía miedo. Si la pillaban todo habría terminado, y en el caso de que lo consiguiera, entonces sería su tía quien recibiría las consecuencias. No lo haría. Pensaba en ello, pero no tenía el coraje de arriesgarse. Acababa de hacer el trayecto y una vez más se enfrentaba a la posibilidad de morir envenenada. Su vida se concentraba delante de un plato lleno de comida. Mordía. Tragaba. Esperaba.

*****

A las diez en punto del primer lunes de julio me desperté maldiciendo la costumbre de los berlineses de no tener persianas. Vidal no estaba. Encima de la mesa había una nota dándome los buenos días, un mapa de la ciudad y un esquema de qué tenía que hacer para llegar a la biblioteca estatal.

Tenía sueño; la noche anterior me había costado dormir. Vidal se había instalado en el sofá y yo me fui a la cama de Emma. Cinco minutos después de cerrar la luz, los ronquidos de mi amigo se convirtieron en una sinfonía que amenazaba con no parar durante toda la noche. La farola de la calle llenaba la habitación de sombras que se movían lentamente mientras yo me esforzaba en negar que Vidal me gustaba. Quería creer que todo era consecuencia de un exceso de fragilidad. Me habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo y no conseguía asimilar una serie de emociones que me agobiaban. Confundida, di vueltas en la cama hasta que tres horas más tarde el cansancio me venció.

Cuando abrí el móvil para consultar la hora que era, choqué con una serie de mensajes de mamá. Lady Macbeth estaba impaciente por saber dónde estaba y qué hacía. No me apetecía para nada aguantar uno de sus discursos, o sea que respondí con un breve mensaje donde le decía que todo iba perfecto y que me pasaría la mañana en el museo. No hay nada que a mamá le guste más que el hecho de que yo muestre interés por la cultura, de modo que la haría feliz aunque fuese mentira.

El piso estaba desierto; no estaban ni Vidal, ni Noëlle, ni Karl, el filósofo de Libauer. Desayuné un bol de leche con cereales y me encaminé hacia la biblioteca dispuesta a revolver todos los periódicos hasta encontrar el nombre de Lucian Epstein.

*****

El edificio de la biblioteca era enorme. La sensación de inmensidad la daba el hecho de que el espacio interior se organizaba en pisos de diferentes alturas sin ninguna pared interior. Si hubiese tenido a Vidal al lado me habría contado la historia del edificio, pero estaba sola y me limitaba a admirar una construcción que me parecía brutal. Dejé el bolso y la chaqueta en una de las taquillas de la entrada y me puse un boli y una hoja de papel en el bolsillo.

Durante más de tres horas revolví periódicos. Mi padre nunca tuvo ningún interés en que aprendiese la lengua de su familia materna. «Ya la aprenderá cuando sea mayor y ella quiera hacerlo», había dicho, y de este modo se sublevó contra aquella madre con quien había dejado de hablarse. Yo pasaba las páginas de los periódicos y leía el nombre de los periodistas. La esperanza de encontrar a Lucian Epstein se fue

extinguiendo a medida que pasaban las horas. Estaba a punto de darme por vencida cuando una voz me rescató de una profunda depresión.

—Hola…, Sira —dijo Margot Schoger, la mujer que combatía el miedo en los aviones hablando sin parar.

Le conté que buscaba a un periodista, que necesitaba encontrarle y no sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó moviendo arriba y abajo sus ojos de lechuza.

—Epstein, Lucian Epstein.

Y sin decir nada se fue hasta su ordenador y empezó a teclear. Cinco minutos que se hicieron eternos concluyeron con una sonrisa ancha que le iluminaba sus enormes ojos.

—Lucian Epstein es socio de la biblioteca —dijo como el que te revela que ha encontrado un tesoro.

De pronto un concierto de trompetas retumbó en medio del cielo y yo por fin veía la luz. Me moría de ganas de saltar detrás del mostrador y besarla.

—¿Y dónde vive? —dije impaciente para correr tras él.

—Lo siento, Sira, pero no podemos dar información confidencial de nuestros socios.

El peso descomunal de aquella biblioteca se me cayó encima. Tenía a Lucian Epstein al alcance de la mano, podía saber dónde vivía, su número de teléfono… Todo estaba dentro de aquel ordenador, pero yo no tenía acceso.

—Si me das tu teléfono, se lo puedo dar el día que venga —se ofreció Margot al percatarse de mi decepción.

Escribí mi número en un papel y salí de la biblioteca con ganas de morirme.

Durante horas caminé por la ciudad sin saber adónde iba. Tuve la tentación de echarlo todo a rodar; subirme al primer vuelo que regresara a Barcelona y olvidarme de Gertrud Grass. Me dolían los pies; mi estómago se quejaba de hambre, y cuando decidí que lo mejor era volver a Libauer, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba.

Sentada en un banco, me sentía tan perdida como el pequeño Pulgarcito cuando comprende que no puede volver a su casa. Estaba pensando qué hacer cuando una llamada de Lady Macbeth me hizo reaccionar.

—¿Qué tal todo, princesa?

—¡Genial, mama! —mentí forzando una alegría falsa, y para evitar que me preguntase nada más, no la dejé hablar—. ¿Sabes a quién me he encontrado? A Nico Vidal, ¿te acuerdas?

Proseguí con un bla-bla-bla imparable que aniquiló toda facultad

de escucha y así la conversación se precipitó hacia el punto final.

Intentaba encontrar el camino hacia Libauer cuando una llamada de Margot Schoger me rescató. La bibliotecaria me dijo que Lucian Epstein pasaría por la biblioteca aquella misma tarde. Aquel golpe de suerte me devolvió la alegría. Preguntando a uno y a otro necesité más de tres horas para regresar a la biblioteca. Margot me recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuando te has ido me he dado cuenta de que el señor Epstein tenía un libro reservado desde hacía una semana. Le he recordado que, si no pasaba a recogerlo, tendríamos que ponerlo en préstamo —era evidente que Margot tenía ganas de ayudarme; hizo una pausa, abrió un poco más aquellos ojos inmensos que parecía que perteneciesen a un rostro más grande y añadió–: No ha tardado nada en responderme que pasaría esta misma tarde.

—Muchas gracias, Margot.

—Favor por favor —me dijo guiñando un ojo—. De alguna manera tenía que agradecerte tu paciencia al aguantarme durante el vuelo.

Durante dos horas miré a la gente que entraba y salía. Estaba a punto de perder la paciencia cuando lo vi. Un hombre joven, de pelo oscuro, gafas de pasta negra, con camisa y deportivas blancas se acercaba hacia la mesa donde estaba Margot.

7. El infierno está en la esquina

—¡Lucian Epstein! —grité justo después de cruzar la puerta de la biblioteca, y al llegar a su lado le tendí la mano—. Soy Sira Burg.

—¿Nos conocemos? —me preguntó sin corresponder a mi mano tendida.

—Te he enviado unos cuantos *e-mails*—le dije con mi inglés perfecto.

—Nunca contesto los *e-mails* de desconocidos —me replicó al mismo tiempo que empezaba a caminar entre las bicicletas aparcadas a cada lado.

Avanzaba con la espalda recta y el paso apresurado, llevaba el libro bajo el brazo y las manos en los bolsillos. Visto de cerca, Lucian Epstein era bastante más joven de lo que aparentaba. No tendría más de veinticinco años y, sin embargo, la expresión severa le daba el aspecto de adulto malhumorado.

—Te preguntaba qué podía hacer para encontrar a Gertrud Grass —insistí.

—No puedo ayudarte.

—Tengo que hablar con ella.

El chico se puso bien las gafas con un gesto nervioso y, con una mezcla de ironía y menosprecio, respondió sin mirarme:

—Todo el mundo quiere hablar con la señora Grass.

—He venido a Berlín solo para verla. ¡Es muy importante! —imploré.

—Me parece que has hecho el viaje en vano. La señora Grass está harta de que todo el mundo la persiga.

—Tengo que darle un mensaje. Solo será un momento, de verdad, un momento y nada más. Gertrud Grass era amiga de mi abuela.

El joven periodista se paró en seco y se pasó, suavemente, el pulgar por el labio; a continuación movió la cabeza desaprobando.

—Muy imaginativo, eso de tu abuela, lo reconozco, pero no te servirá de nada. Gertrud Grass es una mujer de noventa y cinco años que lo único que quiere es vivir tranquila; ella no habla con nadie que no conozca. Además, aunque yo quisiera, no podría ayudarte. Hace tiempo que no tengo ningún contacto con ella.

El chico hablaba con firmeza, pero por la forma en que movía las manos, su parpadeo incesante y la profundidad de su mirada, supe que no decía la verdad.

Llegar hasta Gertrud Grass sería más difícil de lo que había previsto. No obstante, antes de volar a Berlín había intentado encontrarla llamando a todos los Grass de la capital. Fue inútil: o no la conocían, o no querían hablar de ella. Tampoco me había servido de nada rastrear por la red. Así que aquel chico que me miraba como si yo fuese un sapo repugnante era el único camino que tenía para llegar a ella.

Lucian Epstein se alejó a grandes zancadas. Me había costado demasiado encontrarle como para dejarle escapar. Me recogí el pelo en una trenza, hice desaparecer el jersey naranja fluorescente de Emma dentro del bolso y, vestida con mis tejanos y mi camiseta blanca, que tendría que volver a lavar aquella noche, le seguí.

*****

Me mantenía a bastante distancia para evitar que me descubriese. Pasamos junto a zonas verdes, cruzamos calles, nos detuvimos en los semáforos, y, veinte minutos más tarde, el paseo terminó delante de un bloque de pisos que quedaba al otro lado de un gran parque. Era un edificio antiguo con la fachada ocre pálido y la madera de puertas y ventanas pintada de un azul intenso.

Protegida detrás de un contenedor, observaba. Al otro lado de la calle, el joven periodista se sacó la llave del bolsillo y entró. Se había terminado. Descubrir que vivía en el barrio de Kreusberg, cerca del parque Victoria, no me llevaba a ninguna parte. Solo por curiosidad me acerqué para comprobar en qué piso vivía, pero donde estaban los timbres no había ningún nombre. Estaba a punto de irme, cuando la puerta se abrió de par en par y una chica con un carricoche doble y arrastrando a una criatura de sexo indefinible que se balanceaba como si fuese un tentetieso pasó por mi lado. Le ayudé con la puerta y cuando salieron puse el pie para evitar que volviese a cerrarse. Entrar en el edificio fue un juego de niños.

El nombre de Lucian Epstein estaba en el buzón del uno de los bajos, el de la derecha. De repente su voz emergió justo detrás de mí. Estaba demasiado cerca para escapar. Paralizada, convertida en estatua de mármol y muerta de vergüenza, me quedé donde estaba, de cara a los buzones. Dos segundos más tarde, él cruzó la entrada, hablaba por el móvil y estaba tan concentrado en la conversación que pasó por mi lado sin darse cuenta de que aquella chica con trenza y camiseta blanca que le daba la espalda era yo. Salió a la calle sin verme. Mi primer impulso fue salir detrás de él y correr en dirección

contraria, pero si había llegado hasta allí tenía que seguir hasta el final.

Quizás en el piso vivía alguien más. Quizás un amigo, quizás una novia, quizás un perro. Llamé una vez, dos, tres, cuatro, pero nadie abrió, y a continuación hice lo que tantas veces había visto hacer en las películas: buscar la llave. No estaba debajo del felpudo en el umbral de la puerta, ni enterrada en la tierra de la planta que había en el suelo. A punto de agotar todas las posibilidades y de aceptar que el esfuerzo no había servido para nada, un anciano esmirriado y arrugado como una pasa que olía a colonia de Navidad abrió la puerta del piso de al lado. Su inglés era bastante peor que mi alemán, de modo que las posibilidades de entendernos cuando le interpelé eran escasas. El anciano me agarró de la mano y tiró de mí hasta el pequeño patio que se abría tras los pliegues de las cortinas. El patio estaba lleno de flores y tenía un pequeño huerto donde maduraban unos tomates. Desde allí me indicó que podía saltar la pared y pasar al patio del periodista. No era la excentricidad de un hombre loco. Por lo poco que entendí, Lucian Epstein perdía la llave de forma habitual y saltar desde el patio del vecino era la mejor manera de entrar en su casa. Aquel hombre pensó que yo era una amiga del periodista y, por supuesto, yo no hice nada para contradecirle.

*****

En el patio de Lucian Epstein en vez de flores había hierbas y un par de sillas de plástico se desteñían bajo un sol mortecino. La puerta que daba del patio a la sala estaba entornada. Entré. El desorden de aquel piso era impresionante. Encima de la mesa había facturas, recortes de periódicos, periódicos enteros, artículos, revistas, carpetas, libros, tazas sucias de café, latas de cerveza, camisetas y no sé cuántas cosas más. Abrí cajones, revolví armarios. Miraba. Buscaba. Pero nada me llevaba a Gertrud Grass. ¿Y si Lucian Epstein había dicho la verdad? ¿Y si en realidad no sabía nada de ella?

Buscaba sin saber dónde y sin saber qué. Estaba tan concentrada que no era consciente ni del rato que había pasado, ni de la posibilidad de que el periodista volviese en cualquier momento. Miraba por tercera vez los papeles que había encima de la mesa cuando el clicclic de la llave en la cerradura me pilló desprevenida. La puerta se abrió, y yo hice lo único que podía hacer: esconderme debajo de la mesa. Cuando tenía cinco años, a menudo me refugiaba debajo de la mesa para que mi hermano no me encontrase, pero ya no tenía cinco años y no era precisamente de mi hermano de quien me escapaba.

Dejé de respirar en el momento en el que los tejanos de Epstein se

detuvieron cerca de mi nariz. Había ruido de papeles encima de mi cabeza. Me ahogaba. El chico dio un paso atrás, y fue suficiente para que se generase una minúscula corriente de aire que hizo levantar algunos de los papeles del corcho de la pared. Entonces la vi: debajo de una factura de la luz que me quedaba a la altura de los ojos había una fotografía de Gertrud Grass. Con el pelo blanco, el rostro lleno de arrugas, las cejas pintadas y un collar de perlas al cuello, sonreía a la cámara. Detrás de ella, una chica con bata blanca la sujetaba por los hombros. Fue solo un segundo y después la factura regresó a su sitio y la fotografía desapareció.

Lucian Epstein se movía nervioso. Abrió la nevera, se preparó un té, habló por teléfono, encendió la televisión y durante un rato tecleó el ordenador. La inmovilidad me había adormecido las piernas y me parecía que mil agujas me corrían por las venas y las perforaban. No podía desesperarme. Tenía que aguantar y soportar el dolor, pero el cuerpo humano tiene un límite y yo estaba a punto de llegar al mío. No podía más. Lo más razonable era salir de mi escondite. Pensaba en qué le diría cuando la camisa del periodista se cayó al suelo, le siguieron los pantalones, los calcetines y por último los calzoncillos. Segundos más tarde, el ruido de la ducha me daba la posibilidad de escaparme. Salí de debajo de la mesa, pero antes de huir levanté la hoja que cubría la foto de Gertrud Grass. La chica que le ponía la mano en el hombro tenía un nombre escrito en el bolsillo de la bata: Rosenthal.

De puntillas, apretando los dientes para aguantar el dolor de las piernas, con cuidado de no hacer ruido, dejé atrás el piso del periodista. Caminé con los puños cerrados hasta que la sangre de mis piernas empezó a circular, y entonces me di cuenta de que no sabía dónde estaba. Me había concentrado tanto siguiendo a Lucian Epstein que no me había fijado por dónde pasaba. Más que cansada estaba exhausta. Tenía prisa por volver a casa y no tenía ánimo para buscar el camino. Levanté la mano y paré a un taxi.

Mientras el taxi me paseaba por calles que no conocía, el rostro sonriente de Gertrud Grass venía a mi encuentro para contarme un fragmento más de su historia.

*****

Gertrud Grass había escapado del horror de las bombas y había ido a parar al tormento del infierno. Sin embargo, la guerra le había enseñado a subsistir, a sobrevivir día a día, minuto a minuto, segundo a segundo.

A las once en punto, una docena de chicas se sentaba delante de la mesa. Chicas serias, calladas y asustadas. Chicas que se habían convertido en la coraza que protegía la vida del Monstruo de un envenenamiento

mortal. Chicas a quienes trataban peor que a los animales.

Para conseguir no pensar, Gertrud se concentraba en las formas de la madera de la mesa; veía olas, hojas, mariposas, rostros… Para mantener la cabeza ocupada, se inventaba una historia para cada dibujo y, así, se entretenía hasta el momento en el que llegaban los platos. Entonces sostenía el tenedor con tanta fuerza que los dedos le quedaban tiesos hasta dolerle.

Salsas exquisitas, verduras bien cocinadas, frutas que nunca había visto. Su estómago se encogía y el tenedor se convertía en un puñal afilado que se clavaba sobre los filamentos de un espárrago. El trayecto que iba del plato a la boca era extremadamente lento. El pulso temblaba. El olor de unas verduras perfectamente cocinadas se convertía en olor putrefacto, y entonces, los labios se abrían, el tenedor se clavaba en la encía, la saliva se espesaba, el miedo aumentaba. La lengua se hinchaba, los dientes cortaban, una, dos, tres veces. Sin ganas de alargar el tormento ni un segundo más, Gertrud cerraba los ojos y tragaba. No notaba el sabor, ni la textura, ni el aroma; era imposible saborear un bocado que podía ser mortal.

El plato se vaciaba lentamente, el eco de cucharas, tenedores y cuchillos repicando al fondo del plato se convertía en el presagio de una muerte dolorosa. El estómago se revolvía y dolía. Una vez que terminaban de comer, el tormento se alargaba dos horas más. Esperaban que la comida hiciera su efecto. Algunas se mareaban, otras vomitaban, pero era el miedo y no el veneno lo que las enfermaba.

Gertrud solo vomitó un par de veces. A medida que pasaban los días, aprendió a controlar el terror de enfrentarse a la muerte. Se negaba a mostrar su debilidad, pero cuando regresaba a su casa, a menudo, una bocanada de bilis oscura le salía de las entrañas y vomitaba todo lo que llevaba dentro.

*****

El taxi me dejó delante de la puerta de casa. Tenía el nombre de un hospital o quizás de un geriátrico para empezar a buscar. Estaba tan emocionada que no me preocupó que el taxi me hubiese costado el presupuesto de tres días. Me moría de ganas de contar mi aventura a Vidal. Subí las escaleras de cuatro en cuatro y, antes de abrir la puerta, un aroma dulce de chocolate me dio la bienvenida.

En el sofá de la sala, el filósofo de Libauer leía. Karl era el propietario del piso; de hecho, el piso era de una tía abuela suya a quien él visitaba cada semana. El chico alquilaba las habitaciones a un precio bastante económico con la única condición de no tener que cocinar ni limpiar. A Emma y a Noëlle no les importaba trabajar un poco más con tal de vivir en aquel piso de habitaciones amplias y

luminosas, con una cocina bien equipada y una sala grande. Karl hablaba poco, únicamente lo hacía cuando le apetecía. Una vez que habías aceptado que era una persona especial, convivir con él era fácil. Le saludé, pero ni levantó la cabeza, estaba tan concentrado que ni se dio cuenta de que yo había entrado.

En la cocina, Nico y Noëlle admiraban una tarta de chocolate recién salida del horno que reposaba en el centro de la mesa.

—¡Nico es un cocinero de primera! —exclamó la francesa con una de sus inmensas risotadas.

Noëlle dejó que la camiseta le resbalase hasta dejar el hombro al descubierto. Mojó el dedo en el bol donde quedaban restos de chocolate y, juguetona, embadurnó la cara de Vidal. Coqueteaba con él sin importarle que yo estuviera delante. Reía, se echaba el pelo hacia atrás, jugaba con el chocolate, se chupaba el dedo. La francesa había iniciado su conquista con todas las de la ley, y Vidal la miraba con cara de bobo. Lo confieso, me dio rabia.

Ser testimonio de aquel espectáculo hizo que desapareciera mi buen humor.

—Noëlle nos invita a ir de fiesta a casa de unos amigos que inauguran piso. ¿Vendrás? —me dijo Vidal tan solícito y acogedor como siempre.

—No me apetece salir —le respondí sin disimular mi mala leche.

El deseo de contarle todo lo que había descubierto se diluyó entre el aroma del chocolate.

—¿Por qué no te animas y vienes? —insistió Vidal.

—Prefiero quedarme —le dije sin osar mirarle a los ojos. No había ido a Berlín para hacer turismo y no tenía ganas de fiesta.

—Yo también estoy cansado, pero me irá bien conocer a gente del país.

Noëlle hizo volar su larga cabellera. Su presencia me dejaba sin aire. La alegría de tener un lugar donde buscar a Gertrud Grass y las ganas de contar mi descubrimiento a Vidal se habían desintegrado.

Vidal y Noëlle se fueron del piso media hora más tarde. Noëlle lucía un vestido negro ajustado con el que parecía aún más esbelta. No tenía ningún sentido negármelo, estaba celosa y furiosa.

Dediqué la noche a resolver asuntos pendientes: responder a un mensaje de Lady Macbeth; llamar al aeropuerto, donde me dijeron que seguían buscando mi maleta. Y, lo más importante, comprobar que Rosenthal era un centro geriátrico. Localizarlo y estudiar la mejor manera de llegar hasta allí fue sencillo.

Cuando salí de la habitación para ir a la cocina a prepararme un vaso de leche, encontré a Karl en la sala sentado en el sofá, pegado al ordenador y con un libro abierto delante del plato.

—Noëlle parece muy feroz, pero es inofensiva —me dijo sin dejar

de mirar a la pantalla—. Le gusta salir a cazar, pero una vez conquista todo se termina.

—¿Por qué me dices eso?

—El hermano de Emma es una novedad, por eso le gusta —me respondió Karl, y a continuación apartó el plato y se puso a teclear.

*****

Intentaba dormir, pero cada vez que cerraba los ojos me venía a la mente la imagen de Noëlle moviéndose como una serpiente y, a su lado, Vidal, que la contemplaba babeando.

Me lo negaba, me resistía a ello, pero el coqueteo de Noëlle me había superado. No tenía ningún sentido. Vidal y yo solo éramos amigos. Perdida en un enjambre de confusiones daba vueltas en la cama. Pasadas las cuatro de la madrugada oí que se abría la puerta del piso. Las risas de Noëlle y la voz tranquila de Vidal me asosegaron. Me senté en la cama a esperar que Vidal entrase; pero el portazo de la habitación de la francesa hizo que mis celos estallasen como un volcán. Si hubiese tenido a Noëlle delante, le habría sacado los ojos con una cucharilla.

8. La explosión

Me moría de ganas de entrar en la habitación de Noëlle y arrancar a mi amigo de los brazos de la francesa. Afortunadamente, un ataque de sensatez evitó que me dejase llevar por un instinto tan salvaje. Para tragarme las ganas de gritar mordí la almohada, pero el tacto áspero de la ropa me produjo náuseas.

«Cuando algo va mal aún puede ir peor», era la frase predilecta de papá cuando su sentido trágico de la vida hacía acto de presencia. Su pesimismo se acentuó cuando la chica por la que lo había abandonado todo le dijo que lo dejaba. La frase me visitó en medio de aquella noche de insomnio y la rehuí a mordiscos. Repetía que nada iba mal, porque entre Vidal y yo no había nada de nada.

Perdida en un mar de emociones era incapaz de conciliar el sueño. Mi vida era un gran armario lleno de ropa desordenada y yo luchaba por cortar de raíz un sentimiento que me negaba a admitir.

Para intentar sacarme a Vidal de la cabeza, para dejar de imaginármelo pegado al cuerpo perfecto y exuberante de la francesa, para ahuyentar aquellos celos que amenazaban con ahogarme, me dispuse a indagar en la vida de aquella Gertrud Grass a quien, si tenía suerte, pronto conocería.

Si Vidal me había animado a disponer libremente de la ropa de su hermana, eso me legitimaba a utilizar su ordenador: un Mac de color blanco que había aparecido enterrado en uno de los cajones del armario bajo una montaña de calcetines y bragas. Le faltaban dos teclas, la tapa se sostenía precariamente, pero funcionaba y lo mejor de todo era que no necesitaba ningún código de acceso para entrar en la red.

Teclear el nombre de Gertrud Grass en el idioma que fuese era ir a parar siempre al mismo relato. La historia que Lucian Epstein había titulado «La catadora del Líder» en la sección local del periódico se repetía de pe a pa en centenares de periódicos de todo el mundo. Algunos lo abreviaban por un lado, otros lo descabezaban por otro, pero la noticia era siempre la misma: la mujer nonagenaria que había vivido con discreción, secretaria eficiente y buena esposa, a sus noventa y cinco años se convertía en famosa. Una mujer viuda y sin

hijos, con casi todos sus amigos difuntos, estaba destinada a desaparecer sin dejar rastro, y sin embargo, de un día para otro, la confesión de su secreto le había abierto las puertas de la historia y tenía la inmortalidad asegurada.

Iba de un artículo a otro hasta que me detuve ante una Gertrud Grass de poco más de veinte años que ocupaba toda la pantalla. Tenía una expresión de chica discreta, estaba apoyada en un árbol, sostenía un sombrero de paja con las dos manos y miraba a la cámara con ojos tristes. Detrás de ella se veían árboles, podía ser un parque, o un jardín, o tal vez era el bosque que la conducía hasta la guarida del Líder.

Cuanto más pensaba en ella, más me apetecía encontrarla. Cuanto más me acercaba a ella, más me fascinaba la personalidad de una mujer capaz de guardar un secreto durante más de setenta años.

*****

Hacía meses que Gertrud Grass trabajaba en el ayuntamiento. El señor Herbst le repetía que estar cerca del Líder era un orgullo y un privilegio. Aquel hombre de ojos de pez se moría de ganas de saber cosas de su ídolo.

—¿Has hablado con él?¿Le has visto? —preguntaba el alcalde con ansia.

—No me está permitido decir nada, señor—respondía Gertrud en voz baja, y con su silencio lo único que conseguía era aumentar la curiosidad de aquel hombre que se habría dejado cortar una mano para estar un instante al lado del Canciller.

El primer día de llegada al barracón, después de la primera comida, el guardia que las vigilaba les dijo que probar la comida del Líder era un secreto de Estado y que desobedecer tendría consecuencias mortales.

—A mí puedes decírmelo, Gertrud —insistía el señor Herbst con los ojos vidriosos y la boca babeando.

—Tiene que entenderlo, señor Herbst. No puedo delatar al Líder para satisfacer su curiosidad.

Y el alcalde se mordió la lengua y lanzó una mirada de reproche a la fotografía de su Dios que permanecía atento desde la pared. La curiosidad le devoraba, pero la fidelidad al hombre a quien tanto admiraba le llevó a callarse.

De hecho Gertrud nunca vio al Monstruo, pero su presencia planeaba por el aire. Cuando estaba el Líder se aumentaba la vigilancia, había más orden y la tensión era evidente. Estaba, pero se mantenía alejado. Estaba, pero ninguna de las jóvenes le había visto nunca.

Gertrud tenía los nervios a flor de piel. Hablaba lo indispensable y cada noche, cuando ponía la cabeza en la almohada y cerraba los ojos, de forma invariable, delante de ella aparecía una mesa de madera con un

plato humeante de sopa de verduras. En el instante de ponerse la cuchara en la boca, se le caían los dientes y la boca se le llenaba de sangre. No podía quejarse. Tenía que seguir comiendo. Se tragaba sus dientes. Se tragaba su sangre. Se tragaba la sopa envenenada. Le quemaba el estómago, como si tuviese un incendio en sus entrañas. Se quedaba sin aire, se ahogaba hasta perder el sentido y pequeñas llamas emergían por todos los poros de su piel. Se moría, y justo en el momento del último aliento, cuando casi no le quedaba aire, despertaba. Empapada de sudor, con el corazón latiendo, contemplaba aquella habitación donde su madre había crecido anhelando un mundo mejor y deseando ser lo bastante mayor para huir del pueblo. Entonces Gertrud se repetía que era una pesadilla, que todo iba bien. Sin embargo, la angustia le hacía hervir la piel, y cuando después de un rato conseguía levantarse, corría a beber agua, se mojaba la cara, el cuello, los brazos y el cuerpo entero. No servía de nada, era inútil intentar detener un fuego que le nacía de dentro.

Gertrud comía con miedo, miraba con miedo, dormía con miedo, soñaba con miedo y lo hacía todo con aquel miedo que llevaba adherido al alma.

El día de la explosión tuvo la esperanza de que hubiera llegado al final. Hacía más de media hora que las chicas habían terminado de comer. Bróquil con zanahoria y patatas con salsa de setas. Las chicas estaban sentadas en los bancos mientras esperaban que pasase el rato de la digestión y, si no había ningún contratiempo, poder regresar a sus casas.

Aquel día podía haber sido como cualquier otro. Esperaban, pacientes, para saber si el veneno hacía efecto cuando todo dio un giro. Una gran explosión hizo tambalear cielo y tierra. Las chicas salieron disparadas del banco y el aire se llenó de humo, de polvo y de gritos.

«¡Un atentado! ¡Un atentado!», gritaban los guardias, y las chicas quedaron sumergidas en una densa niebla. Gertrud permaneció acurrucada debajo de la mesa, que había volcado como consecuencia de la sacudida; se tapaba los oídos, tenía los ojos cerrados y rezaba. Después del susto, rodeada de cenizas, de polvo y gritos, se sintió libre. «¡Está muerto! ¡El Monstruo ha muerto!», susurró. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió y dentro de ella nació una chispa de felicidad.

*****

Vi cómo amanecía en compañía de aquella Gertrud Grass joven y horrorizada. La melodramática frase de mi padre se llenaba de sentido. «Cuando algo va mal aún puede ir peor». Desde que había empezado la guerra, la vida de Gertrud había ido a peor. ¿Qué derecho tenía yo a quejarme? ¿Qué importancia tenía que Álex me hubiese dejado y se hubiese ido con otra? ¿Qué derecho tenía a sentirme desgraciada? Comparar mi vida con la de Gertrud Grass hizo

sentirme estúpida y ridícula.

El cielo de Berlín pasó del negro intenso a un rojo ardiente cuando los primeros rayos de sol inauguraron un nuevo día. A las ocho de la mañana, Vidal no había dado señales de vida, y yo, muerta de sueño, me duché, me preparé un café doble y hurgué un buen rato en el armario de Emma. Con todo el lío de la noche anterior no me había lavado la camiseta, y si de verdad quería sacar partido a la visita al geriátrico, tenía que estar presentable. Escogí un vestido de color blanco con pinceladas grises, verdes y rojas, y al mirarme en el espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario vi a una chica elegante que se parecía a mi madre. Siempre me había molestado parecerme a mamá, pero era evidente que Lady Macbeth y yo éramos como dos gotas de agua.

Cuando cerré la puerta del piso, el despertador de Noëlle empezó a alborotar. Si no sucedía un milagro, aquella mañana Vidal llegaría tarde a la escuela.

En la calle me surgió la primera duda: ¿tenía que caminar hacia la derecha o hacia la izquierda? Desdoblé el plano y me concentré. Durante la noche me había pasado un buen rato estudiando todos los pasos para llegar a la residencia Rosenthal, en el barrio de Pankows. Lo tenía todo escrito y, si mi desastroso sentido de la orientación no me jugaba una mala pasada, lo conseguiría. Giré el plano unas cuantas veces hasta que un señor muy amable me informó: tanto para pillar el tren como el metro tenía que ir hacia la derecha.

Caminaba decidida, comprobando dónde estaba en cada esquina, y justo cuando llegué a la estación me di cuenta de que me había dejado el monedero en casa. Tenía que regresar a Libauer.

*****

Nada más entrar en el piso fui directa a mi habitación. Vidal estaba delante del sofá-cama, tenía el pelo mojado y se estaba poniendo una camiseta. Cuando entré, me miró con los ojos llenos de admiración.

—¡Hala, Sira! ¡Estás impresionante! —exclamó mirándome de arriba abajo.

—Es un vestido de tu hermana —le contesté seca e indiferente.

—Seguro que a ella no le queda tan bien —se pasó las manos por la cabeza y se lamentó—. ¿No tendrás un analgésico? Tengo un dolor de cabeza insoportable.

—Si no te hubieses ido de farra, ahora estarías perfectamente —le respondí mirándole con desafío.

—¿Qué planes tienes hoy? —me preguntó ignorando mi mal humor.

—Seguir buscando.

—Cuando termine la clase, te llamo y te acompaño —me respondió, mientras se alisaba el pelo mojado.

Aunque tenía cara de sueño y unas bolsas violáceas le ribeteaban la mirada, Vidal me pareció más atractivo que nunca.

—No hace falta que te molestes. ¡Tú a la tuya! —incluso a mí me sorprendió la agresividad de mis propias palabras.

Vidal dio un paso al frente, me miró con aquellos ojos que perforaban y me sujetó del brazo.

—¿Te pasa algo, Sira?

—No —mentí mientras me separaba de él; sentirle tan cerca me incomodaba.

—O te has levantado de mal humor o estás cabreada —me dijo, incisivo.

—Mira, Vidal, mil gracias por acogerme en tu casa, de verdad; pero quizás será mejor que tú hagas tu vida y yo la mía. Seguro que hoy llega mi maleta y podré irme al hotel.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Sira, por favor, es mejor que hables claro.

Habría sido mejor contenerme y callar; tragarme la rabia y los celos, pero mi impulsividad se desató.

—¿Quieres saber qué pasa? ¡Pues que no soporto a los tíos que tienen dos caras! ¡Eso es lo que pasa! —ya era demasiado tarde para recular—. Tienes una novia en Barcelona y te enrollas con la primera que se te pone delante. Ya lo sé, no tengo ningún derecho a decirte nada. Es tu vida, y con tu vida haces lo que te da la gana.

—¿Estás así porque me fui a la fiesta con Noëlle? —dijo, estupefacto.

—¡Eres libre de ir con quien te pase por las narices! En todo caso es a tu novia a quien tendrías que decírselo.

*****

«Solo es un amigo, solo es un amigo, solo es un amigo», me repetía a mí misma para convencerme de que Vidal no me gustaba. Mamá dice que si repites algo mil veces acaba siendo real, y aunque siempre había pensado que era una tontería, me dediqué a repetir la misma frase un montón de veces.

9. La noche en Berlín

Había tardado más de tres horas. Me había equivocado unas cuantas veces, había pedido ayuda unas cuantas más, pero al final lo encontré. Dicen que preguntando se llega a Roma y yo llegué al geriátrico preguntando a uno y a otro.

Eran casi las once de la mañana y estaba exhausta. El centro Rosenthal era un edificio rodeado de arbustos. En los parterres de la fachada había geranios de todos los colores que contrastaban con el gris de la pared. En la puerta había un letrero con el nombre del centro. Entré con paso firme y, una vez dentro, me recibió un peculiar olor de col hervida que se mezclaba con la fragancia del ramo de narcisos que había encima del mostrador. Me senté en una zona donde había unas cuantas butacas de polipiel negra y un montón de revistas de hacía unos meses.

Mientras esperaba que apareciese alguien, ensayaba lo que tenía que decir y estaba tan concentrada con el orden exacto de las palabras que no vi entrar a una chica alta, rubia y firme, con hombros anchos de nadadora. La chica se fue directa a la puerta que conducía a un pasillo. Apenas estaba en el umbral cuando un hombre vestido con chaqueta y pantalones blancos le barró el paso. A pesar de que mi alemán era limitado, el nombre de Gertrud Grass retumbó por todo el vestíbulo como si fuese el eco de una montaña. La chica repetía el nombre y el hombre movía la cabeza negando, y cuanto más insistía la chica, más enérgico negaba él. El diálogo se convirtió en una espiral de gritos; las mismas palabras se iban repitiendo, cada vez con un tono más encendido. Refugiada detrás de la revista, escuché cómo el hombre le ordenaba que se marchara.

Al parecer, desde que había salido la noticia, alrededor de Gertrud Grass se había instalado un enjambre de buitres. La historia de «La catadora del Líder» era perfecta: tenía emoción e intriga, se fundamentaba en hechos reales y contaba parte de la historia del país. La vida de Gertrud Grass era un tesoro que todos querían agenciarse.

Me costaba aceptar que había hecho ese largo viaje en balde. No obstante, era inútil exponer quién era y qué quería. Ni aquel hombre ni nadie me creerían. Lucian Epstein tenía razón: demasiada gente

perseguía a aquella mujer y todos querían su historia.

Me dejé llevar por un arrebato de valentía y, cuando el enfermero ya no estaba, entré. El pasillo formaba un ángulo de noventa grados y conducía a un patio interior —una especie de solárium con una gran cúpula de cristal— donde una docena de abuelos tomaba el sol de la mañana. Los miré uno por uno, pero ninguno de ellos era la mujer que buscaba. Mientras estaba allí, despistada y pensando qué excusa dar, una enfermera se me acercó. Antes de que ella preguntase, justifiqué mi presencia diciendo que buscaba a una amiga de mi abuela. Desde hacía unos cuantos días me había convertido en una mentirosa profesional.

—Furtwängler, Dora Furtwängler —dije muy segura, pronunciando el nombre y apellido de mi abuela.

La enfermera, solícita y dispuesta, no recordaba que hubiese ninguna señora Furtwängler. Aun así, la acompañé hasta el ordenador para buscar el nombre de una mujer que hacía dos años que estaba muerta y enterrada. Para comprobar que el nombre no estuviese mal escrito, abrió la lista de todos los residentes. Al pasar por encima de la letra G, pude comprobar que había una Alma Golstein y un Otto Gross; pero ninguna Gertrud Grass. La enfermera, para aligerar mi supuesta contrariedad, me dio la lista de todos los geriátricos que había en Berlín por si podían ayudarme a encontrar a la mujer que buscaba.

Me hervía la cabeza y los nervios me hacían cosquillas bajo la piel. De nuevo no tenía absolutamente nada. Había sido una ilusa al pensar que sería sencillo encontrarla. Decepcionada, añadía otra derrota a mis espaldas. ¿Qué más podía hacer? ¿A qué puerta tenía que llamar?

Salí del centro con ganas de ponerme a llorar. Caminaba deambulando calle abajo cuando detrás de mi oí una voz que gritaba.

—¡Emma! ¡Emma!

Me volví; un hombre en bicicleta se paró a mi lado. Cuando se quitó el casco, apareció Karl.

—¡Sira! —me dijo sorprendido, contemplando aquel vestido que no era mío.

—El vestido es de Emma —y me apresuré a añadir—: Aún no he recuperado mi maleta.

—¿Qué haces por aquí?

—He ido al geriátrico —le respondí, incapaz de decir más mentiras.

Resultó que cada miércoles Karl iba a visitar a su tía abuela —la propietaria del piso donde vivíamos todos— en el centro Rosenthal. Dejándome llevar por un ataque de sinceridad, le confesé que buscaba a Gertrud Grass y que no tenía ni idea de dónde encontrarla.

—Es increíble lo que pasa cuando alguien se hace famoso —dijo

sin disimular un tono de menosprecio—. Los días en los que Gertrud Grass estuvo en el centro, tan pronto como corrió la voz, esto era un avispero de periodistas.

—¿Y ya no está?

—Hace un par de semanas, mi tía me contó que habían trasladado a la señora Grass.

—¿Y tu tía sabe dónde ha ido? —le pregunté con la esperanza de tener algún lugar donde seguir buscando.

—Mi tía hace tiempo que no atina demasiado.

Karl se dio cuenta de mi decepción y me prometió que intentaría averiguar dónde estaba aquella mujer. Sabía que sus palabras solo eran para tranquilizarme, pero le agradecí el ofrecimiento.

*****

Estaba tan concentrada dando vueltas a mi desgracia que me pasé la estación donde tenía que hacer el trasbordo. Intenté volver atrás, pero me equivoqué de línea. Para más inri, en una de mis precipitadas salidas del vagón, el plano se me cayó a las vías, y si hasta entonces había tenido la sensación de estar perdida, ahora estaba perdida por completo.

Durante más de un par de horas estuve dando tumbos como una imbécil y confirmé lo que ya sabía, que mi sentido de la orientación era nulo. Tenía la sensación de que la ciudad se movía constantemente y de que todo se confabulaba para no dejarme llegar a casa. No tenía ni idea de dónde estaba, y no llevaba suficiente dinero para pillar un taxi. Se me ocurrió la absurda teoría de que, si conseguía llegar al río, me sería fácil continuar hasta el puente donde estuve la primera noche. Preguntando a uno y a otro, con los pies doloridos y el estómago reclamando algo para comer, llegué ante las aguas del Spree, densas y oscuras, de un gris metálico, como si en su interior se guardasen grandes secretos. Seguir el curso del agua me daba seguridad, pero estaba cansada, eran las cinco de la tarde, estaba perdida, tenía hambre y empezaba a llover.

El principio paterno se cumplía: «Cuando algo va mal aún puede ir peor». En poco más de veinte minutos, la lluvia se hizo tan intensa que quedé empapada de los pies a la cabeza. Tenía tanto frío que me repiqueteaban los dientes. Definitivamente, no podía más. Me tragué el orgullo y llamé a Vidal para pedirle ayuda. Le esperé sentada en un bar. Media hora más tarde, entraba por la puerta con una chaqueta tejana y un paraguas en la mano. Cuando le vi, me abracé a él sin recordar todo lo que le había dicho por la mañana.

—Tranquila —me dijo mientras me abrazaba por los hombros—. Vámonos a casa.

Una vez en Libauer, me sumergí en una bañera de agua caliente y el mundo me pareció un lugar más confortable.

*****

Todavía no eran las nueve de la noche y ya estaba en la cama. Necesitaba dormir, desconectar, olvidar que mi vida era un gran desastre. No solo era un cansancio físico; aceptar que no tenía ni una pista para encontrar a esa mujer que se escondía en una ciudad de tres millones y medio de habitantes me deprimía. Me dormí con la esperanza de que al día siguiente lo vería todo con más optimismo. A las once y media mi móvil sonó insistentemente. Una llamada de mi madre me reclamaba. Me costó arrancar, pero para sacarme a mamá de encima recurrí a mi estrategia de hablar más que ella. Por fin mi madre dijo aquello de «ya veo que estás muy bien, preciosa», y estaba a punto de despedirme cuando va y me suelta que había comido con Álex. Me quedé muda, helada, muerta. ¡Cómo se atrevía! ¡Vaya jeta! Álex se morreaba con otra y tenía el valor de hacerle la pelota a mi madre para poder ir gratis al teatro. Después de colgar salté de la cama. La indignación me había llenado de energía. Husmeé los mensajes pendientes y me di cuenta de que había uno de Daniela. El primer impulso fue borrarlo, pero la curiosidad me empujó a saber hasta qué punto era capaz de torturarme. Una foto de Álex morreándose con la pelirroja de cuarto de ESO llenó toda la pantalla.

Indignada con la mala pécora de Daniela, me levanté y empecé a bajar las escaleras.

—Pensaba que dormías —me dijo Vidal sorprendido de verme despierta.

—Me acaba de llamar mi madre —le contesté sin esconder la sobredosis de mal humor que arrastraba.

Vidal, tan discreto como siempre, no me preguntó nada más, solo dijo:

—¿Quieres venir al Kulturbraueri? —y recogió la chaqueta que había dejado tirada encima de su sofácama.

—Álex se ha enrollado con otra y el muy imbécil tiene las narices de ir a comer con mi madre —exclamé sin esconder la rabia.

Vidal estaba inmóvil con la chaqueta en las manos y me miraba sin saber qué decir.

—Rompimos poco antes de venir a Berlín —me sinceré—. ¿Qué es eso del Kulturbraueri?

Vidal dio un paso al frente y con una de esas sonrisas que le empequeñecían los ojos me explicó, encogiendo los hombros:

—Yo y Claudia, mi novia, también hemos roto.

Ambos habíamos mentido. Ambos fingíamos que teníamos una

vida perfecta. Y ambos escondíamos lo que realmente éramos: dos adolescentes a la deriva que intentábamos mantener el rumbo de nuestras vidas.

—Seguro que se arregla —le dije con poca alegría.

—No sé si quiero que se arregle —me dijo mirándome con aquella intensidad que me dejaba sin aliento.

—¿Lo dices por lo de Noëlle?

—Ella no tiene nada que ver en esto.

La conversación empezaba a ser incómoda. Pero ni Vidal ni yo nos atrevíamos a hablar claro.

—El Kulturbraueri es una fábrica de cerveza del siglo XIX reconvertida en centro cultural —aclaró Vidal para evitar seguir hablando de nosotros—. Dan conciertos y actuaciones. Esta noche está programada una actuación en el patio central.

—Será mejor que vayas con Noëlle.

—Ella y Karl ya están allí. Tienes veinte minutos para vestirte y nos vamos.

*****

El Kulturbraueri mantenía la estructura de la fábrica original. Los patios interiores estaban comunicados entre sí y una veintena de edificios ofrecían una variada oferta cultural: teatro, cine, salas de fiesta, gastronomía y espectáculos de todo tipo. La fachada conservaba las inscripciones originales de la fábrica. La sala de calderas y la sala de máquinas habían sido recicladas como clubs de conciertos de música en directo. Aquella noche había una actuación en el patio central donde se proyectaban imágenes en tres dimensiones sobre la fachada del reloj.

Vidal había quedado con Noëlle y Karl, pero cuando llegamos, el patio del Kulturbraueri estaba lleno hasta los topes. Encontrarnos era imposible y me alegré. Tenía que concentrar todos mis esfuerzos en borrar la explosión de celos que me había puesto en ridículo esa mañana. Vidal caminaba delante de mí y, para evitar que aquella multitud de gente nos separase, me agarró de la mano. Avanzábamos a paso lento, hasta que fue imposible continuar caminando.

La música anunció el inicio del espectáculo. Vidal estaba justo detrás de mí y sentía el suave resoplido de su respiración. Delante de nosotros, la fachada adquiría vida y se convertía en un monstruo que avanzaba hacia la muchedumbre. El efecto visual era espectacular. El monstruo de piedra con un solo ojo se nos echaba encima. La gente se puso a gritar; Vidal me abrazó para protegerme del alud humano. Segundos más tarde, el monstruo volvió a fundirse con la fachada y una admiración colectiva nos hermanó. El pecho de Vidal apretaba mi

espalda, el latido de su corazón se fundía con el mío, aparecía un nudo en mi garganta que oprimía con más y más fuerza. Ante mis ojos, la fachada se congelaba hasta convertirse en una imagen de hielo. El color cambiaba: blanco, gris, ligeramente azul. En fracciones de segundo todo se resquebrajaba. Una telaraña concéntrica se hacía añicos en el muro y se deshacía ante la mirada atónita de los visitantes. Me sentía extraña, nerviosa, insegura, aquel abrazo de protección se había petrificado. La multitud de gente que nos rodeaba se relajó, pero nosotros no nos separamos. Las imágenes se encadenaban. La fachada se cubría de hiedra; crecía rápida y engullía a la piedra. Se abría un agujero y de él surgía un enjambre de mariposas que volaban entre nosotros. No era la belleza del espectáculo lo que me sobrepasaba. No era aquella admiración que todos compartían. El espectáculo real era un abrazo que no quería que terminase. Nunca he sido una pava romántica, más bien todo lo contrario, lo que apesta a sensiblería me pone nerviosa, y, sin embargo, sentir a Vidal tan cerca me hacía suspirar.

Las emociones estaban a flor de piel. El abrazo de Vidal era tan especial. Flotaba. La catarata que llenaba ahora la fachada se fundió de golpe para dar paso a la erupción de un volcán. El chasquido de llamas me hizo encoger los hombros y Vidal me susurró al oído: «¿Fantástico, verdad?». Sentir su aliento esparciéndose por mi nuca me puso la carne de gallina. Pletórica, explotaba por dentro. Confundida, pero feliz, quería quedarme allí, contemplando aquella fachada versátil, con los brazos de Vidal alrededor del cuello. Quería congelar el momento, pero el espectáculo llegó a su fin. El fuego del volcán se convirtió en una hoguera inmensa en el centro de la plaza. Los aplausos estallaron y Vidal deshizo el abrazo para aplaudir.

10. No busques más

Noëlle y Karl nos esperaban en la entrada de Soda, uno de los clubes musicales del Kulturbraueri. El local tenía seis pisos, y en cada piso, una música diferente. Pasamos del tecno, del hip-hop, del rock duro, de la música electrónica, de la salsa, y nos quedamos donde actuaba un grupo difícil de clasificar.

Sin tener tiempo para decir que no, Vidal me empujó a la pista. Bailé dejándome llevar por un ritmo que me salía de dentro. A pocos metros de donde estábamos nosotros, Noëlle bailaba con la fuerza de un huracán; con el cuerpo inclinado hacia delante, hacía girar la cabeza con movimientos circulares. La cabellera se desplegaba convertida en un molino de viento que giraba y giraba. A su alrededor se formó un corro de personas. Noëlle bailaba con una sensualidad que cortaba el aliento. Desde la barra, Karl observaba el espectáculo. Karl hablaba poco, afirmaba que el mundo estaba demasiado lleno de palabras inútiles como para añadir otras nuevas, y creía que era mejor pensar que hablar. Observaba, asimilaba, digería y elaboraba argumentos cargados de preguntas. Cinco minutos más tarde, un aplauso colectivo puso punto final a la actuación de la francesa.

La música me arrastraba hacia un abismo desconocido. Me soltaba. Miraba a Vidal. Volaba. No sé cuánto rato hacía que me movía, pero los músculos de mi cuerpo, poco acostumbrados a hacer ejercicio, empezaron a quejarse. Estaba agotada y para rehacerme fui a hacerle compañía al filósofo. En medio de la pista, Noëlle seducía a un berlinés de metro noventa que la miraba con ojos de deseo. La chica le repasaba el cuerpo con brazos y piernas como si fuese una anguila, el juego propició la proximidad y al momento la pareja se besaba sin dejar de bailar. Dejé de mirar a Noëlle para observar a Vidal. Mi amigo permanecía indiferente, no mostraba ni el más insignificante signo de celos, ni ningún tipo de inquietud ante el comportamiento de la francesa. Feliz al descubrir que Noëlle era una coleccionista de chicos y de que Vidal solo era uno más de su colección, vivía un pequeño momento de euforia que se cortó cuando le vi.

En el umbral del pasillo que daba a la entrada estaba Lucian Epstein, quieto, con un vaso en la mano. Se había cambiado las gafas

de pasta negra por unas de montura roja. Su presencia me puso nerviosa y, para sentirme más segura, me acerqué un poco más a Karl.

Intentaba no mirar al periodista, olvidar que estaba al otro lado de aquel mar de jóvenes. Quería ignorarle pero la incomodidad se convirtió en amenaza cuando él me descubrió. Una ola de pánico me hizo sentir atrapada. Quería desaparecer, hacerme invisible.

Cuando Lucian Epstein empezó a caminar hacia mí, el miedo me obligó a huir. No sabía adónde iba y me escabullí hacia el pasillo que llevaba a los lavabos. Dentro, había una chica que se maquillaba; yo me encerré en el váter. Veinte minutos más tarde, el móvil vibraba dentro de mi bolsillo. Vidal me preguntó dónde me había metido. Tragándome el miedo, salí. El pasillo estaba desierto. ¿Y si todo habían sido imaginaciones mías? ¿Y si el periodista no me había reconocido? ¿Y si no venía hacia mí?

Regresé a la sala decidida a decirle a Vidal que quería irme a casa. Había tenido suficientes emociones para un solo día. Vidal se mostró comprensivo y no intentó convencerme para quedarnos. Mientras él iba a decirle a Karl que nos íbamos, yo bajé hasta la entrada. Costaba moverse entre tanta gente, me abría paso a empujones, lo único que quería era salir de allí. De pronto, cuando estaba a punto de llegar a la calle, una mano me sujetó. Lucian Epstein estaba a mi lado y me miraba. Los músculos se me tensaron y mis pies se convirtieron en dos masas de plomo que se hundían en el suelo.

—Deja de buscar a Gertrud Grass —me dijo pegando sus labios a mi oreja—. Deja de buscar o te arrepentirás.

No tuve tiempo de decir nada porque él ya había desaparecido. Temblorosa, corrí hacia la salida y los tres minutos que tardó Vidal en aparecer se me hicieron eternos.

*****

Mi vida era un catálogo de emociones. Miles de preguntas emergían de pronto y no era posible encontrar la respuesta. Estaba colapsada. Seguí a Vidal hasta la parada del metro que tenía que llevarnos a casa. Él respetó mi silencio. Estaba sentado a mi lado sin decir nada, aunque me miraba a menudo. Nos detuvimos en estaciones de metro que pertenecían a la zona que había sido Berlín Oriental; durante veintiocho años se habían convertido en estaciones fantasmas y solo resucitaron después de la unificación. Aquella noche yo también me sentía una especie de fantasma y desde la oscuridad que se extendía más allá de la ventana, Gertrud Grass vino a visitarme.

*****

La noticia se difundió como la pólvora. La bomba estaba dentro de una cartera que había sido discretamente colocada en la sala de conferencias. La explosión destruyó parte de la sala, pero el Líder sobrevivió. Unas cuantas contusiones, los tímpanos perforados, poca cosa. Una gran derrota para quienes querían verle muerto. Un gran alivio para quienes le idolatraban. Para Gertrud, saber que el Líder seguía vivo fue un cubo de agua fría. Volvía el miedo, volvía la opresión, volvía el tormento. El intento de asesinato evidenció que la vida del Canciller colgaba de un hilo. Las medidas de seguridad se extremaron. La ilusión de libertad que había vivido duró poco. Al día siguiente les comunicaron que a partir de ese día se había terminado ir y venir del pueblo: vivirían en el barracón.

La bomba que tenía que liberarles del infierno convirtió su vida en un infierno todavía más intenso. El horror crecía y nada parecía poder detenerlo.

Las chicas estaban encerradas las veinticuatro horas del día. Después de cada comida la tensión de sentir que la muerte se acercaba le provocaba temblores. Vivía, pero estaba muerta. El atentado le robó lo poco que le quedaba. Echaba de menos la casa de su tía y la cama de su madre. Para poder sobrevivir, las jóvenes empezaron a hablar. Malvivían cerradas en un barracón de madera. Dormían amontonadas las unas con las otras y para sentirse menos solas hablaban de dónde venían, se contaban qué recordaban, y con la voz susurrante imaginaban un mundo que no tenían. Para poder continuar hacia delante, se aferraban al pasado y recordaban el tiempo en el que eran felices. Gertrud volvía a tener casa y contemplaba su jardín lleno de flores. Se inventaba la vida que habría tenido al lado de su marido si no hubiese estallado la maldita guerra. Y continuaba el sueño: tendría un hijo de pocos años y estaría embarazada del segundo. Haría tartas de crema; y cada tarde esperaría la llegada de su marido en el umbral de la puerta; y se besarían, y le contaría cómo había ido el día.

Gertrud se refugiaba en un mundo paralelo, la vida que podría haber sido y no fue porque la guerra se lo había llevado todo: su marido, su casa, sus proyectos, sus esperanzas, su vida entera. Confinada en aquel barracón, alimentándose de un plato de comida que podría ser el último, era una tortura que no podría soportar demasiado tiempo. De día tenía los nervios a flor de piel, ganas de llorar, de gritar, de dormir y no despertarse, ganas de que todo ese tormento pasase pronto. Y para no enloquecer, regresaba a su sueño y durante las noches se inventaba esa otra vida que le ayudaba a resistir.

Las noches eran el único refugio de las chicas, hasta que también se llenaron de terror… Una noche la puerta se abrió, la peste de alcohol llenó el aire, las risotadas de tres guardias rompieron el silencio. Caminaban por encima de ellas como si fuesen bestias. Escogieron a una, cualquiera de

ellas, no importaba cuál, y se la llevaron. Y las otras se quedaron tendidas en el suelo fingiendo dormir, inmóviles; el miedo las convertía en cadáveres.

A partir de aquel día se terminaron las charlas. Día sí, día no, entraban los guardias y elegían a una de ellas, hasta que le tocó a Gertrud… La arrastraron hasta donde el bosque se hacía más espeso y en unaclaro la tendieron en el suelo. Mientras dos de los guardias la sujetaban, el tercero se le tiraba encima. Gertrud cerraba los ojos y se esforzaba para ver el jardín lleno de flores y a un niño que jugaba sentado en el suelo y a su marido que regresaba del trabajo y le besaba los labios y le decía que estaba preciosa. Negaba el dolor, negaba el asco, negaba la humillación. No se rebelaba porque la rebeldía era inútil. Su cuerpo era un cadáver que no sentía. Y para conseguirlo no paraba de repetir: «Estoy muerta. Estoy muerta. Estoy muerta». El guardia forzaba a una mujer sin vida, porque la vida de verdad de Gertrud se acurrucaba en un rincón de su cerebro.

*****

No hablé en todo el trayecto y, cuando llegamos a casa, me metí en la cama con el deseo de dormir y ahuyentar el susto que me había dado Lucian Epstein. Cerraba los ojos y notaba sus dedos apretándome el brazo. Oía sus palabras esparciéndose por mi nuca.

Me desperté pasadas las cuatro de la madrugada, el miedo persistía y, dejándome llevar por un impulso irracional, me fui hasta la cama de Vidal. Mi amigo dormía plácidamente boca arriba, con la boca ligeramente abierta. Me tendí a su lado. Me abracé a él, que no se movió ni un milímetro. Notaba el ligero calor de su piel, y me dejaba acunar por el suave resoplido de su respiración. Minutos más tarde, la placidez era total y me dormí como una criatura.

Cuando me desperté, tenía el rostro de Vidal cerca del mío. Tenía los ojos abiertos. Sonreía.

—¡Buenos días! —exclamó al mismo tiempo que me apartaba un mechón de pelo.

—He tenido una pesadilla y me moría de miedo —le dije deshaciendo su abrazo y salté de la cama muerta de vergüenza.

—Espero haberte servido como tranquilizante —bromeó, al mismo tiempo que se sentaba en su cama y yo me apresuraba a subir las escaleras que me llevaban a la mía.

—Perdona —musité desde la altura del segundo piso.

—Hace muchos años que somos amigos, Sira. Cuando íbamos de colonias, ya dormíamos juntos.

No respondí. Era absurdo recordarle que cuando íbamos de colonias teníamos diez años.

11. Una sorpresa inesperada

Las palabras del periodista me habían metido el miedo en el cuerpo, pero no pensaba detenerme; todo lo contrario, la amenaza me animó a continuar buscando. Había ido a Berlín a cumplir la promesa que le había hecho a mi abuela: decirle a Gertrud Grass el mensaje que Dora me había dado para ella. No obstante, aquello que me empujaba de verdad era escuchar de primera mano una historia que me había conmovido. Conocer a Gertrud Grass se había convertido en una obsesión. Tenía la sensación de que perseguía a un fantasma, sabía que la tenía cerca, notaba su presencia, pero cada vez que estaba a punto de atraparla, ella se escapaba.

Aquella mañana, después de que Vidal se fuese a clase, me puse manos a la obra. Tenía un montón de centros geriátricos donde buscar. Visitarlos todos era un trabajo ingente, de modo que el primer paso fue llamar. Se suponía que si Gertrud Grass huía de la prensa y de todos aquellos que pretendían convertir su vida en material literario, lo más probable era que negasen que Gertrud Grass estuviese en el centro aunque así fuera. No obstante, pensé que un sexto sentido me ayudaría a comprobar cuál era el impacto que producía el nombre de Grass. Encontré a una Utte Grass, a una Hertra Grass y a un Kurt Grass. En la mayoría de las residencias me informaron de que no les constaba nadie con ese nombre. La respuesta no estaba en lo que decían, sino en la forma en la que lo hacían. Lo importante era la modulación de la voz, la entonación, la vacilación y los silencios. A menudo las mentiras van precedidas de un momento de indecisión, de un balbuceo imperceptible; por eso, si en la respuesta no se adivinaba nada sospechoso, tachaba el nombre del centro y pasaba al siguiente. No obstante, si detrás del nombre de Grass aparecía un breve silencio, o si por el contrario, afirmar que no había ninguna señora Grass era excesivamente rápido, entonces, el centro se convertía en sospechoso.

Los nombres de los geriátricos fueron desapareciendo bajo el color azul del rotulador. De todas las llamadas, únicamente cinco respuestas me parecieron sospechosas. Situé las cinco direcciones en el mapa, estudié el mejor modo de ir de una a otra. Aunque mi sentido de la orientación continuaba siendo tan malo como de costumbre, la ciudad

empezaba a resultarme familiar y podía moverme por Berlín sin perderme demasiadas veces.

Decidida a proseguir mi búsqueda, cuando estuve en la calle, el recuerdo de la voz de Epstein me mantuvo en un estado de alerta permanente. Miraba continuamente a ambos lados, y caminaba cada vez más deprisa, hasta que me eché a correr para ahuyentar aquella frase que amenazaba con paralizarme. Corría para encontrar a esa mujer que me había hecho viajar hasta Berlín.

*****

Corría, le dolían las piernas, le costaba respirar, pero no podía detenerse. «Más deprisa, corre más deprisa», se repetía Gertrud Grass, resoplando. Nunca había corrido tanto rato seguido, pero si quería escapar tenía que llegar a la estación de tren que estaba a más de cincuenta kilómetros del pueblo. Corrió y corrió hasta que el cuerpo no aguantó y se cayó al suelo. Entonces buscó un lugar donde resguardarse, dormir un poco, recuperar fuerzas y continuar.

Todo había sucedido muy deprisa. Hacía unas horas Gertrud había escuchado la conversación de dos oficiales cuando había ido al váter que tenían al lado del barracón. Más que un váter era un agujero en el suelo y unas maderas, rodeado de tres paredes, sin tejado ni puerta.

—Esto se ha terminado. No tiene ningún sentido continuar aquí. Si nos quedamos, nos matarán —decía uno de los oficiales con la voz asustada.

Gertrud tuvo la certeza de que se acercaba su final. Cuando entró en el barracón, se encontró con un oficial que hablaba con las chicas. Les decía que escucharían rumores, algunos les dirían que la guerra estaba perdida, pero no tenían que hacer ningún caso; el Líder se preparaba para atacar por sorpresa, dejaba avanzar a los enemigos para que tuviesen confianza, pero en el último momento les saltarían encima y los aplastaría como si fueran cucarachas. Su Líder ganaría la guerra y Europa entera sería alemana. Nadie dijo nada, nadie preguntó nada, pero cuando el oficial se marchó, Gertrud contó la conversación que había escuchado.

—Debemos irnos. Tenemos que escapar —sentenció Gertrud.

—Nada será peor de lo que tenemos —admitió una chica.

—Aquí estamos seguras —contradijo otra.

—Ganaremos la guerra y volveremos a casa —afirmó una tercera.

La mayoría de las jóvenes decidieron quedarse; solo Gertrud y tres más estaban dispuestas a huir.

Uno de los tablones del suelo del barracón no estaba bien clavado. Se habían dado cuenta de ello hacía meses, y cada vez que los nervios y el miedo las empujaban a escaparse, de forma casi instintiva, miraban aquel tablón. Ninguna chica lo había intentado; no era la posibilidad de que hubiese un guardia en el otro lado lo que las detenía, era el miedo que las

había hecho prisioneras de sí mismas.

Esperaron a que llegase la noche. No saldrían todas juntas, sino que lo harían de una en una cada veinte minutos. Gertrud se ofreció para ser la primera. Si conseguía escapar, daría coraje a las que esperaban. Pero si el guardia la detenía, entonces avisaría a las demás con un silbido potente.

Bajo los tablones de madera quedaban poco más de treinta centímetros, espacio suficiente para aislar el barracón de la humedad del suelo. Gertrud era lo bastante joven y delgada como para arrastrarse por un espacio tan minúsculo. De pronto no sintió miedo; si tenían que matarla, era preferible morir contemplando el cielo estampado de estrellas.

Gertrud se despidió de sus compañeras. No les dijo adónde iba, ni qué haría. Hablar poco salva a los desesperados. Se metió por el agujero, primero las piernas, después el cuerpo y la cabeza; como si fuese una serpiente se arrastraba en dirección a la parte posterior del barracón, lejos de la mirada de los vigilantes. Durante tres días no había dejado de llover y regueros de agua se filtraban por todas partes. El suelo estaba lleno de barro. Gertrud avanzaba en zigzag, de aquí para allá; el barro le ensuciaba el rostro y notaba el sabor de la tierra en el paladar y en la lengua. Cuando llegó al extremo del barracón, justo en el momento de asomarse, un ruido de pasos la alertó. Estática, convertida en piedra, se paró. Un par de botas sucias de barro se quedaron a pocos centímetros de ella. Asustada, permaneció inmóvil. No podía hacer nada más que esperar. Aquellas dos botas que le quedaban cerca de la nariz se separaron y un chorro de orina le salpicó en la cara. Cerró los ojos, se mordió el labio, dejó de respirar, se tragó el asco, y no se movió. Fueron unos pocos segundos que se convirtieron en siglos. Las botas del oficial se movieron un paso hacia atrás, giraron a la izquierda y se alejaron.

Esperó un par de minutos hasta estar convencida de que era seguro asomarse. Lo hizo, miró a derecha e izquierda. No había nadie. Salió y corrió, agachada, procurando no hacer ruido. Notaba las gotas de orina impregnadas en la piel.

Estaba oscuro, no había luna. Tenía que buscar el río, atravesar el puente, buscar la vía del tren y seguirla hasta llegar a la estación, a unos cincuenta kilómetros. Y allí estaría el tren que la llevaría a Berlín. Cuando llegó al río, se sacó el jersey, el vestido y las medias. Se sumergió en el agua helada. Solo un segundo, la cabeza dentro del agua, un segundo que no le dejó escuchar el disparo que provenía del barracón. La chica que intentaba escapar detrás de ella no había tenido suerte. Lavó el jersey, las medias, el vestido, los escurrió como pudo y se los volvió a poner, chorreando pero limpios, y a pesar del frío se sintió aliviada.

Corrió y corrió hasta que encontró la vía del tren y siguió corriendo hasta que tuvo que pararse a descansar. Aprovechó que había un paso debajo de la vía y allí encontró refugio. Por fin se sentía segura, se durmió enseguida. Los primeros rayos de sol la despertaron, y mientras se

concentraba para saber dónde estaba, el silbido del tren la hizo volver a la realidad. Salió de su escondite, y volvió a correr. Deprisa, cada vez más deprisa, hasta que divisó la estación. Quería creer que estaba a salvo.

*****

El pueblo donde había vivido mi abuela a las afueras de Berlín había quedado engullido por la ciudad. Tanto la casa como el jardín habían sido derruidos a finales de los años noventa y allí habían construido un polideportivo y un parque. En sus últimos meses de vida, mi abuela había vivido prisionera de su demencia. Dentro de su cabeza se mezclaban los recuerdos y la ficción. Durante el último verano de su vida, revivió una por una las ocho noches que había atravesado el jardín a oscuras. Había aprendido a caminar con pasos cortos para no tropezar. Llevaba una fiambrera con la comida que robaba de la cocina, y cuando llegaba a la puerta que conducía al sótano se sacaba la llave del zapato, la metía en la cerradura y abría con esa lentitud con la que se hacen las cosas importantes. A continuación, bajaba las escaleras que conducían al sótano ansiosa por sumergirse en una historia que no le pertenecía. Noche tras noche, Dora se apropió del secreto de Gertrud y lo convirtió en su secreto.

*****

La visita a los cinco geriátricos había sido en vano. La respuesta siempre era la misma. No había ninguna señora Grass en el centro, y ningún indicio mostraba que escondiesen nada.

Durante más de siete horas había ido de aquí para allá. A medida que pasaba el tiempo, el miedo de encontrarme con el periodista fue disminuyendo. Ya no le veía en cada esquina, ya no tenía la sensación de que me seguía. Mucho más relajada, intentaba concentrarme en cómo regresar a Libauer cuando una llamada de Vidal me hizo cambiar de planes.

*****

Llegar a la Puerta de Brandemburgo fue relativamente fácil. Y tal y como me había dicho Vidal, me dirigí a la entrada del parque. Él estaba allí, apoyado en el tronco de un roble, esperándome.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó.

—Nada de nada —le respondí, sin esconder mi decepción y él me dio un golpecito afectuoso en el hombro.

Vidal se callaba cuando yo necesitaba silencio, preguntaba cuando

yo ardía en deseos de hablar, y cuando era él quien hablaba siempre estaba atento por si a mí me interesaba lo que decía. Me daba la sensación de que no nos habíamos separado nunca, de que estábamos tan unidos como lo estábamos cuando teníamos diez años, a su lado me sentía yo misma.

—Había pensado dar una vuelta por el parque. ¿Te apetece? —propuso señalando el montón de bicicletas que podían alquilarse.

Hacía tres años que no me montaba en bicicleta. La había apartado cuando la adolescencia me hizo rechazar todo lo que asociaba con la infancia. Aunque había sido un día agotador, la idea de dar un paseo por el parque era una solución perfecta para relajarme.

El Tiergarten era un pulmón que latía demorando el ritmo de la ciudad. Adentrarse en sus caminos y detenerse en los pequeños lagos, escuchar a los pájaros y ver correr conejos y ardillas era vivir inmerso en plena naturaleza.

Vidal pedaleaba a mi lado. Echaba de menos su voz y le pedí que me contase todo lo que sabía del parque. No se hizo de rogar.

—Tiergarten quiere decir «El jardín de los animales»; es el mayor parque de Berlín y uno de los más grandes de toda Alemania —se calló para observar una pequeña ardilla que corría por encima de una rama y cuando desapareció entre el follaje continuó—: Al principio era un espacio de caza restringida a unos cuantos, pero un par de siglos después el rey de Prusia decidió convertir este bosque en un parque para todos los ciudadanos. Pusieron laberintos, esculturas, y se convirtió en el parque por excelencia de la ciudad. Después de la Segunda Guerra Mundial, el parque quedó reducido a cenizas. He visto algunas fotos y la verdad es que da lástima. De los más de doscientos mil árboles que había, solo sobrevivieron setecientos. Las esculturas, los puentes y los jardines también desaparecieron.

—Y entonces volvieron a plantar árboles —concluí yo.

—No exactamente. Después de la guerra, el parque fue un huerto enorme que sirvió para alimentar a los berlineses. No fue hasta cuatro años más tarde cuando el alcalde de la ciudad inició los planes de reconstrucción y plantaron el primer árbol. Hubo donaciones de árboles de toda Alemania y en poco más de diez años volvió a ser tan verde como era.

—Las cosas se destruyen, desaparecen, y después vuelven a empezar —dije, y al momento me di cuenta del tono excesivamente solemne de mi afirmación.

—La historia es cíclica, después de la destrucción siempre viene la reconstrucción.

Aquel paseo actuó como un bálsamo. No sé si era el paisaje, la bicicleta o las palabras de Vidal, pero me sentía llena de energía. Pedalear al lado de mi amigo me hacía volver atrás. Volvía a tener

diez años, y me sentía tan cerca de él como nunca lo había estado de nadie más. Me daba miedo dar un nuevo paso y destruir nuestra amistad.

—¡Mira! —me dijo Vidal señalando lo que a mí me pareció un perro pequeño de color canela—. ¡Un zorro!

—¡Vigila! —le grité al darme cuenta de que estaba a punto de atropellar a un par de ardillas que se habían parado justo en medio del camino.

Vidal giró el manillar, frenó en seco, la bicicleta derrapó y se cayó al suelo tan largo como era. Mi grito provocó que las ardillas huyesen asustadas a refugiarse en el espeso ramaje de un roble.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —le pregunté al mismo tiempo que corría a su lado.

—No pasa nada—me dijo con el tono calmado de siempre.

Pero sí pasaba, se había hecho una herida en el brazo derecho.

—No es nada —repitió otra vez y se levantó para comprobar que la bicicleta estaba intacta.

—Vámonos —me dijo después de sacudirse la arena que tenía en el brazo.

—Será mejor que te limpie la herida.

Saqué la botella de agua del bolso, le sujeté el brazo y fui echando el agua lentamente.

Vidal se miraba la herida. El agua caía al suelo, su cabeza estaba cerca de la mía.

—¿Quieres ser enfermera? —me preguntó con una sonrisa burlona —. Lo haces muy bien.

No respondí, levanté la cabeza y le miré. Notaba su aliento, olía el aroma del café. Nuestros labios se acercaron, casi se tocaban, se abrían lentamente. La mirada del uno se fundía en la mirada del otro. Un beso, el primero de todos, se acercaba, sigiloso. Solo faltaba un segundo, cuando la voz melosa de Nora Jones emergió del fondo de mi bolso y me maldije por no haber apagado el teléfono.

—Será mejor que contestes —me dijo Vidal acariciándome el pelo —. Quizás es importante.

El móvil estaba perdido en medio de un montón de cosas inútiles; mi mano, temblorosa, se sumergió en el interior del bolso. Estaba convencida de que la llamada era de Lady Macbeth. Cuando tuve el móvil en la palma de mi mano, dejó de sonar.

Escuché el mensaje sin demasiado interés y, entonces, la voz de Álex se me echó encima por sorpresa.

«¡Hola, preciosa! Estoy en Berlín. ¿Se puede saber dónde estás? He ido a todos los albergues de la ciudad y no te he encontrado».

Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo, el vello se me erizó y se hizo el silencio.

«A partir de las cinco estaré en la Alexanderplatz. Debajo del reloj. Te esperaré. Si no vienes lo entenderé. Me lo merezco, por estúpido e idiota».

Si me hubiesen pinchado, no me habrían sacado ni una sola gota de sangre. ¿Qué hacía Álex en Berlín? ¿Por qué demonios había venido a verme? ¿Qué quería?

—¿Qué pasa, Sira? —me preguntó Vidal al darse cuenta de mi expresión de perplejidad.

—Álex está en Berlín —le dije casi sin voz—. Quiere verme.

Vidal se tocó la herida con la palma de la mano. No dijo nada.

12. Entre dos mundos

Si diez días atrás me hubiesen jurado que Álex tomaría un avión para venir a verme, me habría entrado la risa. Mi ex novio afirmaba con una ironía insultante que las chicas son como las olas del mar, que no es necesario preocuparse por ellas, que después de una siempre llega otra, y lo peor del caso era que tenía razón. A su pelo negro y rizado, sus ojos de color verde miel, su piel tostada, sus labios carnosos, sus hombros anchos y su cuerpo atlético que se había fortalecido jugando al baloncesto, había que añadirles una voz grave y una facilidad de palabra que le convertían en el ídolo de las chicas.

Salí de la estación de metro de Alexanderplatz a las cinco y diez. En el cielo lucía un sol apagado que quedaba escondido tras una niebla espesa. No había ni rastro de Álex. Deambulé por aquella plaza extraña y desdibujada, con tranvías y edificios que salían de aquí y de allí. Más que una plaza era un desastre. El Reloj Mundial y la Torre de la Televisión, justo detrás de la estación del tren, habían sido los símbolos del Berlín Oriental. El reloj era una representación simbólica del mundo, un prisma de veinticuatro lados con las veinticuatro zonas horarias del mundo. Elevado del suelo por una columna de piedra de casi tres metros, en la parte central del prisma giraba un cilindro que permitía leer la hora de cualquier ciudad del mundo. Justo encima del reloj había una representación simplificada del sistema solar con los planetas que giraban en sus órbitas. De lejos, el reloj me pareció una seta cilíndrica que actuaba como un imán de aquella multitud de turistas que se obstinaban en fotografiarse allí.

Durante tres décadas, Alexanderplatz había sido el centro neurálgico del Berlín Este y la plaza Alex, como la llamaban los berlineses, el punto exacto donde se gestó la unificación de ambas ciudades. Fue el 4 de noviembre de 1989 cuando medio millón de personas se manifestaron contra el Gobierno comunista y, cinco días más tarde, se anunció la libertad para cruzar de un lado a otro. La caída del muro unió a dos ciudades, tan cercanas como antagónicas.

*****

Hacía un cuarto de hora que esperaba cuando él apareció. Caminaba tranquilo y en cuanto me vio levantó el brazo. Los rizos le caían sobre la frente y estaba más moreno que días atrás. Se había puesto la camiseta morada que le regalé por su cumpleaños y unos tejanos rotos que habíamos comprado juntos. Sus pasos se hicieron cada vez más largos hasta que llegó delante de mí.

—Hola, preciosa —me dijo con aquella confianza y aquella serenidad con las que lo hacía todo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté incapaz de disimular mi sorpresa.

—Quiero estar contigo —me respondió—. ¿No era lo que tú querías? Pues ya estamos aquí. ¡Los dos en Berlín para hablar con no sé qué amigo de tu abuela!

Mantuve la calma. Si me soltaba y estallaba en uno de mis ataques de vehemencia, diría lo que no quería decir y entonces sería imposible dar marcha atrás. Me callé. A veces, un silencio es más elocuente que mil palabras. Aquellos ojos inmensos que me habían hecho suspirar durante meses me miraban con una ternura que nunca había visto antes.

—Me equivoqué, Sira. Lo siento. Ya sabes que cuando las cosas no salen como yo quiero enseguida me cabreo.

¡Claro que lo sabía! Era de los que, después de pelearse con su novia, se buscaba a otra. Era de los que siempre quieren tener la razón. Era de aquellos que nunca han perdido nada, y que en vez de superar la contrariedad y la frustración, se enfadan, dan patadas y culpan a los demás.

—Estoy aquí para pedirte perdón —me dijo agarrándome por los hombros y, acto seguido, añadió—: Necesito que me perdones.

—No hay nada que perdonar —le respondí con una serenidad que me sorprendió incluso a mí—. Tenías todo el derecho a no querer venir.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Sira. Por eso he venido, para decirte que no quiero perderte, que eres la mujer de mi vida, que no puedo vivir sin ti.

—¡Por favor, Álex! —exclamé horrorizada por aquel alud de frases edulcoradas dignas de la novela romántica más cursi.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas? —me preguntó tomando mis manos.

Con mucho gusto le habría mandado a la porra, le habría dicho que llegaba demasiado tarde, que me había colgado de Vidal, que volviese a su casa con la pelirroja y que me dejase en paz. Pero Álex había viajado casi dos mil kilómetros para decirme que me amaba y dejé que se acercase, que me abrazase, que me besase mientras repetía que me quería. Me sentía atrapada justo en el centro de dos mundos

que era incapaz de reconciliar.

*****

Álex era perfecto y, lo que es peor, él lo sabía. Durante todo un año lo había admirado en silencio y cada vez que él, el chico más popular del instituto, me dirigía la palabra, yo me resistía a admitir que sus encantos también me habían atrapado. Me había negado a acompañar a Daniela a ver los partidos de baloncesto, donde él era la estrella. Contemplaba con estupefacción la horterada de llenar libretas enteras con corazones rojos con el nombre de Daniela y de Álex enlazados. Fue inútil decirle a mi amiga que aquella obsesión no la llevaba a ninguna parte, que por mucho que insistiera Álex nunca se fijaría en ella. Daniela es una cabezota, y cuando se le mete algo en la cabeza no para hasta conseguirlo. No servía de nada repetir que era absurdo alimentar un amor que no llevaba a ninguna parte. Todos los sermones que le soltaba a Daniela me los repetía a mí misma, y me mantenían alejada de Álex Giró.

Las pocas veces que el azar hizo que él me dirigiese la palabra, yo contestaba con indiferencia y sarcasmo. Álex estaba acostumbrado a que las chicas le persiguieran. No se le había resistido ni una; la que quería, la tenía. Fue aquel aparente menosprecio y mi evidente pasotismo lo que le activó las ansias de conquista. El hecho de conquistar le entusiasmó tanto que se dedicó a ello en cuerpo y alma. Me llamaba a mi casa, me esperaba a la salida del instituto, me enviaba cartas, me dedicaba partidos. En conclusión, Álex Giró me iba detrás como un perro tras una salchicha y Daniela no se lo creía. Cuanto más insistía él, más lo esquivaba yo y, sorprendentemente, cuanto más lo rechazaba, más se entusiasmaba.

Los celos de Daniela crecían como una bola de nieve que rueda montaña abajo. En tres semanas, pasó de ser mi mejor amiga a ser mi mayor enemiga. Me odiaba con todas sus variantes, y lo dejó superclaro el día en que, delante de toda la clase, gritó que yo era una ladrona y una mala pécora. Los celos la convirtieron en otra persona; me criticaba, me daba la espalda, me culpaba de su desgracia, me acusaba de haber traicionado una amistad que venía desde el jardín de infancia.

La mente humana es compleja por naturaleza y Daniela me hirió en lo más íntimo cuando me dijo que yo no era nadie para salir con Álex Giró. «No te lo mereces», me soltó una mañana que coincidimos en el lavabo. Y fueron precisamente esas palabras las que me empujaron a ceder ante Álex. Horas más tarde, cuando él me envió un mensaje invitándome a ir a una fiesta, yo dejé de resistirme. Mientras bailábamos me dio el primer beso, y a partir de aquel día me paseó

como un trofeo.

Daniela ni me hablaba, ni me miraba, para ella había dejado de existir. Aunque intenté reconciliarme, me echó todo su rencor encima diciendo que para ella yo había muerto. Dos no se reconcilian si uno no quiere, y para Daniela yo ya no existía. La relación con Álex crecía día a día, y cuando vino a mi casa y conoció a mamá, no disimuló su fascinación por el mundo de la farándula. A partir de aquel momento, se enamoró un poco más de mí.

Salir con Álex hizo que dejase de ser una chica invisible para ser una de las chicas más populares del instituto. Cuanto más lo conocía, más me gustaba; y a pesar de que a mí el deporte y el teatro —sus grandes pasiones— me son bastante indiferentes, me esforcé en aprenderme los nombres de los jugadores de baloncesto, el apellido de los mejores motoristas y en estar al día de todas las obras de teatro que se estrenaban en la ciudad. Toda esta información me era útil para poder mantener largas conversaciones.

Después de las primeras semanas de descubrimiento y enamoramiento, empecé a preguntarme si Álex estaba enamorado de mí o de su esfuerzo para conquistarme; si le gustaba tanto venir a mi casa para estar conmigo o para compartir el rato con mamá y sus amigos. Era un poco confuso, y para evitar un ataque de humillación no hice nada por descubrirlo. Vivía el ahora y el aquí.

Tengo que decir que salir con Álex fue toda una experiencia. Era afectuoso y encantador, y hasta entrar en el tercer mes de salir juntos no abrí los ojos y comprendí que Álex era un experto manipulador. Acostumbrado a cumplir todos sus deseos, tenía una habilidad innata para conseguir lo que quería sin que el otro se diese cuenta. Las veces que no lo conseguía había discusión y entonces era yo quien cedía para evitar que el conflicto se hiciera mayor. Podríamos decir que todo iba bien, porque yo me resistía a que fuese mal. Me había quedado prisionera de su magnetismo. Reencontrar a Vidal había cambiado las cosas, o eso era exactamente lo que quería creer cuando Álex llamó anunciando que estaba en Berlín.

*****

Paseamos hasta una plaza donde el agua brotaba directamente del suelo, pero poco nos importaba el paisaje y la gente. Álex hablaba sin parar y yo me limitaba a escucharle. No porque yo fuera poco parlanchina, sino porque me había dado cuenta de que, cada vez que hablaba de lo que me interesaba—del libro que leía, de la indignación que me provocaba la situación política, de la película que había visto —, él no me escuchaba. El exceso de egocentrismo de mi madre había provocado que tanto mi hermano como yo desarrollásemos una

empatía extrema y, cuando me percataba de que mi discurso resultaba indiferente, me callaba. No tiene ningún sentido hablar por hablar. Quizás Álex sí me quería, pero estaba convencida de que a quien quería por encima de todo y de todos era a sí mismo. Afectuoso, amable y encantador, me explicaba con todo detalle las jugadas del partido de baloncesto y yo fingía un interés que no tenía. Sin embargo, aquella tarde todo era diferente, y mientras deambulábamos por una ciudad desconocida, rodeados de agua y turistas nos sentíamos supervivientes de un naufragio.

Inmensamente confusa, caminaba sobre la cuerda floja y bajo mis pies había un mar de tiburones.

No es mi estilo jugar a dos bandas. Tenía que sincerarme y hablar de Vidal. Mientras pensaba en la mejor manera de hacerlo, me preguntaba si el rey de la pista de baloncesto se tomaría bien que le dijese que me había colgado de un viejo amigo. Tenía la primera frase en la punta de la lengua. Las palabras se movían inquietas. A medida que pasaba el rato, a medida que Álex se mostraba más cercano, cada vez que me repetía cómo me había echado de menos, yo me quedaba sin argumentos y reculaba. Quizás la mejor manera de sincerarme era empezar por un ataque. Estaba a punto de hablar de la pelirroja cuando él dijo:

—He salido con muchas chicas en mi vida, y puedo jurarte que a ninguna la he querido tanto como a ti.

A pesar de la cursilada de la declaración, me halagó. Las dudas y las preguntas empezaron a agobiarme. Realmente, ¿estaba convencida de dar por terminada una relación de seis meses por una ilusión? No podía pasar por alto que Álex había hecho un viaje tan largo solo para decirme que me quería. Aquel gesto me había llegado al corazón.

En un momento de la conversación, Álex soltó que había comido con Lady Macbeth. Sin que fuese necesario preguntarlo, descubrí que aquel encuentro que tanto me había preocupado tenía un único propósito: descubrir dónde me alojaba.

Las reconciliaciones pueden ser tan o más intensas que las peleas. Acababa de aceptar que Vidal me gustaba mucho más que un amigo, pero el gesto lleno de amor de Álex me hacía dudar. No tenía sentido engañarme a mí misma. Lo acepté. Lo que había afirmado que era imposible me había pasado a mí: estaba colgada de los dos.

Fueron dos horas de pasear y hablar. Cuando Álex me preguntó en qué hotel me alojaba, me dije que era el momento de poner las cartas sobre la mesa. No existe mejor defensa que un ataque y le solté que estaba informada de su rollo con la pelirroja. No lo negó. Se justificó diciendo que era la chica quien le perseguía, se le tiraba encima, y el exceso de apego de la pelirroja había acelerado su decisión de volar hacia Berlín.

*****

Caminaba por encima de un campo de minas y a mi alrededor todo se derrumbaba. Intentaba aclararme; pero tenía la sensación de que estaba dentro de un laberinto sin salida. Estábamos a punto de atravesar la manzana de los museos y nos encaminábamos hacia el puente cuando Álex propuso ir al hotel a sellar nuestra reconciliación. Me resistía a lanzarme al vacío. Las nubes cada vez eran más oscuras y la amenaza de lluvia fue una excusa perfecta para entrar en el Pérgamo. Vidal me había hablado apasionado de las maravillas que había en aquel museo. Mi amigo había descrito con entusiasmo la Puerta de Ishtar y el Altar de Zeus. Cerrar los ojos y escucharle era disfrutar del lugar sin estar en él. Vidal no solo tenía facilidad de palabra, sino que contagiaba su entusiasmo y la pasión con la que lo vivía todo.

En el momento de encaminarnos hacia la entrada del museo, la voz de Vidal se hizo presente y regresó el instante que había quedado interrumpido con la llamada de Álex. Pensaba en Vidal, pero delante de mí Álex me miraba con una sonrisa encantadora y me acariciaba el rostro.

—¡Vamos! —me dijo tomándome del hombro, y yo le seguí con la mente repleta de sentimientos contradictorios.

Desconocía la vertiente generosa y romántica de aquel chico que había centrado su vida en el deporte, la diversión y las chicas. Me dejaba llevar por sus palabras, y sobre nosotros las nubes cada vez eran más oscuras. Justo en el momento de entrar en el museo empezó a llover.

Fue una gran experiencia contemplar las murallas de Babilonia, el azul del lapislázuli de la pared; los leones, caballos y otros animales que decoraban la fachada me decían que me decidiera. Álex iba detrás de mí, escuchando mis explicaciones, fingiendo que le interesaba lo que le decía, cuando era evidente que lo único que le interesaba de aquel museo era yo. Afuera, la lluvia cada vez era más intensa y las gotas repiqueteaban contra la claraboya que daba luz natural a la sala donde estaba el Altar de Zeus de Pérgamo.

Contemplar aquel tesoro cortaba el aliento. El edificio era bastante más impresionante de como me lo imaginaba. Las escaleras medían unos veinte metros de ancho y más de treinta de altura. Los visitantes se encaramaban hasta la hilera de columnas. Nos sentamos en lo alto. Yo me entretenía mirando a la gente mientras Álex hacía planes sobre lo que podíamos hacer esa noche. No le escuchaba. Necesitaba tiempo para asimilar lo que había pasado en tan poco tiempo. Él me acariciaba la espalda y me miraba, absorto. Notaba el tacto suave de su mano recorriéndome la espalda. A ambos lados, la gente subía,

bajaba, sacaba fotografías. Su mano llegó a la altura de mi nuca y sus dedos jugaron con mi pelo. Sus labios se pusieron encima de los míos y se fundieron en un beso. Cerré los ojos para saborear y ahuyentar la confusión. No sé cuánto rato duró, pero cuando abrí los ojos, en medio de la muchedumbre, justo al principio de la escalera, estaba Vidal.

Decenas de personas pasaban arriba y abajo sin detenerse. No estaba segura de que él me hubiese visto. Una nueva riada de turistas entró en la sala y Vidal quedó engullido por el gentío. Cuando intenté localizarle, él ya no estaba.

—¿Nos vamos? —me dijo Álex acariciándome el rostro.

13. La huida

El filósofo de Libauer dormía en el sofá de la sala. Llevaba las gafas puestas, un libro descansaba sobre su pecho y la lámpara de pie le enfocaba el rostro. Karl tenía la boca abierta y soltaba unos ronquidos que hacían retumbar las paredes. Cerca del sofá, una docena de latas de cerveza descansaban dispuestas en orden meticuloso al lado de un montón de libros que se alzaban más de tres palmos del suelo.

Faltaban pocos minutos para la una de la madrugada y tenía prisa por despertar a Vidal. Cuando pasé por delante de la habitación de Noëlle, una sinfonía de risas me hizo suponer que la francesa llenaba la noche con una nueva conquista. Una vez más me pregunté cómo lo hacía para ir de un chico a otro, ¿cómo era posible vivir el ahora y el aquí con tanta alegría? No era un buen momento para preguntarme nada y menos aún para intentar responderme. Un único propósito me empujaba: hablar con mi amigo.

Las sombras llenaban la habitación convirtiéndola en un lugar siniestro. Dejé que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad y mientras pensaba cuál sería la mejor manera de despertarle, me acerqué a su cama. Me extrañó no escuchar el sonido acompasado de su respiración. Lentamente, distinguí el perfil del sofá que había quedado desplegado de forma permanente. Las sábanas arrugadas, la almohada mal puesta, pero Vidal no estaba en su cama. Me apresuré a encender la luz y subí las escaleras para comprobar que no durmiese en la mía. Pero tampoco estaba.

La inquietud por saber dónde estaba Vidal se esfumó de golpe cuando un presentimiento hizo acto de presencia. De pronto, las risas que salían de la habitación de Noëlle tenían nombre y apellido.

La rabia y la impotencia me cayeron encima. No quería pensar en Vidal, ni tampoco quería pensar en Álex, y me negaba a aceptar que no podía hacer nada. Gotas de lluvia repiqueteaban en los cristales de la ventana, un tam-tam repetitivo que se convertía en melodía. Dejé que Gertrud Grass abriese la puerta y viniese a visitarme.

*****

El agotamiento y el agua helada del río la habían vencido. Hervía de fiebre. Un dolor profundo se le había instalado en el pecho. Le costaba respirar, pero no podía dejar de correr. El ferrocarril estaba allí, esperándola, a punto para devolverla a su casa.

El tren iba lleno hasta los topes. La guerra estaba a punto de concluir. Soldados soviéticos vagaban por los alrededores. Gertrud se mezcló entre la muchedumbre, se dejó llevar y subió al tren. La multitud se movía lentamente. Empujada por los demás, avanzó hasta quedar atascada al lado de un hombre con maletín negro y gafas; pasaba de los cincuenta, y el pelo le clareaba. El hombre y la chica no cruzaron ni una sola palabra, pero su sonrisa cálida provocó que estando a su lado se sintiese segura. Gertrud respiró hondo mientras se repetía que tenía que estar contenta. Por fin se había terminado el tormento. Regresaba a Berlín.

Los alemanes habían perdido la guerra. Los Aliados se apropiaban del país, entraban en ciudades y pueblos, instauraban un nuevo orden y escribían el final de un tramo de la historia. Se escribirían libros, se harían documentales, hablarían de ello en las escuelas, pero nada podría mostrar el dolor de tanta gente anónima que continuaría viviendo con una herida justo en el centro del corazón.

Aquella mañana, lo único que quería Gertrud era olvidar, borrar todo lo que había pasado, cerrar los ojos y estar en otra parte. La chica se dejaba llevar por el suave balanceo del tren. El dolor de cabeza la obligaba a cerrar los ojos, un intenso mareo apareció de pronto y le hizo perder el sentido. Su cuerpo se quedó sostenido en medio de la muchedumbre. Su cabeza se apoyó sobre el pecho del hombre con gafas y maletín.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¡Señorita! —exclamó el hombre y, cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ordenó—: ¡Por favor, déjenos espacio! ¡Por favor, apártense! ¡La chica necesita aire! ¡Dejen espacio! —ordenaba y movía el brazo que le quedaba libre a derecha e izquierda.

El hombre no perdió la calma.

—¿Ha muerto? —preguntó una mujer con ojos de ratón.

—No, señora. Solo se ha desmayado.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Soy médico, señora —respondió, mientras con un gesto la obligaba a recular.

Todo el mundo se apretó un poco más y dejaron suficiente espacio para poder tenderla en el suelo. Le levantaron las piernas para que la sangre llegase al cerebro. El médico le tomó el pulso, le dio unos ligeros golpecitos en la mejilla y examinó dentro de su maletín para buscar algún medicamento. La joven volvió en sí. Ante la desgracia ajena, la generosidad aparece de forma espontánea y, al momento, un par de mujeres le cedieron su asiento.

El dolor de cabeza era más intenso. La fiebre aumentaba y el pasado se obstinaba a mantenerse en el presente. Gertrud no podía soportar aquel

montón de miradas que la escrutaban. Cerró los ojos para sentirse segura en la oscuridad. El ligero traqueteo del tren y las ganas de hacerse invisible la adormecieron. Regresó el sueño que la atormentaba desde hacía semanas. El mismo sueño que la perseguiría durante años. Volvía a estar en el barracón, delante de ella había una chica joven, casi una niña, tenía la piel blanca como un sorbo de leche y miraba fijamente el plato humeante. Asía la cuchara y comía con lentitud, levantaba la mirada y sonreía. La blancura de aquella piel de cera, poco a poco, adoptaba una tonalidad oscura. Sus ojos se enturbiaban, no miraban y caían de las cuencas de los ojos. Los dientes se hacían añicos como si fuesen de yeso. Lentamente, aquel rostro infantil y perfecto se descomponía hasta no quedar nada. La chica virginal se convertía en una calavera que le sonreía. El asco y el horror le aceleraban el latido del corazón. No era solo una pesadilla, en aquella imagen se condensaba el recuerdo de un horror que la perseguiría tota la vida.

Días más tarde supo que justo en el momento en que ella subía al tren, las tropas soviéticas arrasaban la guarida del Líder. Las súplicas de las chicas no sirvieron de nada. No escucharon sus gritos. No atendieron a sus explicaciones. Las chicas lloraban y gritaban hasta que una descarga de balas las hizo enmudecer. El suelo quedó teñido de sangre. Gertrud viajaba en un tren lleno de gente mientras los cuerpos de diez chicas yacían sin vida.

Cuando llegó a Berlín, Gertrud desvariaba. El hombre de las gafas y el maletín la llevó al hospital. Estuvo a su lado hasta que la fiebre cedió, pero el miedo contra el cual Gertrud luchaba crecía sin parar. Era imprescindible que comiese para recuperar fuerzas, pero no podía comer. El horror le cerraba la boca, le provocaba un nudo en la garganta y su estómago se contraía. Aquel miedo denso y maloliente se le adhería a la piel y no la dejaba vivir. Las preguntas se amontonaban: ¿y si la buscaban?, ¿y si la acusaban de haber colaborado?… Tenía que huir y esconderse. El tercer día de estar en el hospital aprovechó un momento que estaba sola para huir. No llegó demasiado lejos. El médico le siguió los pasos y la encontró sentada en medio de la nada contemplando una ciudad que muy pronto no existiría.

—Estoy bien —dijo Gertrud incapaz de mirarle a los ojos—. No quiero estar en el hospital.

Fue inútil tratar de convencerla de lo contrario. El pánico a ser descubierta la empujaba a huir. Un pánico que se esparcía por todos los poros de su piel y que no podía combatirse con descanso y medicinas. Lo único que podía curarla era el olvido, y por años que pasasen nunca podría olvidar.

—Si necesitas algo, aquí tienes mi dirección —le dijo el médico después de escribir el nombre del pueblo y la calle en un trozo de papel, y añadió —: Ven cuando quieras.

Gertrud deambuló por una ciudad en ruinas que en pocos días se convertiría en un escombro total. El miedo crecía. Imposible decir a nadie que había estado tan cerca del Líder. Evitó ir al barrio donde había estado su casa. Se esforzaba por borrar el recuerdo del desastre recordando el patio lleno de flores y el griterío de los niños jugando en la calle. Era libre, pero estaba muerta.

*****

Quizás me despertaron la lluvia y el viento, que aullaba impaciente, o quizás fue el golpe brusco de la puerta de la calle que se extendió por toda la casa; el caso es que abrí los ojos a las ocho de la mañana. Llovía. Un día gris y aletargado acompañaba mi tristeza. Me estiré como un gato, todos los músculos de mi cuerpo se despertaron al mismo tiempo que lo hacía mi cerebro. Con mucho gusto habría seguido durmiendo, pero el ruido de la cocina me alertó. ¿Y si era Vidal? Él se levantaba a las ocho y tenía el tiempo justo para desayunar e ir a la escuela de idiomas. Me puse una camiseta limpia, me recogí el pelo en un moño y me perfilé una raya negra debajo de los ojos. Era urgente hablar con mi amigo, pero quería hacerlo con un aspecto inmejorable.

En la cocina había un tipo de metro noventa con la cabeza rapada y un código de barras tatuado en la nuca. Cuando entré, estaba frente a él la máquina de café. El chico no correspondió a mis buenos días, pero cuando me vio, me ofreció una taza de café humeante y señaló unos gofres que goteaban chocolate. Me bebí el café en un par de sorbos; el gofre se quedó intacto. Aquel desconocido comía a una velocidad sorprendente y en pocos minutos se zampó todo lo que tenía en el plato. Primero pensé que aquel gigante era amigo de Karl. Era tan alto como él, tan grande como él y tenía los ojos aún más azules que él. Hablaba por los codos, y a pesar de su aspecto feroz, la entonación de las palabras y la mirada plácida le convertían en un ser agradable. Me explicó que se había acostumbrado a comer gofres el año que vivió en Bruselas, que era compañero de Noëlle en la facultad, y antes de irse me pidió que le despidiera de la francesa. El alivio al descubrir que no era Vidal quien había pasado la noche con Noëlle dio paso a la incertidumbre. ¿Dónde demonios se había metido Vidal? Sin tener tiempo para pensar, cliqué su número de móvil buscando una respuesta. Saltó el contestador.

—Vidal, ¿dónde estás? Tenemos que hablar —y después de una ligera pausa, añadí—: Volveré a llamarte.

Para evitar ponerme más nerviosa de lo que estaba, empecé a ordenar la cocina. Un montón de platos se acumulaban en la pila y uno por uno los puse en el lavaplatos, pasé la bayeta por el mármol y

coloqué todo lo que había esparcido por encima de la mesa en su sitio.

Karl apareció en la cocina despeinado y con los ojos llenos de legañas. Sin decir nada, buscó un plato, se sirvió un café y se comió el gofre que quedaba.

—¿Te ha dicho algo Vidal? —le pregunté sin disimular mi angustia —. ¿Sabes dónde está?

—No tengo ni idea —me dijo encogiéndose de hombros y, acto seguido, lamió la gota de chocolate que le caía por la comisura del labio.

—No ha dormido aquí. Le llamo al móvil y no me contesta.

—Vidal es un hombre libre —me dijo con aquella parsimonia con la que lo hacía todo—. La verdadera libertad consiste en hacer lo que se tiene que hacer, es lo que decía Montesquieu.

Me callé, no me apetecía empezar una de aquellas conversaciones filosóficas llenas de citas que avanzaban en círculo sin llegar a ninguna parte. El filósofo de Libauer estaba por tercera vez en el último curso de carrera y preparaba un estudio donde ponía en evidencia las contradicciones del existencialismo. Aceptar a Noëlle para compartir piso tenía mucho que ver con la filosofía. Karl tenía la ilusión de que la francesa daría un aire *existencial* a su casa. No tardó en darse cuenta de que la única filosofía que le interesaba a Noëlle era que el dinero llegase a fin de mes y estar acompañada.

Karl salió de la cocina sin molestarse en retirar su plato de encima de la mesa. Diez minutos más tarde, se había duchado y salía a la calle.

Después de terminar de llenar el lavaplatos y dejar la cocina en condiciones, volví a llamar a Vidal. No respondió.

Mil suposiciones se barajaban delante de mí. Estaba convencida de que la desaparición de mi amigo tenía mucho que ver con aquel beso en la escalera del Altar de Zeus. Tenía que hablar con él. Hubiese pasado la noche donde la hubiese pasado, seguro que había ido a clase. La escuela donde estudiaba Vidal estaba relativamente cerca de Libauer, así que caminando a paso ligero no tardé más de quince minutos.

—Nicolau Vidal no ha venido a clase —me dijo el chico de la recepción.

En el momento de salir de la escuela había dejado de llover. El suelo estaba lleno de charcos y un rayo de sol me obligó a levantar la cabeza. Un avión cruzaba el cielo. Álex se hizo presente y rememoré lo que había ocurrido la víspera.

*****

Álex daba por hecho que nuestro beso sellaba la reconciliación y

que a partir de aquel momento todo volvía a ser como antes. Estaba convencido de que el gesto heroico de haber volado para venir a buscarme había obrado el milagro de devolvernos exactamente al lugar donde estábamos dos semanas atrás. Para mí aquel beso sirvió para disipar la confusión. Un beso que no tenía color, ni forma, ni aroma, ni sabor. Un beso vacío que terminó de vaciarse del todo en el mismo instante en el que descubrí a Vidal en medio de la muchedumbre. Me había dejado deslumbrar por un Álex que desconocía, me había alagado que hubiese venido a mi encuentro. El beso en el museo actuó como una revelación.

Ahora sabía lo que deseaba de verdad, pero me faltaba lo más difícil: decirle a él que se había terminado. Presentía que no sería fácil. Tenía que idear la manera de exponerle con mucho tacto que nuestra relación estaba finiquitada. Por eso accedí a ir con él al hotel, con la esperanza de que durante el camino encontraría el momento adecuado para sincerarme. Fue un error, cuanto más rato pasaba, más cuesta arriba se me hacía contarle la verdad.

Llegamos al hotel. Álex apretaba el botón del ascensor, y supe que no podía esperar más.

—¡Tenemos que hablar! —exclamé cuando él me rodeó con sus brazos dispuesto a besarme otra vez.

—Lo que tú digas —me respondió acariciándome el pelo.

La puerta del ascensor se abrió y entraron un par de señoras.

—Álex, te agradezco mucho que hayas venido, de verdad…

—Quería estar contigo —me interrumpió.

—Sí, claro —titubeé de nuevo—. A mí… estos días me han servido para pensar y me he dado cuenta de que… —me detuve. Era terriblemente difícil afirmar que su esfuerzo no había servido para nada.

—No hace falta hablar, Sira. Estamos bien y ya está.

Las puertas del ascensor se abrieron de par en par, las dos mujeres nos dejaron pasar y anduvimos por el largo pasillo tapizado con moqueta azul que conducía hasta su habitación. Era imprescindible hablar. No había tiempo y cada segundo que pasaba me iba a la contra.

—Álex es que yo… —empecé, pero él se detuvo, me puso el índice encima de los labios y sonrió.

La incapacidad de Álex para darse cuenta de los sentimientos de los demás me había molestado siempre, pero aquella tarde más que irritarme me dio lástima.

—No quiero continuar —dije a sus espaldas justo cuando él se volvió para meter la tarjeta en el cerrojo.

Me miró con una sonrisa y me guiñó el ojo; era evidente que no me había escuchado o no me había entendido. Abrió la puerta de la

habitación y me agarró por el hombro. Era una habitación individual, la cama era pequeña, con una colcha de colores con tonos malvas a juego con las cortinas. Me abrazó por detrás y me besó.

—Álex —le dije separándome del abrazo—, estos días que he estado sola me han ido muy bien para pensar. Me he dado cuenta de que lo que quiero es otra cosa. Lo mejor es que lo dejemos.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Bromeas, no? —dijo, incrédulo.

Moví la cabeza, negando.

—Ha sido una pasada que hayas venido, pero eso no cambia nada.

Álex se resistió a aceptar la derrota, se negó a escuchar lo que le decía y me abrazó otra vez.

—¡Por favor! —exclamé deshaciéndome del abrazo—. Siento que hayas venido hasta aquí por mí. Lo siento, de verdad, pero esto es lo que hay: lo nuestro se ha terminado.

Al acto, sus ojos se llenaron de rabia, se mordió el labio y soltó un golpe de ira.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó dando un golpe fuerte en la pared—. ¡Quién te crees que eres!

No respondí. Me sentía culpable, pero no reaccioné; detrás de mí, Álex se desahogaba poniéndome verde. Le perdoné, le había herido donde más dolía. Se sentía humillado y engañado, y pensé que tenía todo el derecho a odiarme. Yo también me odiaba un poco por no haber sido capaz de hablar antes.

Mientras cruzaba el minúsculo vestíbulo de aquel hotel lleno de turistas, me llegó un nuevo mensaje de Daniela:

> *Tu ex novio se pasea por Londres con la pelirroja… ¿Duele, verdad? No llores, bonita, el mal de amores se acaba superando. Relájate. Te iré informando. Daniela*

Definitivamente, Daniela se había vuelto loca. Cada palabra chorreaba venganza. Me dio tanta lástima que ni se me pasó por la cabeza enviarle una respuesta. ¿Por qué hacerlo? No estaba dispuesta a jugar a su juego. Daniela escupía el veneno que acabaría ahogándola.

Mientras regresaba a casa, me dije que debía vivir el ahora y el aquí como hacía Noëlle. Pero no podía. O no sabía. Había ido a Berlín en nombre de mi abuela, pero era mi vida la que había dado un salto mortal y aquella noche me sentía en pleno vuelo.

Como era de esperar, me perdí. Fue entonces cuando llamé a Vidal, pero él no respondió, y después de dos horas de dar vueltas por la ciudad, por fin, como por arte de magia, apareció el puente de Oberbaumbrücke delante de mí. Más tranquila, contemplé el movimiento lento de las aguas del Spree hasta que estuve lo bastante

relajada para ir hasta Libauer.

*****

A las once de la mañana, después de que el chico de la escuela no me diese noticias de Vidal, regresé a casa. Noëlle estaba sentada en el sofá y se pintaba las uñas de los pies con un pintauñas verde turquesa a juego con las mechas del pelo.

—He desayunado con tu amigo —le dije al verla—. Dice que ya te llamará.

—Hermann es un tipo encantador, pero está más enamorado de las matemáticas que de las chicas —dijo sin mirarme, concentrada en limpiar la pintura que le había ensuciado el dedo meñique del pie, y sin levantar la cabeza dijo—: Y tú y Nico, ¿qué tal?

Sentí un golpe seco en el estómago y me quedé lívida.

—¡Tía, se ve de lejos que os moláis!

—Somos amigos.

—Yo soy amiga de Hermann. Entre tú y Nico hay otra cosa.

Noëlle terminó de pintarse las uñas y miraba su obra de arte con admiración.

—¡Han quedado perfectas! —dijo satisfecha, y después se volvió hacia mí—. Nico es un tipo legal. No sé qué le has hecho, pero estaba dolido.

—¿Le has visto? ¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho?

—¿Ves?, estás mucho más colgada de él de lo que dices, guapa —dijo riéndose—. Me dijo que necesitaba estar solo, que tenía que pensar. No tengo ni idea de dónde ha ido.

Me quedé con la boca abierta y cara de idiota.

—Le he llamado al móvil mil veces y no me contesta. Tiene razón de estar cabreado conmigo —dije desolada.

Noëlle señaló un teléfono encima de la estantería. El móvil de Vidal descansaba al lado de un bote de cristal lleno de peces de plástico.

—No te preocupes, después de las peleas vienen las reconciliaciones —me dijo la francesa dejando el pintauñas encima de la mesa.

No podía hacer nada más; estuviese donde estuviese, tendría que esperar a que él me buscase y no era probable que lo hiciese.

A veces, las malas noticias se acumulan una tras otra y yo me había convertido en una experta en coleccionar desastres. En Berlín se escondía una mujer que no conseguía encontrar. Mi ex me odiaría toda su vida, mi ex amiga disfrutaba de lo lindo vengándose, y, lo más importante, había traicionado a mi amigo del alma. No podía ser más desgraciada. Mi padre tenía razón: «Cuando algo va mal aún puede ir

peor».

Afortunadamente, aquella tarde Karl me sorprendería con una noticia inesperada.

14. Friedichshagen

La sala estaba ordenada y limpia, la televisión apagada, los libros en la estantería perfectamente colocados, el suelo limpio de latas. Pero lo más sorprendente era que Karl arrastraba la aspiradora y el trapo del polvo le colgaba del bolsillo.

—Limpiar me relaja —me dijo al darse cuenta de mi perplejidad—. Emma y Noëlle son las encargadas de cocinar y limpiar, o sea que yo tengo pocas oportunidades para relajarme.

La ironía de Karl me molestó. Me parecía denigrante que las chicas con las que compartía el piso aceptasen hacerle el trabajo por una rebaja en el precio del alquiler; pero no era el momento de entrar en discusiones que no terminarían bien. Además, Karl me resultaba simpático, de modo que me mordí la lengua y no dije nada.

Me había pasado la mañana sentada en una de las terrazas de Simon Dasch. Tenía dos frentes abiertos importantes: encontrar a Gertrud Grass, una misión imposible; y esperar el regreso de Vidal, que presentía que sería infinitamente largo. Después de pedir la segunda Coca-Cola, me sorprendió una nueva llamada de mi madre. Estaba exultante; le acababan de proponer interpretar el papel de Desdémona —la esposa de Otelo en la tragedia de Shakespeare—, y se mostraba tan ofensivamente feliz que no paraba de hablar. Mi vida iba a la deriva y mamá me restregaba por las narices que todo le salía redondo. Reconozco que aquel exceso de entusiasmo me derrumbó. Para acabar de rematar la desgracia, cuando llamé al aeropuerto para saber qué se sabía de mi maleta, un largo silencio concluyó afirmando que mi maleta nunca había salido del aeropuerto del Prat.

Karl dejó la aspiradora arrinconada al lado del sofá, se puso la mano en el bolsillo, sacó un papel doblado y me lo tendió.

Por un instante, tuve la esperanza de que fuese un mensaje de Vidal. Con los nervios en las puntas de los dedos y las ansias para saber qué me decía, lo desdoblé. Había una sola frase:

«Stillerzeile 11, Friedrichshagen».

Miré a Karl con ojos interrogantes.

—Es la dirección de Gertrud Grass —dijo dejándose caer en el sofá.

De pronto, entraba un rayo de luz en mi vida. Miraba a Karl,

después al papel, volvía a mirar a Karl, pero no podía pronunciar ni una palabra. La emoción se me fundió cuando una sacudida de pesimismo me hizo ser cauta. Había tenido a Gertrud Grass muy cerca y, cuando estaba a punto de llegar a ella, se desvanecía como si fuese un fantasma. Karl leyó el miedo en mis ojos y añadió:

—He ido a Friedrichshagen para comprobar que la dirección fuese correcta —se pasó la lengua por los labios y prosiguió—. Hace justo una hora que he visto a Gertrud Grass entrando en su casa.

El corazón me latía tan deprisa que tenía la sensación de que saldría disparado. Karl se fue a la cocina a buscar una lata de cerveza mientras yo digería la idea de que había llegado a mi destino.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo lo he conseguido? —me dijo después del primer trago.

—¡Claro que sí! —le respondí, y aunque realmente me moría de ganas de salir del piso y correr hasta esa dirección, le debía a Karl el placer de contarme su hazaña.

—Cuando quiero conseguir algo, sea lo que sea, siempre pienso cuál es el camino más recto para lograrlo —bebió otro trago y se le quedó el labio sucio de espuma, que hizo desaparecer con la punta de la lengua—. Visito a mi tía abuela una vez por semana, a veces dos, y muy a menudo coincido con el cartero que les lleva la correspondencia.

Estaba impaciente y expectante; pero a Karl le gustaba contar las cosas con parsimonia, deteniéndose en todos los detalles.

—El primer paso fue escribir una carta a nombre de Gertrud Grass y estar atento a la llegada del cartero. Por eso me he ido tan temprano esta mañana, por si se le ocurría ir más pronto. El cartero ha aparecido a las nueve y media en punto. Ha dejado las cartas encima del mostrador, y mientras hablaba con la chica de recepción, no me ha sido nada difícil añadir la mía.

A medida que avanzaba su discurso, Karl se hinchaba como un pavo real en celo que exhibe toda su potencia.

—Lo único que hacía falta era seguir el rastro de la carta y esperar que alguien pusiese la dirección donde vive Gertrud Grass en la actualidad. Un planteamiento tan lógico como sencillo. Lo cierto es que me ha sido más fácil de lo que esperaba. Después de que el cartero se fuera, la chica de recepción ha ojeado todas las cartas y las ha distribuido en tres montones. Las cartas para administración, las cartas para los residentes, y las cartas inclasificables. La mía, que iba a nombre de Gertrud Grass, ha ido a parar al tercer montón. Para poderla identificar con facilidad, tuve la precaución de ponerla en un sobre grande de color verde pálido.

Aplaudí la astucia del joven filósofo y le agradecí que se hubiese tomado tantas molestias para ayudarme.

—¿Quieres saber qué decía la carta?

—¿Que conoces a una chica que quiere verla…? —le sugerí, y al acto él movió la cabeza negando.

—La carta solo era el anzuelo para conseguir nuestro propósito. No tenía que decir la verdad. Podía haberle puesto un folio en blanco, pero eso la inquietaría, y no conviene en absoluto poner nerviosa a una mujer de su edad. Tampoco me pareció moralmente correcto escribir una carta inventándome una historia cualquiera —Karl hizo una pausa que se me hizo eterna, pero una vez más me mordí la lengua—. Me ha parecido poético enviarle unas frases de Hölderlin: «Lloramos a los muertos como si ellos sintiesen la muerte, pero los muertos están en paz. El dolor, el sentimiento constante de aniquilación, solo existe cuando nuestra vida pierde su sentido, cuando el corazón dice: tienes que morir y nada quedará de ti».

La perplejidad me atragantó las palabras. No quería ni imaginar qué pensaría la pobre Gertrud cuando leyese ese texto.

—¿Y a que no sabes cómo he reproducido el matasellos? —Karl sonreía malicioso, se le veía tan satisfecho que le dejé disfrutar.

—¿Cómo lo has hecho?

—En Secundaria era un maestro falsificando la firma de mi padre. Puedo presumir de que no me pillaron ni una sola vez. Falsificar un matasellos ha sido chupado: solo hacía falta un poco de paciencia —dio otro trago antes de continuar—. El caso es que durante más de una hora el sobre se ha quedado exactamente donde la chica de recepción lo había dejado y, justo cuando estaba a punto de darme por vencido, ha aparecido la directora, ha tomado el sobre verde pálido y se ha ido a su despacho.

Karl se quedó callado mirando un punto inconcreto de la pared. Tanta parsimonia me ponía enferma; tenía que hacer lo imposible para acelerar la narración..

—¿Y qué has hecho?

Karl esbozó una sonrisa puñetera, se terminó la cerveza, se pasó el reverso de la mano para secarse los labios y prosiguió:

—He esperado veinte minutos y he ido a llamar a la puerta del despacho de la directora. La excusa ha sido la delicada salud de mi tía, claro. La mujer me ha tranquilizado diciendo que mi tía estaba en buenas manos, que de todos modos hablaría con el médico. Tengo que admitir que no ha puesto demasiado interés en lo que le decía, y era evidente que tenía prisa. Yo alargaba el discurso tanto como podía porque, mientras hablaba, no he dejado de buscar el sobre verde pálido. Estaba a punto de quedarme sin argumentos, pero un golpe de suerte ha hecho que a la directora le sonase el móvil. Ha mirado quién la llamaba, se ha excusado y ha salido del despacho un momento para atender la llamada.

—Y tú te has quedado solo y has encontrado el sobre —concluí yo impaciente.

—Si siguiésemos el orden lógico de los acontecimientos, eso sería exactamente lo que tendría que haber pasado, pero no tenía tiempo para revolver el despacho, de modo que he optado por otra vía: echar una ojeada a la pantalla de su ordenador. Había una carpeta abierta donde ponía «Residentes», subdividida en tres otras carpetas donde ponía: «Residentes actuales», «Residentes trasladados», «Residentes de baja». He hecho clic en la segunda carpeta y ha aparecido un directorio. He buscado el nombre de Grass y ha aparecido Gertrud Grass y esta dirección al lado. Lo he hecho muy, muy deprisa. Los pasos de la directora acercándose me han advertido de que ya no había tiempo, de modo que he fotografiado la dirección, he cerrado la carpeta y me he sentado en la silla.

—O sea que la carta no ha servido para nada.

—No es exactamente así. La carta ha sido el inicio, el hilo del cual tirar. A veces iniciamos un trabajo, un viaje, una amistad, una relación, y, de pronto, todo lo que teníamos previsto se va al carajo y empieza otra cosa. La vida es imprevisible, Sira, y aprender a vivir quiere decir adaptarse a los imprevistos.

Definitivamente, Karl, además de filósofo, parecía mi padre.

*****

Karl conocía mi dificultad para orientarme, así que, para evitar que me perdiese, me acompañó hasta la estación de Warschauer. Esperó hasta que me vio subir al tren y después de ocho paradas llegué a Friedrichshagen.

Antes de anexionarse a Berlín, Friedrichshagen había sido un pueblo independiente. Rodeado de bosques y limitado al sur por el lago Müggelsee, convivía con la gran ciudad sin perder ni una brizna de su propia identidad. En sus orígenes, Friedrichshagen había estado formado por familias de Bohemia que habían llegado para cuidar las moreras que alimentaban a los gusanos de seda de la producción local. Más tarde, entre finales del siglo XIX y principios del XX, fue un pueblo de escritores y poetas.

Afortunadamente, el recorrido desde la estación hasta Stillerzeile no tenía pérdida. El número 11 resultó un edificio de los años cincuenta, de planta, piso y buhardilla. Tenía una base de obra vista con pequeñas ventanas a ras de suelo que ventilaban el sótano. El piso de Gertrud era el 1.º 1.ª y la ventana de la cocina, a dos metros de altura, estaba abierta de par en par. Me tragué los nervios, dejé de pensar, y pulsé el interfono. No tuve ninguna respuesta, pero un clic metálico me indicó que habían abierto. Siete peldaños conducían al

primer piso. La puerta estaba abierta, pero no había nadie esperándome. Sin atreverme a pasar, esperé a que viniesen a recibirme.

Una voz de hombre exclamó:

—*Gehen Sie hinein! Ich bin in der Küche!*

Mis esmirriadas nociones de alemán me permitieron comprender que me invitaban a pasar y que estaba en la cocina. Di unos pasos y entré en una vivienda donde las paredes estaban forradas de cuadros y fotografías antiguas. Había imágenes de Berlín antes de la guerra y de personas que seguramente habían muerto hacía años. Un intenso olor de tiempo vivido se concentraba en aquellas cuatro paredes. Dos grandes ventanas se abrían a un patio interior lleno de plantas. La luz entraba tamizada por las hojas de los árboles y un juego de sombras bailaba sobre la pared. La mesa era pequeña y había un sofá de piel marrón, gastado de tanto usarlo, que iba de pared a pared. Justo encima del sofá había una gran fotografía con un lago completamente helado. No reconocí el lago Müggelsee porque entonces ni tan siquiera sabía que existía. Una hiedra se encaramaba por la estantería y se enroscaba por donde pasaba. Observaba todo lo que había a mi alrededor cuando una voz me sobresaltó por detrás.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo en un inglés con acento germánico.

No me hacía falta verle para saber quién era. Me di la vuelta lentamente y descubrí a Lucian Epstein en el umbral de la puerta de la cocina. El periodista se secaba las manos con un trapo y me miraba interrogante.

*****

Por extraño que parezca, el miedo que me había generado su amenaza había desaparecido. Tener a Lucian Epstein delante hizo emerger en mi interior una fuerza que no sabía de dónde salía.

—Quiero hablar con la señora Grass —le dije sin titubear—. Y no me iré de aquí sin verla.

—Te advertí que no la buscases.

La dureza de las palabras del periodista no me impresionó. A la luz del día, aquel joven que me había aterrorizado en el Kulturbraueri no me daba miedo. Aquel «o te arrepentirás» había sido el desencadenante de un miedo que me generaba yo misma, y ahora era él quien parecía asustado. Lo leí en sus ojos, en el movimiento incesante de sus manos.

—Gertrud y mi abuela se conocían —comencé, dispuesta a contar mi historia—. Cuando Gertrud llegó a Berlín, fue mi bisabuelo, el padre de mi abuela, quien la escondió en su casa. Entonces, mi abuela tenía poco más de quince años y cada noche le llevaba comida al

sótano que tenían al fondo del patio.

—¿Y quieres que me lo crea? —me replicó con escepticismo—. Será mejor que te vayas.

No me dejé impresionar.

—Antes de morir, mi abuela me contó su secreto. Me pidió que encontrase a aquella joven y que le dijese que había sido fiel a su promesa —pasé por alto que mi abuela no estaba bien de la cabeza y que yo misma había confundido su historia con un delirio—. El problema era que mi abuela solo recordaba el nombre de esa chica y encontrarla me sería imposible, hasta que leí tu artículo y comprendí que todo coincidía.

—¡Tengo que admitir que te lo has currado! No puedo negar que es una historia entrañable: la abuela viejecita que cuenta a su nieta un secreto que ha mantenido a lo largo de la vida —añadió con un sarcasmo forzado que ni tan solo me molestó—. Pero resulta que la señora Grass no quiere ver a nadie. Lo único que quiere es que la dejen en paz.

—¿Qué debo hacer para que me creas? —estaba dispuesta a implorar, pero el joven periodista estaba cerrado como una nuez.

—Vete y olvídalo todo.

Lucian Epstein se puso bien las gafas, dejó el trapo encima de la mesa y señaló la puerta dando la conversación por terminada.

—¡Pregúntaselo a ella! —exclamé, impotente—. Pregúntale a Gertrud Grass si es verdad o no que estuvo escondida en un sótano durante una semana. Pregúntale si conoció a una chica que se llamaba Dora Furtwängler. ¡Pregúntale si quiere verme! Si ella se niega a hablar conmigo, si es ella quien dice que no quiere verme, entonces lo aceptaré. Me iré de aquí. No volveré a insistir. Pero tú no me digas que me he inventado nada porque no es cierto.

—La señora Grass no quiere ver a nadie —me repitió una vez más.

—No tienes ningún derecho a impedirme que hable con ella —insistí. Tenía a Gertrud Grass muy cerca y no me echaría para atrás.

El periodista se dejó caer en el sofá. Tuve la certeza de que podía vencerle. Un poco más de presión y habría ganado.

—Gertrud no puede haber conocido a tu abuela —me respondió, casi susurrando.

—Pregúntaselo.

—No tengo que preguntarle nada. Gertrud Grass no conoce a tu abuela.

—¿Cómo lo sabes?

El chico se mordió el labio, y, con la voz entrecortada, concluyó:

—Porque Gertrud Grass es una impostora.

15. La entrevista veintiuna

Hacía un par de años que Lucian Epstein había terminado sus estudios y se ganaba la vida trabajando en la sección local del periódico. Una de sus tareas era redactar una entrevista semanal a mujeres y hombres nonagenarios. Al principio la idea le pareció poco atractiva, pero después de hablar con algunos ancianos se dio cuenta de la gran riqueza escondida tras los recuerdos personales. Convencido de que tarde o temprano se encontraría con alguna joya, se sintió un arqueólogo que rescata fragmentos del pasado. Había hecho una veintena de entrevistas y en cada una de ellas, de un modo u otro, emergían fragmentos de la historia. La entrevista a Gertrud Grass fue la veintiuna. Su secreto estalló durante la conversación y le trastocó la vida. Por fin tenía el tesoro que buscaba. Aquel secreto guardado durante tantos años le convertiría en un periodista de prestigio. Degustó el dulce sabor de la gloria y se dejó emborrachar por la plenitud del éxito.

El día que salió la noticia en el periódico, Lucian Epstein visitó a Gertrud Grass. Ella lo recibió con la amabilidad de siempre, le sirvió un trozo de *appelstrudel* que había hecho esa misma mañana, y se sentó en la butaca desde donde vigilaba a un par de gatos que se habían instalado en su patio. El periodista no había ido solo a llevarle el periódico, sino a confesarle su propósito: escribir una novela con su historia. Lo hizo tras el último bocado de tarta y Gertrud Grass no parpadeó; los cristales de sus gafas se habían empañado con el vaho del té y, sin que fuese necesario hacer nada para convencerla, aceptó.

Durante los siguientes días, mientras el artículo de «La catadora del Líder» se esparcía por la red como si fuese un virus, ella fue contando los detalles de su secreto. Había contradicciones e incoherencias, pero él las ignoró. Creyó que aquellos pequeños errores eran consecuencia de la confusión mental de una mujer de noventa y cinco años.

Un día, en vez de ir a Friedrichshagen, visitó el pueblo donde había nacido la madre de Gertrud. Habló con unos y otros, pero allí nadie recordaba nada, seguramente porque los que podían recordar algo habían muerto o quizás porque preferían callarse. No tuvo demasiada dificultad para que le dejasen revolver en los archivos del

ayuntamiento y su sangre empezó a fluir a toda velocidad cuando chocó con el nombre de la secretaria del señor Herbst. Gertrud Müller había sido su mano derecha durante los años de la guerra. Lucian Epstein quiso creer que Müller era el nombre de soltera de Gertrud Grass. Solo hacía falta comprobar que Gertrud Grass y Gertrud Müller eran la misma persona, y así las posibles dudas sobre la autenticidad de la historia se desvanecerían. Al día siguiente, volvió a visitarla con el ansia de callarse aquella sospecha que no le dejaba dormir.

*****

—Höfmann, Gertrud Höfmann —respondió con toda claridad cuando el joven periodista quiso saber su nombre de soltera.

Si Gertrud Grass era Gertrud Höfmann, entonces: ¿quién era Gertrud Müller? Aunque los datos no coincidían, se resistía a aceptar que aquella mujer de mirada profunda fuese una farsante. No podía continuar con aquella angustia y, sin el tacto discreto que era habitual en él, dejó caer el nombre de Gertrud Müller en medio de la conversación. Gertrud se calló de pronto, sus ojos azules apagados y rodeados de arrugas se llenaron de luz y, sin decir nada, se levantó y fue a buscar una fotografía que tenía colgada en la pared de su habitación.

—Ella es Gertrud Müller, mi mejor amiga —dijo señalando a una de las dos mujeres de más de cincuenta años que había en la fotografía —. La otra soy yo.

Las dos Gertrud sonreían a la cámara. Ambas eran rubias, ambas tenían los ojos claros, ambas tenían la cara redonda y se parecían bastante.

—Gertrud es la mujer más valiente que he conocido. Fuimos vecinas durante más de cuarenta años y, más que amigas, éramos hermanas —dijo Gertrud Grass con la añoranza rompiéndole las palabras—. Pronto hará doce años que murió y no sabes cómo la echo de menos.

*****

Desde que descubrió la verdad, el periodista vivía prisionero de la mentira. De un día para otro, aquella euforia que lo había subido a la cima de la gloria lo aplastaba contra el suelo. Gertrud Grass era una impostora y él era cómplice de ello.

El periodista esperaba que se dejase de hablar de «La catadora del Líder», que la noticia que él había escrito se diluyese entre los centenares de noticias que aparecen a diario, pero sorprendentemente

sucedió lo contrario. Cada día más gente quería acercarse a Gertrud Grass. La mujer era demasiado mayor para aguantar tanta presión y Lucian Epstein se convirtió en una especie de guardaespaldas que la protegía de los demás. Consiguió una plaza en el centro Rosenthal y la tranquilidad duró un par de meses, hasta que la encontraron. Además, Gertrud tenía ganas de volver a vivir en su casa, con su pequeño patio, con los pájaros que venían a visitarla, con el gato del vecino que reposaba en el umbral de la ventana, y, sobre todo, con el lago donde cada tarde iba para contemplar la caída del sol.

*****

—¡Ahora ya sabes la verdad! —exclamó Epstein—. Si quieres, ya puedes decirle a todo el mundo que la historia de Gertrud Grass es una mentira. Quizás sería lo mejor para terminar con esta farsa.

—La historia no es ninguna mentira.

De pronto, todo tenía sentido: la negación de Epstein a responder a mis correos, la congelación de su blog, el silencio de su Twitter, el abandono de su trabajo en el periódico y, finalmente, la resistencia para dejarme acercar a Gertrud Grass. Me había permitido participar de su secreto y no pensaba delatarle.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —osé preguntarle.

—No lo sé. De momento me he convertido en el guardaespaldas de una mujer de noventa y cinco años. Vengo cada día, voy a comprar, la ayudo en todo lo que necesita. Ahora mismo, cuando tú has llegado, estaba limpiando la cocina.

La historia está llena de hechos que se atribuyen a personas equivocadas; no obstante, tengan el nombre que tengan, lo importante son los hechos en sí mismos. El sufrimiento, el dolor, la vergüenza, el miedo y el secreto que sufrió Gertrud Müller existieron de verdad. Lucian Epstein tenía razón en que Gertrud Grass había contado al mundo una historia que no le pertenecía; tal vez incluso tenía razón cuando afirmaba que era una impostora, o cuando repetía que había sido un error publicar la noticia. Aquella expresión de tristeza que yo había confundido con rabia me llegó al alma. Y entonces me vino a la cabeza lo que me había explicado mamá.

—Mi madre no para de repetir que Shakespeare es el mejor autor de la historia.

El joven periodista me miró interrogante sin comprender por qué el más excelso dramaturgo inglés aterrizaba en medio de nuestra conversación.

—Hace años que se especula sobre la autoría de sus obras. Los especialistas tienen serias dudas de que las obras las escribiese él.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Una de las teorías es que las obras atribuidas a Shakespeare las había escrito el conde de Oxford, un tal Edward de Vere —hice una pausa para buscar las palabras exactas y no irme por las ramas—. También se dice que el conde, además de ser un hombre extremadamente culto y con gran talento para la dramaturgia, era el amante de la reina Isabel.

—Veo que eres una chica con una gran cultura —ironizó para disimular su impaciencia.

—Mi madre es actriz. Ahora es Lady Macbeth y en septiembre empieza los ensayos de *Otelo*. Shakespeare es un habitual de mi casa —dejé claro que me sentía orgullosa de mi madre—. Dicen que las posibilidades de que las obras fuesen del conde son muy altas. Para empezar, de la biografía de Shakespeare no se sabe demasiado, pero muchos coinciden en afirmar que era un hombre humilde, sin formación, con poca cultura, sus hijas ni tan siquiera sabían leer y, sin embargo, él escribía unas obras perfectas. ¿Es creíble una genialidad de estas características en un cómico de la época?

—¿Estás comparando a Gertrud Grass con Shakespeare?

—¡Estoy diciendo que lo importante es la historia en sí misma! Da lo mismo si *Hamlet, Macbeth, Otelo, El rey Lear* o *Romeo y Julieta* fueron escritas por uno u otro, lo que realmente importa es lo que esas obras nos transmiten.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—La historia que ha contado Gertrud es cierta —le dije con ganas de animarlo—. Realmente existió una mujer que vivió ese tormento. Que se llame Gertrud Grass o Gertrud Müller no tiene tanta importancia.

—Pero es el nombre de Shakespeare el que se ha hecho inmortal, no el del conde de Oxford.

—Hay unos cuantos más que se disputan la autoría de la obra, además de Edward de Vere: Marlowe y Bacon… De todos modos, ellos hace siglos que murieron y las obras siguen representándose.

Lucian Epstein me miraba con los ojos chispeantes, a su manera me daba las gracias. Extrañamente, mis palabras le habían tranquilizado.

—Me gustaría ver a Gertrud Grass —le dije segura de mí misma.

Lucian Epstein se levantó del sofá y se quedó abstraído contemplando la fotografía del lago que había sobre mi cabeza.

16. El secreto del Müggelsee

Gertrud caminaba sin saber adónde iba. No sabía qué haría al día siguiente, ni dónde pasaría la noche, ni de qué manera encontraría comida. No pensaba; hacía mucho tiempo que había dejado de hacerlo, solo era una mujer que quería borrar el pasado. Deambulaba sin rumbo cuando se cruzó con un hombre que avanzaba a paso rápido. El hombre llevaba gafas y gorra, y una barba de pocos días le ensuciaba las mejillas. Ella ni tan solo se fijó en él, era un hombre más a la deriva. Un hombre idéntico a tantos otros hombres. Él la reconoció y caminó tras ella durante un buen tramo. No quería asustarla. No quería llamar la atención. Después de dos calles, Gertrud se paró a atarse el zapato y él lo aprovechó para alcanzarla.

—¿Me conoces? —le preguntó el chico.

No llevaba uniforme, ni la cara afeitada, ni las botas relucientes, pero la voz era la misma. Una voz que había oído demasiadas veces. A ella le nació un nudo en el estómago y apretó los dientes. Era uno de los guardias del barracón, el más joven, el único al que, bajo la mirada fría e inexpresiva, alguna vez le había adivinado un gesto de compasión.

*****

El joven guardia había huido poco antes de que llegase el ejército soviético. Aunque habían dinamitado los diferentes edificios y búnkeres, muchos soldados habían escapado. Él había podido esconderse en la copa de un gran roble y, colgado entre las ramas, fue testimonio de un episodio lleno de horror. Los rusos incendiaron, violaron y fusilaron. La guerra convierte a los hombres en bestias. Gertrud se tapó los oídos, no quería saber qué había pasado. No quería escuchar. El joven guardia había ido a la ciudad para buscar a su mujer y huir.

—Huye de aquí tú también —le dijo—. Vete lejos y que no sepan dónde has estado. Si lo saben, te matarán. Te matarán los unos o te matarán los otros, pero te matarán.

El chico se alejó sin esperar respuesta. Gertrud se quedó en medio de la calle más sola que antes y con más miedo que antes. Berlín se preparaba

para la agonía final. Muy pronto el ejército soviético libraría allí una sangrienta batalla. Tenía que esconderse donde fuera, tenía que desaparecer. En el fondo del bolsillo, llevaba el trozo de papel con la dirección del médico.

Gertrud caminó durante toda la tarde y siguió caminando a lo largo de la noche. No se detuvo ni un momento, le daba la sensación de que los rusos la perseguían solo a ella, de que las SS la buscaban para arrancarle la lengua. Una voz salía por entre las grietas que se abrían en el suelo y le gritaba que había colaborado con el Líder, y eso tenía un precio. Gertrud cada vez daba los pasos más largos. Corría. Tenía los pies llenos de llagas, pero no sentía ningún dolor. Llegó al pueblo del médico cuando salía el sol y las sombras de la noche se fundían para dar paso a un nuevo día.

No le costó encontrar la calle y menos aún saber cuál era la casa del médico. ¿Y si él no estaba? ¿Y si estaba y no quería esconderla? No llamó. Se quedó quieta a suficiente distancia como para que no se fijasen en ella. Vio salir y entrar a una mujer con un niño, a una mujer mayor que iba y venía, a una chica alta y delgada. Hacía tanto rato que estaba de pie que de las plantas de sus pies habían aparecido raíces. Imposible dar un paso más. Cuando la luz del atardecer empezó a teñir el cielo, lo vio. El médico regresaba a su casa. Arrastraba los pies cansado, cojeaba, le pareció mucho mayor de cómo le recordaba, como si en aquellos pocos días hubiese envejecido diez años. Gertrud le llamó.

—Tiene que ayudarme, por favor —exclamó la chica susurrando—. Necesito un lugar donde esconderme.

El médico no le preguntó de qué huía. La guerra era una mano despiadada que lo arrebataba todo. Aquella chica tenía la mirada limpia y estaba asustada. Gertrud y el médico entraron en el jardín por la parte de atrás. Nadie tenía que saber que ella estaba en la casa, ni su mujer, ni el niño, ni la señora mayor, ni la chica esbelta. Gertrud le seguía en silencio, arrastraba los pies, las llagas se habían abierto y el dolor apareció para recordarle que estaba viva.

—Aquí nadie te encontrará —le dijo el médico al llegar ante la puerta del sótano.

Le curó las llagas y le trajo agua y comida. A medianoche, regresó acompañado de esa chica alta y rubia. La comida estaba intacta.

Gertrud, poco a poco, recuperó la tranquilidad. Las llagas se curaron. Escondida en aquel sótano se sentía segura. Comer le costaba, le costaría durante años. La hija del médico no hacía preguntas, estaba a su lado sin hablar, esperaba que se terminase el plato y se marchaba. Era agradable tener compañía un rato. Una noche, Dora dejó el plato encima de la mesita y se quedó mirándola. Una pregunta se le movía inquieta cerca del labio, hasta que dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Gertrud —respondió con un hilo de voz y, a continuación, lo repitió

—: Me llamo Gertrud.

Al día siguiente, Dora se atrevió a ir un poco más allá.

—¿Por qué comes tan lentamente, Gertrud?¿No te gusta la comida?

Y aquella pregunta inocente abrió la puerta a una confesión que se había jurado no hacer nunca. Poco a poco, las palabras surgían y se esparcían por aquel sótano que la acogía. Todo lo que Gertrud Müller le contaba formaba parte de un secreto que no podría compartir con nadie.

*****

El mismo día en que el ejército ruso entraba en Berlín, Gertrud Müller huía dentro del maletero de un coche que la llevaba a otro país. Gertrud no regresaría hasta diez años más tarde, se instalaría en Friedrichshagen, trabajaría en una editorial y viviría en un piso pequeño que no compartiría con nadie. Nunca tuvo ninguna noticia de su marido y nunca hizo nada para buscarlo. Aquella Gertrud Müller joven e inocente con la que él se había casado ya no existía.

Un día de otoño de 1961, poco después de que la ciudad quedase dividida por un muro imposible de atravesar, Gertrud Müller se fue a pasear cerca del Müggelsee, el lago que ponía límite a Friedrichshagen. Mirar las aguas tranquilas del lago era lo único que la hacía sentir libre. Bajo las aguas frías del Müggelsee se guardaba su secreto. Aquel día, había otra mujer allí; parecía triste y cansada, una mujer con la que compartía el nombre. La observó. Gertrud Grass contemplaba el movimiento de los patos que dibujaban caminos de agua. Entonces no lo sabían, pero en aquel preciso momento las dos Gertrud iniciaban una amistad que duraría más de cuarenta años. Delante de ellas, el lago cantaba.

*****

El río que partía la ciudad se sumergía dentro del Müggelsee y lo atravesaba hasta salir por el otro lado.

Gertrud Grass se pasaba horas delante del lago sin hacer otra cosa que contemplarlo. Me acerqué poco a poco a ella, con cuidado para no asustarla. Tenía el pelo blanco, el rostro contorneado por mil arrugas que contenían la historia de toda una vida, unos ojos azules que se habían empequeñecido con el paso de los años y aquel collar de perlas blancas que ya formaba parte de su fisonomía. Gertrud Grass era bastante más delgada de lo que aparentaba en las fotografías. Daba la sensación de que una ráfaga de viento se la llevaría y la dejaría flotando sobre el lago. A pesar de su aparente fragilidad, dentro de ella se gestaba la fortaleza de una mujer que había osado revelar al mundo una historia silenciada durante demasiados años.

Gertrud Grass estaba sentada en una silla verde de lona; tenía las manos encima de su regazo, miraba al horizonte. Sonreía. Allí mismo había conocido a Gertrud Müller cincuenta años atrás. También fue allí, delante de aquella llanura líquida, un invierno en que el Mügelsee se había helado y la enfermedad de Gertrud Müller estaba demasiado avanzada como para poder hacer nada por detenerla, donde su amiga la hizo depositaria de su secreto. Gertrud Müller lamentaba no haber hablado antes. El miedo a que la acusasen de haber protegido al Líder y haber colaborado con el partido la obligó a callarse. Una tarde, delante de las aguas del lago que permanecían prisioneras bajo una capa de hielo, asió las manos de su amiga y con un hilo de voz que estaba a punto de extinguirse le dijo: «Hay historias que pertenecen al mundo y no es lícito silenciarlas. Ahora, mi historia es la tuya, Gertrud Grass. Haz con ella lo que quieras».

*****

Lucian Epstein me había dicho dónde podía encontrarla. No era la Gertrud que yo buscaba, pero me acerqué hasta donde estaba y me senté a su lado.

—El agua está intranquila —me dijo sin mirarme—. ¿Sabías que el lago habla? Habla; y si escuchas bien, a veces, también canta.

Miré aquella inmensidad que se extendía ante nosotras y me sentí como si estuviese en casa.

—Gertrud Müller fue amiga de mi abuela —dije casi murmurando —. Para mi abuela, Gertrud era la joven del sótano, la joven de la medianoche que le dejó compartir su secreto.

Una manada de patos pasó volando y, todos al mismo tiempo, se posaron sobre la superficie del agua con la suavidad con la que cae una pluma al suelo.

—Fue Gertrud quien me enseñó a entender el lenguaje del lago. Cuando la conocí, hacía pocos meses que yo había enviudado. Algunas tardes venía hasta aquí, me sentaba en un banco y me sentía acompañada aunque no hubiese nadie.

La voz de Gertrud Grass se mezclaba con el silbido del viento. Hablaba bajito y, de vez en cuando, paraba para mojarse aquellos labios tan finos que parecían a punto de desaparecer.

—La guerra rompió a mi familia; mi padre y mis dos hermanos murieron en el frente y mi madre se fue detrás de ellos. Por desgracia no he tenido hijos y, cuando perdí a mi marido, no me quedaba nadie. Gertrud Müller me ayudó a continuar. Ella también había perdido a su marido en la guerra, pero decía que vivir era un privilegio y que debían saborearse los pequeños momentos con idéntica intensidad que los momentos más importantes.

Gertrud Grass se colocó bien el chal que le cubría los hombros y, sin dejar de mirar el lago, añadió:

—Ella hizo que yo recuperase las ganas de vivir.

Se frotó las manos, se acarició los brazos, cerró los ojos. Un silencio denso amenazaba con engullirla.

—¿Fueron muy amigas? —le pregunté.

Gertrud Grass abrió los ojos lentamente, como si le costase levantar los párpados. Sonrió.

—Fuimos más que amigas; más que hermanas. Éramos como las gotas de agua del lago, una necesita a la otra.

*****

Gertrud Grass no había mentido, no se había apropiado de una historia que no le pertenecía, porque Gertrud Grass y Gertrud Müller se habían fundido hasta convertirse en una sola mujer.

Gertrud Grass contemplaba el lago que le devolvía el recuerdo de su amiga.

Me quedé a su lado. La superficie oscura y brillante del Müggelsee brillaba y de pronto me pareció escuchar su voz. Gertrud Grass tenía razón: el lago cantaba.

17. Volver a casa

El avión se adentraba en las nubes y corría al lado del viento. Era un pájaro con las alas abiertas que me alejaba de aquella ciudad donde había descubierto que madurar duele. Bajo mis pies, el río era una línea fina que dividía la ciudad; más allá, el lago se hacía cada vez más pequeño. Volvía a mi casa. Solo me había ido una semana y tenía la sensación de que habían pasado mil años.

El día anterior, después de hablar con Gertrud Grass, regresé a Libauer con el deseo de que Vidal apareciese por la casa. Él no estaba, pero el piso estaba lleno hasta los topes. Noëlle había improvisado una fiesta de cumpleaños. Aunque le faltaban más de tres meses para cumplir los veintitrés años, decidió que era un buen momento para celebrarlo. El piso era grande, pero había gente por todas partes, en el rellano, en la entrada, en la cocina, en la sala. Fui a refugiarme en mi habitación, pero me encontré con una chica parada delante del armario con las puertas abiertas de par en par.

—¡Hala! —exclamó la chica al ver aquel montón de ropa colgada y ordenada—. ¡De no ser porque no creo en ellos, diría que es un milagro!

—¿Emma? —dije reconociendo aquel rostro casi idéntico al de Vidal.

La última vez que había visto a Emma Vidal era una adolescente con granos en la cara, aparato en los dientes y que me pasaba más de un palmo. Ahora éramos iguales de altura, tenía los dientes perfectos y la piel lisa y suave.

—¿Eres tú quien ha hecho esto? —me preguntó señalando el interior del armario, y moví la cabeza afirmando—. ¡Eres brutal, Sira Burg! —exclamó admirada, y contempló el orden del armario como si fuese una obra de arte.

Emma era de emociones extremas; me abrazó como si se acabase el mundo y me agradeció que hubiese puesto un poco de orden en su vida. Antes de que tuviera tiempo de preguntarle si sabía dónde estaba su hermano, Emma ya charlaba con media docena de chicos que habían invadido la habitación.

Las multitudes me agobian y el piso de Libauer parecía una

estación de metro en hora punta. La sala estaba ocupada por los que bailaban, así que pasé rozando la pared para ir a hacer compañía a Karl, que estaba megaconcentrado contemplando a aquella multitud de gente que se paseaba por el piso.

—He hablado con Gertrud Grass y ha sido revelador —le dije.

—Conocer gente es adentrarse en una gran aventura —sentenció el chico sin mirarme.

La música estaba tan alta que se hacía imposible hablar, de modo que opté por sentarme y observar como hacía Karl. Los amigos de Noëlle bailaban, bebían, fumaban, se besaban, gritaban. Con mucho gusto me habría aislado en la habitación, pero la habían ocupado un grupo de chicos que se peleaban jugando a las cartas.

Tres horas más tarde, a pesar de la música, a pesar de los gritos, a pesar del humo, me había dormido. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Karl y soñaba. Estaba al lado de Vidal delante del Müggelsee y el agua nos hablaba. Gertrud Müller aparecía para decirme que no debía seguir buscando. Me dejaba mecer por la brisa y gozaba de un momento de tranquilidad cuando, de pronto, una mano en mi hombro me sobresaltó.

—¡Sira! ¡Sira! —la voz de Karl me hizo volver a un piso en plena ebullición.

—¿Qué pasa? —dije con los ojos llenos de sueño.

—Tu amigo está aquí.

Vidal se abría paso entre la gente. Emma le paró para abrazarle y él se dejó hacer, pero solo tenía ojos para mí. Cuando su hermana lo soltó, Vidal siguió avanzando y, antes de que llegara donde yo estaba, me levanté.

—Tenemos que hablar —le dije, y, tomándole de la mano, lo arrastré fuera del piso, al rellano—. Con Álex se ha terminado, definitivamente —le solté sin darle tiempo a decir nada, sin querer saber qué pensaba; sin dar espacio a más palabras, me puse de puntillas y le besé.

Fue un beso largo y suave, un beso que hacía más de dos días que había quedado flotando en el aire. No dijimos nada. No era necesario.

Horas más tarde amanecía. El piso estaba lleno de amigos de Noëlle que dormían esparcidos por todas partes. Había llegado el momento de irse.

Vidal me acompañó al aeropuerto.

—Hasta muy pronto, Sira Burg —me dijo cuando traspasé la zona de control.

Un nuevo mensaje de Daniela me llegó mientras esperaba el momento de subir al avión. Lo borré sin leerlo, ni siquiera sentí curiosidad de saber qué decía. Hacerse mayor no era únicamente dejar que pasaran los días, los meses y los años. Hacerse mayor era aprender

a vivir, y una sola semana en Berlín me había convertido en otra persona.

*****

Lo primero que vi al abrir la puerta de nuestro piso de Barcelona fue mi maleta. Allí estaba, derecha y orgullosa al lado del espejo. Aquella maleta inmensa había cambiado mi destino.

Mientras caminaba hacia la sala, oí la voz de mi madre que retumbaba por todo el pasillo. Las palabras de Desdémona se expandían por el aire y me confirmaban que estaba en casa.

Epílogo

Una carta dentro de un sobre de color verde pálido llegó a Friedrichshagen con la dirección rectificada.

«Lloramos a los muertos como si ellos sintiesen la muerte, pero los muertos están en paz. El dolor, el sentimiento constante de aniquilación, solo existe cuando nuestra vida pierde su sentido, cuando el corazón dice: tienes que morir y nada quedará de ti».

Las palabras cayeron, lentamente, una a una, al fondo del lago.

EL ORIGEN DE *LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE*

La historia de Gertrud se ha inspirado en la noticia que apareció en el *Spiegel online International:* Margot Wölk, una mujer que fue entrevistada con motivo de su noventa y cinco cumpleaños, contó a una sorprendida periodista que ella fue una de las «catadoras de Hitler» durante la Segunda Guerra Mundial. La historia real fue el punto de partida que me animó a escribir esta novela, pero tanto la personalidad de Gertrud como los hechos que se narran en *La joven de la medianoche* son ficción.

La autora

GISELA POU

Gisela Pou nació en Castellar del Vallés (Barcelona) en el año 1959. Es licenciada en Ciencias Biológicas y tiene un máster en Guión televisivo. Desde hace más de veinte años, se dedica a escribir guiones televisivos y compagina su trabajo con su pasión: la literatura.

Ha escrito para el público infantil y juvenil obras como *La edad del loro* (publicada por Edebé) y diversas novelas para adultos, entre las que destacan *El silencio de las viñas* y *La voz invisible.*

periscopio

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

LA OSCURA LUZ DEL TÍBER

LOLA GÁNDARA

edebé

MALAS COMPAÑÍAS

PALOMA BORDONS

edebé

TRES BESOS

BLANCA ÁLVAREZ

edebé

LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

Gertrud Grass fue una de las catadoras de la comida del Líder durante la Segunda Guerra Mundial. Setenta años más tarde, Sira Burg, una adolescente desbordante de energía, viaja a Berlín en busca de la nonagenaria Gertrud para darle un mensaje de su abuela. Sin proponérselo, la vida de Sira dará un salto mortal: romperá con su novio Álex, recuperará la amistad de Vidal, descubrirá quién es Daniela, vivirá en un piso de estudiantes repleto de sorpresas, y comprenderá que la vida es un sinfín de preguntas sin respuesta.

edebé
www.edebe.com